


# *Los Sitios de Zaragoza*

Ramón Cadena

Herminio Lafoz Rabaza (ed.)

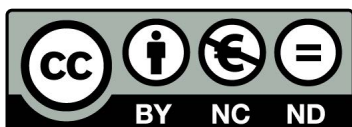




**Herminio Lafoz Rabaza** (Teruel, 1952) es Doctor en Historia por la Universidad de Zaragoza, y Catedrático de Instituto jubilado. Parte importante de su tarea investigadora se ha centrado en la Guerra de la Independencia, sobre la que ha publicado varios artículos y libros como *La guerra de la Independencia en Aragón. Del motín de Aranjuez a la capitulación de Zaragoza* (Zaragoza, IFC, 1996), *El general Palafox, héroe de la Guerra de la Independencia* (Zaragoza, Delsán, 2006), de cuyas memorias ha preparado la edición crítica (José de Palafox, *Memorias*. Edición, introducción y notas. Zaragoza, 1994). Edición, prólogo y notas de Faustino de Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza (1808-1809)* (Zaragoza, Comuniter, 2000). Para la Institución Fernando el Católico ha preparado la edición de las *Actas de la Junta Superior de Aragón y parte de Castilla*, en cuatro volúmenes correspondientes a los años 1808, 1809, 1810 y 1811.

Église de Notre-Dame «del Pilar» (Saragosse), de Gustave Doré, en *Voyage en Espagne* de Ch. Davillier y G. Doré, en *Le Tour du monde. Nouveau journal de voyages*, 24, París, 1872 (2º semestre), p. 409. Grabado iluminado infográficamente.

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:  
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3618>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- **BY (Reconocimiento):** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **NC (No comercial):** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **ND (Sin obras derivadas):** La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.





*Los Sitios  
de Zaragoza*

Ramón Cadena



# *Los Sitios de Zaragoza*

**Ramón Cadena**

Edición, introducción y notas  
**Herminio Lafoz Rabaza**



**Institución Fernando el Católico**  
Excma. Diputación de Zaragoza

Zaragoza, 2017

PRIMERA EDICIÓN, 2017

Publicación número 3545

de la Institución Fernando el Católico,  
organismo autónomo de la Excm. Diputación de Zaragoza,  
plaza de España, 2, 50071 Zaragoza (España)  
tels. [34] 976 288 878 / 976 288 879

ifc@dpz.es

<http://ifc.dpz.es>



DISEÑO GRÁFICO

Víctor Lahuerta

IMPRESIÓN

Octavio y Féllez, SA

ENCUADERNACIÓN

Raga, SA

ISBN 978-84-9911-440-8

D.L. Z 817-2017

© del estudio y edición, Herminio Lafoz. Zaragoza, 2017

© de las imágenes que se indican, ReIGAZ. Zaragoza, 2017

© del diseño gráfico, Víctor Lahuerta. Zaragoza, 2017

© de la presente edición, Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 2017

Impreso en España – Unión Europea / Printed in Spain – European Union





## Introducción

**E**n 1908, cuando se conmemoraba el primer centenario de los asedios de Zaragoza, se presentaron muchas iniciativas curiosas y, entre ellas, bastantes publicaciones de variado calibre dedicadas precisamente a narrar los hechos que se produjeron en Zaragoza durante 1808 y 1809. Y una de ellas fue la edición de un manuscrito titulado *Los Sitios de Zaragoza*, cuyo autor era un racionero penitenciario del Pilar de Zaragoza, mosén Ramón Cadena, que había vivido aquellos acontecimientos. La edición la presentaba el *Diario de Avisos* de Zaragoza, describiéndola como la reproducción del manuscrito que se conserva en la Biblioteca del Colegio de Abogados de Zaragoza. La singularidad de este manuscrito y el hecho de que la edición de 1908 sea prácticamente inencontrable, nos ha animado a revisar el texto del racionero y preparar una nueva edición. Edición que hacemos tomando como referencia uno de los pocos ejemplares que existen, y que recientemente ha sido donado por su propietario, el profesor Carlos Franco de Espés, a la Biblioteca de la Institución Fernando el Católico.

## Cotejo del manuscrito

Tras revisar la edición mencionada, parecía evidente que podía haber errores de transcripción que era preciso cotejar con el manuscrito original que, según se ha dicho, se custodiaba en la Biblioteca del Colegio de Abogados de Zaragoza. Efectivamente, en esta Biblioteca, con el número de registro 899 (vol. 01-016), se custodia un manuscrito que pude consultar y comprobar que no se trataba del original sino de una copia que en su día había hecho el que fuera bibliotecario 1.º del Colegio, don Santiago Penén, para que quedase en poder de la Biblioteca de dicha corporación. Parecía claro que el señor Penén tenía en su poder el original primero. Así que el cotejo que pude hacer del texto publicado en su día por el *Diario de Avisos* fue con el manuscrito de Penén. Aun así, aunque no todas las que se me plantearon inicialmente, pude resolver dudas de elusiones y malas lecturas.

## Don Santiago Penén

Don Santiago Penén y Devesa nació en Zaragoza el 30 de diciembre de 1831.<sup>1</sup> Licenciado en Derecho, abogado del Colegio de Zaragoza, consejero provincial de Zaragoza, académico profesor de la Jurídico Práctica Aragonesa y de la Matritense de Jurisprudencia y Legislación, numerario corresponsal de la Sevillana, censor y tesorero de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y socio corresponsal de las de Málaga y Jerez de la Frontera. Años más tarde, en 1872, fue académico de número de la de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza. Falleció en 1895.

Desde luego parece un hombre interesado por la documentación histórica, pues con Pascual Savall publicó en Zaragoza los *Estatutos y ordenaciones de los montes y huertas de la ciudad de Zaragoza*, y en 1866, *Fueros, observaciones y actos de Corte del Reino de Aragón...* en dos tomos. Por otra parte, Carlos Riba, en una breve cita, cuenta una anécdota que refleja muy bien la afirmación que he hecho más arriba. Cuenta Riba como don Santiago Penén rescató infolios manuscritos de los *Anales* de Zurita de las manos de un tociner

---

1 Debemos estos datos a la nota redactada por Juan Ramón Royo García.

Publicaciones del DIARIO DE AVISOS DE ZARAGOZA

---

# LOS SITIOS DE ZARAGOZA

POR

RAMÓN CADENA

*Racionero Penitenciario del Templo del Pilar*

*durante los años 1808 y 1809*

---

*Reproducción del MS. que se conserva  
en la*

BIBLIOTECA DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS  
DE ZARAGOZA



ZARAGOZA  
Imprenta del "Diario de Avisos de Zaragoza.,,

1908

que envolvía su género en ellos. No me cabe duda de que de esta o de otra manera semejante llegaría el manuscrito de Cadena a sus manos.

Y, aunque para la celebración del primer centenario de los Sitios de Zaragoza, don Santiago Penén había fallecido, de alguna manera llegaría la noticia de la existencia de la copia en la Biblioteca del Colegio de Abogados que él mismo había dejado, al *Diario de Avisos*. En 1908 dirigía este *Diario*, que había sido fundado el 27 de octubre de 1870 por Calixto Ariño, Antonio Royo Villanova quien, al parecer, era bisnieto del general Felipe Perena Casayús. Probablemente de este parentesco derivase el interés del periódico por el manuscrito.

## Ramón Cadena y su manuscrito

Del autor del manuscrito original sabemos más bien poco. Apenas una nota fugaz capturada en internet como que podía ser natural de un pueblo de Huesca. A través de la *Guía del Estado Eclesiástico seglar y regular de España en particular y de toda la Iglesia católica en general para el año de 1796*, sabemos que ya era racionero penitenciario de la iglesia del Pilar de Zaragoza. Y como tal aparece también en la *Guía* de 1804. En 1815 figura en la lista de suscriptores (a 24 reales) de la *Historia de la primera caída de Napoleón Bonaparte o relación circunstanciada de lo que ocurrió en París en la época memorable del destronamiento de este tirano usurpador*, de la que es autor Julián Antonio Rodríguez.<sup>2</sup> En la *Guía del Estado Eclesiástico* de 1822, Cadena aparece como racionero penitenciario de la iglesia del Pilar, jubilado. Nada más. Desde luego, no parece que en su momento tuviera mucho contacto con otros autores, pues pocos lo citan. En todo caso, como diré más abajo, sí su narración del «milagro» del Pilar. Pero sus ataques a Palafox no debieron concitar muchas simpatías. Un ejemplo bien elocuente. Francisco Aznar Navarro<sup>3</sup> habla de la celebración de la procesión

---

2 Madrid, Imprenta de Repullés, plazuela del Ángel, 1815.

3 «El Cabildo de Zaragoza en 1808 y 1809», en *Revista Aragonesa*, Zaragoza, Tipografía de Emilio Casañal, 1908, p. 44.

1

Este manuscrito es co-  
pia del manuscrito origi-  
nal que posee el  
ocario 12 de este Glorioso  
lego Sr. D. Santiago  
quien lo facilitó a esta  
corporacion



Amigo don  
Ramon Cadena  
por saber que  
de muchos tiem-  
pos y años antes

del Corpus en Zaragoza en 1808 que debía haber sido el 16 de julio, pero se trasladó por circunstancias obvias al 25 de septiembre, aunque ese día se suspendió de nuevo por la lluvia, celebrándose definitivamente el 2 de octubre. Y añade a propósito: «Por cierto que D. Ramón Cadena, como quien escribía años después y con evidente flaqueza de memoria, afirma falsamente que este acto tuvo lugar el 25 de septiembre; y como quien aprovechaba toda coyuntura para zaherir al general, añadía: *Asistió el Sr. Palafox. Le digeron mas vivas los campesinos que al SSmo. Sacramento; nos escandalizamos*. Ningún otro cronista local se da por enterado de tales vivas. Y aunque así fuese, ¿era extraño que el pueblo saludara entusiastamente en público a quien miraba más que como un caudillo, como a un padre?».

Cadena no es muy explícito respecto a cuándo y cómo redactó su manuscrito, aunque alguna pista sí que da. Al parecer, fue tomando apuntes seguramente del «natural», pues en varios pasajes del manuscrito manifiesta su presencia en los hechos que narra: «le ví y le hablé», «yo les escuché y hablé», «lo ví», «me los ví», etc. Al acabar los asedios aún no había terminado de escribir el relato, pues confiesa que tenía estos apuntes «en varias partes escondidos». No lo acabó hasta que los franceses salieron de España, es decir, en 1813 o 1814. En 1817 hizo añadidos en la última parte, «Aviso», «Nota digna» y «Nota», con lo que quedaría definitivamente acabado.

Visto el manuscrito formalmente (bien entendido que no el original), Cadena utiliza una técnica dialogada, a base de preguntas y respuestas, utilizando un interlocutor ficticio o real llamado D. Federico, que es el que interpela al racionero para que este conteste *in extenso*. Recuerda lejanamente a la estructura de los catecismos patrióticos, tan en boga por estos años.

La escritura de Cadena no es fácil, más bien enrevesada, con frases excesivamente largas, con varias subordinadas y con concordancias muchas veces inexistentes. Utiliza, por otra parte, términos que van desde los propios del lenguaje popular («cuasi / quasi», «lluvio», «desiciendo», «vía», por veía, «intinciones», «priesa», «moniciones», por municiones, «vulcando», «linia», «rancaron», «esgranó», etc.), pasando por otros que pueden pasar por localismos («adunan», por aunan; «arroyuarla», por arrollarla; «rebulicio», por rebullicio; «pre-

beas», por previas; «conglobarse», por unirse, juntarse; «destroza» por destrozo; «enzurizar»; «gabias», etc.), hasta términos que toma de varios orígenes e incluso que me hacen dudar respecto a que estén bien transcritos en las copias del texto (a los franceses les llama alternativamente «mosules», «futres», «asmodeos», «gascos»; utiliza «espion», en francés y «espía», en castellano; «buque», agujero; «bago», por bajo; «remagada», «reconigo», «amortar», etc.). Por último, algunas expresiones o figuras cuyo significado se me escapa, como es el caso de «ensalada del gitano», cuando habla del cadáver ahorcado del desgraciado Estallo.

## Algunas interpretaciones sobre el manuscrito de Cadena

Como dice Miryam Carreño,<sup>4</sup> «la entrada de las tropas francesas en España en 1808 constituye un hecho excepcional ante el que los predicadores, en su habitual tarea de orientación, tuvieron que tomar una postura y encauzar los primeros sentimientos que la presencia francesa generó en la población». Sin embargo, la respuesta de los eclesiásticos no fue unitaria, sino que en general recogió dos actitudes o posturas frente a la presencia francesa: resistir al invasor o colaborar con él.

La actitud del clero que comúnmente se denomina *patriota* busca el origen de la nueva situación creada «en las ofensas a Dios, en los pecados de una sociedad que se ha dejado apartar del camino verdadero, seducida por las novedades del siglo».<sup>5</sup>

En toda España se repiten explicaciones semejantes a las que da un anónimo sacerdote sevillano:<sup>6</sup> «El Señor Dios de los Ejércitos está airado contra nosotros, nuestros desórdenes han provocado su justa indignación, y todos los males que padecemos y mayores que

---

4 «El despertar de la conciencia cívica-política popular en los inicios de la España contemporánea: la politización de los sermones en la Guerra de la Independencia (1808-1814)», *Revista de Educación*, 339 (2006), pp. 317-338.

5 *Ibidem*, p. 321.

6 *Proclama espiritual. Discurso muy preciso de leer en las actuales circunstancias. Lo da un sacerdote que desea con eficacia la salvación de la patria*, Sevilla, Imprenta Mayor, 1808, p. 3. Citado por Miryam Carreño, p. 321.

nos amenazan son ordenados por Dios nuestro Señor para nuestra corrección y enmienda [...]». Cadena está en esta línea, pues habla constantemente de una «mano oculta» que sostiene a los zaragozanos en su lucha contra un ejército de impíos. Dice Cadena: «pero la mano oculta que quería azotarnos mas no acabarnos, sí enmendarnos y darnos a entender cuál debía ser nuestra conducta en lo sucesivo». Y en otro pasaje: «La primera victoria conseguida en Zaragoza, la dio Dios visiblemente porque los preparativos de los guerreros fueron según el señor deseaba y nos ha dado siempre a entender. Lo primero se prepararon con todo corazón (testigo yo por mi ministerio) sus conciencias. Después, en el nombre del Señor, su santa fe y religión, a imitación de los insignes Macabeos, peleaban los zaragozanos diciendo: “nosotros no temíamos a la multitud sino a nuestros pecados; si de estos quedamos libres, el señor peleará por nosotros, nos dará el tino y el valor y los pocos venceremos a la multitud”».

En el *Elogio a los ilustres defensores de Zaragoza*, se insiste: «A la calamidad de una guerra destructora, es cierto, porque el cielo prueba así a los justos». Blas de Ostolaza es más contundente:<sup>7</sup> «No se suspenderá el castigo mientras no se suspendan nuestros delitos», o «Españoles, si os han quedado algunos sentimientos de religión, reflexionad sobre vuestros verdaderos intereses. Vuestra *afeminización*, más que el poder del enemigo, será lo que os reduzca a la última ruina [...]». En consecuencia, afirma Miryam Carreño, hay enemigos internos, los pecados, y enemigos de fuera, Napoleón y su ejército.

## La patria está en peligro

Y de repente, a las rogativas, oraciones, rosarios, procesiones, empiezan a juntarse los gritos de «¡A las armas!». Cadena dice en su manuscrito: «En moderación, en limpieza del hecho no se ha de decir que nuestras manos se han manchado en este movimiento con

---

7 *Sermón patriótico-moral, que con motivo de una misa solemne, mandada celebrar el día 25 de julio del año 1810 en la iglesia de los RR. PP. Carmelitas de la ciudad de Cádiz por los españoles emigrados de los países ocupados por el enemigo común, dijo el Doctor Don Blas de Estolaza*, Madrid, Imprenta de la Compañía, 1814, pp. 32-33.



sangre, con robos ni atropellos; siempre ha de sonar en nuestros labios la defensa de la patria, fe y Fernando». Estaba decidido: «Todos se esmeraban por la causa de Dios, de la patria y rey, y por fin buscar el premio: o de victorias con la patria, o a cenar con Jesucristo en la ciudad santa».

Si por algo es conocido Cadena es por la descripción que hace en su manuscrito de un fenómeno extraordinario que tuvo lugar, dice, el día 17 de mayo de 1808 sobre la basílica del Pilar. Se trata de la aparición de una nube que formó una hermosa palma, cuyo tronco empezaba sobre la bóveda de Nuestra Señora de la Esperanza y las hojas caían en la cúpula mayor de la Santa Capilla. ¿Cómo interpretar este hecho tan extraordinario?

Cadena admite que en las cosas que no son de fe, caben interpretaciones, es cierto. Algunos pensaron en un fenómeno natural. Pero otros, «los más adictos a lo piadoso», pensaron que eran señales de protección, pero también de «guerra, martirio y victoria». Justo lo que estaba a punto de ocurrir en Zaragoza. Luego el tiempo daría la razón al hecho milagroso porque para Cadena no había duda de que era una señal divina. Por la noche, el tabernáculo del Pilar se llenó de gente agradeciendo el gesto de su patrona. Y a la mañana siguiente la Santa Capilla estuvo también iluminada.

Todos vieron un signo de especial predilección para con los zaragozanos y, por extensión, para la causa fernandina.

El «milagro» se tuvo por cierto en un reducido grupo de predicadores y cronistas zaragozanos: el mismo Ramón Cadena, Casamayor, el autor del folleto titulado *Acontecimientos ocurridos en Aragón en la guerra con Francia, desde el año 1808 hasta el de 1813 inclusive*,<sup>8</sup> el bibliotecario de la Sociedad Económica<sup>9</sup> y alguno más.

---

8 Madrid, Imprenta de Collado, 1813, p. 15.

9 *Memoria de lo más interesante que ha ocurrido en la ciudad de Zaragoza con motivo de haberla atacado el ejército francés*, Madrid, Imprenta de la calle de la Greda, 1808. «Este suceso merece alguna detención, y analizarse para satisfacción de las almas piadosas, y confusión de los incrédulos. Hubo quien observó la nube que figuraba la palma desde el templo de Nuestra Señora del Portillo y fue siguiendo su curso hasta que traspuso el de la Virgen del Pilar, y se disipó; habiendo sido su duración y consistencia de media hora sobre poco más ó ménos. Prorumpieron todos: milagro; y como la plebe acostumbra hacer cierto abuso de una voz tan respetable, no faltó quien

Aznar Navarro<sup>10</sup> dice que a través de las actas del Cabildo zaragozano sabemos que «entidades de fuera de Zaragoza acudieron a los capitulares, pidiéndoles referencias del supuesto milagro. El Cabildo fue prudente. Y acordó callar».

Entre estas entidades de fuera a las que se refiere Aznar Navarro había que considerar a algunos predicadores, que lo incluyeron en sus sermones y pláticas como cosa indudable, pero el asunto trascendió también a los franceses. Al parecer, en un informe fechado en 1.º de junio de 1808 y dirigido al príncipe de Neuchâtel, se le enteraba de que se habían recibido cartas de Canfranc, Gavarnie y Bielsa que coincidían en la descripción de una aparición de una palma sobre el altar de Nuestra Señora del Pilar con la inscripción «Dios se declara por Fernando».

Es más, este tipo de fenómenos se anunciaron también en otros lugares, como es el caso de Valladolid. Allí el 2 de junio de 1808 se creyó ver una rama de palmera sobre la plaza mayor. Recientemente, John L. Tone<sup>11</sup> escribe que Zaragoza estaba dominada en estos días de mayo de 1808 por un sentimiento milenarista y habla del «milagro» del 17 de mayo, de la aparición en este caso durante la misa del mediodía de una corona con una inscripción, que ya ha sido mencionada más arriba: «Dios se declara por Fernando».

Para Francisco Javier Ramón Solans,<sup>12</sup> la apelación a lo sobrenatural se produce como respuesta a un estado de ansiedad, también de incertidumbre, provocado por los acontecimientos del 2 de mayo en Madrid, y no resulta en absoluto excepcional sino que se

---

expresase podía ser un fenómeno, aunque no dexaba de sorprehender su comparecencia; pero cotejado todo con lo ocurrido posteriormente, nadie ha dexado de confesar á boca llena que María milagrosamente nos quiso dar á entender su proteccion, nos confirmó su permanencia hasta el fin del mundo, y nos aseguró la victoria que tan gloriosamente hemos logrado sobre nuestros enemigos. En breve tandió la fama por los ángulos mas remotos tan singular acontecimiento, y el pueblo siguió en sus oraciones sin conmoveer» (pp. 12 y 13)

10 «El Cabildo de Zaragoza en 1808 y 1809», en *Revista Aragonesa*, Zaragoza, Tipografía de Emilio Casañal, 1908, p. 52.

11 *La guerrilla española y la derrota de Napoleón*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, p. 54.

12 *La Virgen del Pilar dice... Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 84 y ss.

inscribe en una respuesta global del catolicismo a la crisis generada por la Revolución francesa y las guerras napoleónicas.

Y a no dudar que Zaragoza, vistos los sucesos de Bayona, donde el rey Fernando VII quedó preso, se sintió engañada y por toda la ciudad, dice Cadena, las voces queriendo salvar a su rey o quedar cautivos con él «resonaban por los amadores de su cabeza y de la patria». Sí, insiste el racionero, Zaragoza se ha de levantar «con ese impulso y toque tan cristiano» que ha de ser el ejemplo para las demás provincias. Tan es así, que en el ya mencionado *Elogio a los ilustres defensores de la Zaragoza* se dice que Aragón entero estaba resuelto a defender a su rey y a su corona. Así se debía entender la petición «que en Vitoria hicieron a Fernando los diputados de Zaragoza, de que fuese ella la que se sacrificara en su defensa». La misma idea, casi con idénticas palabras, se recoge en la *Oración fúnebre* de Nicolás Antonio Heredero Mayoral.<sup>13</sup>

## Contra Palafox y sus secuaces

Una de las cosas más sorprendentes del manuscrito de Ramón Cadena es la enemiga que demuestra constantemente contra José Palafox y sus colaboradores, personificados en Butrón y Calvo de Rozas. Es cierto que el personaje de Palafox tiene sombras en su actuación en los asedios de Zaragoza; y también que no hay una opinión unánime sobre su capacidad militar. Pero la animadversión de Cadena hacia él es insólita, tanto que da que pensar si habría algunas cuentas antiguas con la familia, cosa que de momento no podemos demostrar. También es posible que su opinión sobre los colaboradores mencionados tenga bastante de posición política, dado que ambos, Butrón y Calvo de Rozas, tenían opiniones liberales.

Cadena cree que Palafox era una persona inexperta que se equivoca cuando ha de buscar un consejo. Así, ante la salida de los aragoneses los días previos a la llegada de los franceses a Zaragoza en junio de 1808, toma las decisiones equivocadas por no preguntar

---

13 *Oración fúnebre que en las solemnes honras por las heroicas víctimas de Zaragoza en los dos Sitios de 1808 pronunció en la Iglesia Hospital de la Corona de Aragón en Madrid el día 25 de octubre de 1818 el Dr. D...*, Madrid, Imprenta Real, 1818, pp. 5 y 6.

a personas experimentadas, lo que lleva al fracaso de Alagón. Pero se equivoca también en el segundo asedio, en los últimos días de diciembre, cuando O'Neill y Saint-Marq, después de haber rechazado un ataque de los franceses al Arrabal, le proponen hacer una salida para acabar con ellos. Palafox se niega. Finalmente, aunque no fue el único, Cadena se mostró muy crítico con la «huida» de Palafox el día 15 de Zaragoza hacia Belchite, llegando a escribir irónicamente que él y sus acompañantes se iban «buscando el jarabe de la salud».

Al fin y al cabo, Cadena considera que Palafox es un generalniño, que acaba de salir de las faldas «de las madrileñas entecas damas palaciegas». Sus hermanos habían sido enviados por Murat a Zaragoza para disuadir a su hermano José, por lo que serían premiados por Napoleón.

A Butrón, y a los demás guardias de Corps que acompañaron a Palafox en su retirada desde Bayona a La Alfranca, los llama directamente traidores comprados por Murat («muratistas»); también, «famosos conquistadores de Venus».

Y Calvo de Rozas es un «intriguista» y «sospechoso a la nación», que al marcharse de Zaragoza después del primer asedio, nombrado por Palafox para representar a Aragón en la Junta Central, dejó la «cosa bien amasada» con el administrador de utensilios, Fernando Estallo, al que descubrirán que ocultaba nada menos que 18 000 camas en el almacén que tenía en San Pedro Nolasco, lo que le costó ser ahorcado en el Coso.

## Rústicos *versus* militares

El manuscrito de Cadena descubre una cierta obsesión por los militares, y sobre todo si son oficiales, contraponiéndolos a los paisanos. Y busca un símil curioso. Cristo buscó para fundar su iglesia a unos «pobres y rústicos pescadores», y ha querido también, en la ciudad predilecta de su querida madre, que los que llevaran a cabo empresa tan ardua fueran «unos rústicos sin letras». Los hechos, al fin y al cabo, pensaba, le daban la razón. Y cuenta cómo los franceses, el 28 de enero de 1809, tomaron la espalda de las puertas del Carmen y Santa Engracia por descuido del destacamento militar que allí había y que había abandonado la vigilancia para almorzar. Y no es el

único caso que pone en ridículo a los militares frente a las bondades de los rústicos ignorantes.

## **El relato**

El manuscrito recoge los hechos más notables de los dos asedios de la ciudad de Zaragoza. En general, muestra un notable conocimiento de la topografía zaragozana y del callejero, situando con precisión las acciones más importantes a su juicio. Dedicaba bastante espacio a describir los hechos del 15 de junio de 1808, pero centrándose sobre todo en determinadas acciones protagonizadas por mujeres y en una minuciosa descripción de las defensas de las puertas de la ciudad, señalando quiénes las guardaban y los jefes que las dirigían. También explica extensamente los acontecimientos del 4 de agosto, buscando sobre todo la perspectiva de los numerosos conventos de la ciudad y su suerte.

Me parece importante también su aportación a lo que ocurre entre los dos asedios, sobre todo los desacuerdos entre los jefes que llevan a la derrota de Tudela el 27 de noviembre de 1808. Y da una visión interesante de la vivencia del asedio y los bombardeos de los franceses desde el punto de vista del interior de la basílica del Pilar, con descripciones detalladas del ambiente cuyo realismo nos llega incluso a hacer sentir ese hedor que debía envolver el interior del templo.

## **Algunos criterios de la edición**

- a) Se han actualizado tildes y signos de puntuación.
- b) Se han puesto correctamente los nombres de lugares y de personas. Cuando ha sido necesario se ha hecho observación en nota a pie de página.
- c) Se ha actualizado el uso de x/j, qu/c, b/v, -/h
- d) Se han corregido las faltas de concordancia de tiempos verbales, género o número.
- e) Se han desarrollado las abreviaturas como Sr., Ilmo., etc.
- f) Se han respetado las notas originales del manuscrito. Las que ha añadido el editor se señalan con N. del E.

*Los Sitios  
de Zaragoza*

*por  
Ramón Cadena*

*Racionero penitenciario de la iglesia  
de Santa María del Pilar  
de Zaragoza*

Amigo don Ramón Cadena, por saber que de muchos tiempos y años antes de los dos asedios has estado perenne en esta mi patria de Zaragoza bueno y sano en medio de tantas tropelías que sé has pasado, y sé ciertamente que has tenido cuidado en observaciones y otros puntos dignos de memoria, te suplico me informes ¿qué has visto en toda clase de asuntos para dejarlo a la posteridad en recuerdo de los agasajos que os han hecho los tiranos?

Supuesto pues que deseas, mi don Federico, saber algunas particularidades, porque todo como ha ido y sucedido ninguno sino Dios lo puede contar por ser casi inapelable. Mas lo que yo me he visto por mí, solo podrás preguntar como gustases, que te respondo puntualmente y sencillamente, pues te consta que ese es mi carácter y no he sido francés.



## Capítulo primero

**Pregunto.** ¿Cómo fue el primer movimiento de Zaragoza?

**Respondo.** Sabes por la fe, que para Dios no hay acasos. Sucedió que el día diecisiete de mayo<sup>1</sup> de 1808, a las doce del día, vino del poniente como de Moncayo hacia sol saliente con aire contrario, que llaman aquí bochorno, un grupo de nube y paró sobre la Santa Metropolitana iglesia de Nuestra Señora del Pilar, formando una hermosísima palma cuyo tronco empezaba sobre la bóveda de Nuestra Señora de Esperanza y las hojas caían en la cúpula mayor de la Santa Angélica Capilla, pero tan bellísimamente formadas y tan refulgentes que excedían a todo resplandor natural.

Estuvo veinte y dos minutos parada en esta forma y salieron tres palmitas de la misma nube y se rodearon a la principal, formando una corona.

En esta figura permaneció otros veinte y dos minutos, que en todo duró cuarenta y cuatro minutos. Después se fue deshaciendo

---

1 DÍA en que don Fernando VII fue puesto en el castillo de Valençay, principio de su victoria y vuelta al trono.



y como la mitad se dirigió hacia el mediodía y la otra parte hacia la Cataluña, siendo así que hacía aire contrario.

Estaba por la mañana del todo sereno, y desde aquel momento se anubló y por la tarde llovió.

De esta visión quedó la gente muy sobre sí e inflamada, tirando cada uno su discurso hacia su inclinación y, como en Madrid había novedades de consideración, opinaron bastantemente ajustados e inclinados a lo que después sucedió. Trajeron el ejemplo del arco iris, efecto natural que es el significado.

**Pregunto.** ¿Qué juicio se hizo aquí de esa palma, porque llevó mucha bulla en España, y si hizo el Ilustrísimo Cabildo algo?

**Respondo.** Ya sabes que en estas cosas que no son de fe, es cada uno árbitro en juzgar. Unos se inclinaban a ser efecto natural, procedente del reverbero o refracción del sol con el agua del Ebro. Otros seguían diciendo que otras veces se habían visto nubes sobre Nuestra Señora y con disposición para que el sol con el agua pudiera formar igual resplandor y jamás se había visto. Por consiguiente, era visión, hermosura y resplandor *opus preter naturam* y así se entendió por los más adictos a lo piadoso, y entendía que esas señales denotaban guerra, martirio y victoria, y que el tiempo lo demostraría, y vemos en nuestros tiempos que estos fueron los que acertaron.

Supieron en Madrid este suceso los franceses con Murat que estaba de asiento, sacudieron y rebatieron fuertemente esta visión porque les incomodaba y quedó la cosa así.

El Ilustrísimo, como tan sabio, prudente y reflexivo, no hizo otra diligencia que la de llamar a algunas personas de probidad de todos los estados, como a sacerdotes y otros sujetos, de tantísimos que se encontraron en la plaza al salir de la misa de doce, y tomarles una declaración verbal y fue el señor arcediano de Santa María, a fin de sosegar la primera moción que en tales acontecimientos acostumbra verse, y así paró la cosa por entonces.

**Pregunto.** ¿Cómo sucedió el levantarse la gente y armarse contra un poderosísimo, ya cogidas las plazas principales?

**Respondo.** Era día martes en que se esperaban los resultados de Madrid, Aranjuez y Bayona, 24 de mayo, y que a Godoy el vilísimo (causa de la perdición de España) lo habían libertado y con Carlos IV

y Luisa lo llevaban a Bayona y que allí el culpado sale victorioso, ¿y que el que le libra en Aranjuez la vida ha de salir culpado y despojado del Reino y amenazado a muerte si no renuncia de la corona y, renunciada a fuerza, dejarlo preso y cautivo nuestro ínclito don Fernando VII? He aquí el principio.

Mas cuando Zaragoza se vio engañada y burlada con su cabeza don Fernando VII exclamó: «¿Nuestro rey tan querido y tan deseado ser cautivo, vituperado, escarnecido y burlado? Señor, o ver de salvarlo y, si no, quedaremos todos cautivos e imitaremos el ejemplo de nuestro muy amado y rey Fernando».

Estas eran las voces que resonaban por los amadores de su cabeza y de la patria, que de muy cerca veía ya las perversas intenciones del usurpador Napoleón. Sí, sí, tú, Zaragoza levántate con ese impulso y toque tan cristiano que ha de ser el ejemplo de las demás provincias, ha de ser la imitadora y siempre distinguida en defender la fe y religión del Crucificado, como nuestros patricios los Innumerables,<sup>2</sup> porque el tirano te mira de ojo porque te vas a oponer a su ambición y superior soberbia y numerosísimo ejército, y en retorno de esa oposición, aunque de tu parte justa y muy debida, te amenaza desde Bayona el emperador soberbio y desde Madrid el grande Murat, que ha de convertir toda esta ciudad en cenizas y tus campañas arrasadas y quemadas. Finalmente, todo consumido.

A todas estas amenazas pone en olvido el fiel católico zaragozano, llevado del celo de la religión, de la patria y del verdadero rey. Lo difícil es lo laudable, no lo fácil, decían los fieles zaragozanos; ¿qué importa que ese Corso ponga ejércitos? Va contra Dios, y nosotros a defender su santa creencia, no nos deja. Por otra parte, tenemos por mediadora y caudillo a la que, al nacer la iglesia de su santísimo Hijo en este suelo con la predicación de su sobrino, el apóstol Santiago, nos vino a visitar, honrar y preelegir esta su porción, y dejarnos esa su sagrada imagen y columna, todo traído del cielo. Y prometió su estabilidad hasta el fin del mundo con la permanencia de la fe, culto y religión, ¿y lo vemos todo verificado, siendo verdad que en todas las persecuciones hasta hoy habidas de

---

2 Se refiere a los Innumerables Mártires de Zaragoza [N. del E.].

herejes, arrianos, romanos y moros, se ha conservado? ¿Qué tenemos? Imploramos como nuestros mayores su tutela, con ella saldremos ventajosos; busquemos caudillo para que nos dirija.

Viendo los fieles zaragozanos que en todos era uniforme el ardor y modo de pensar y tan cristiana, decían entre sí esta uniformidad sin temor al francés, es obra del Señor Todopoderoso que invisiblemente nos mueve y, ¿a quiénes mueve para empresa tan ardua? A los más rústicos e ignorantes.

Se nos renueva aquí lo que la majestad de Cristo ejecutó para emprender la fundación y origen de su esposa la Santa Iglesia que, con ser obra tan laboriosa y dificultosa, llama a unos pobres y rústicos pescadores y con esto perfecciona su grandísima obra. Así quiso que en la ciudad predilecta de su más querida Madre fueran unos rústicos sin letras, sin pericia militar, sin armas, sin dinero, sin soldados, sin cabeza y sin un todo lo necesario para una tan ardua empresa como se vio y verificó.

**Pregunto.** ¿Qué hicieron en tanto aprieto estos tan desvalidos de todo para levantarse tan alentados?

**Respondo.** Tuvieron su congreso secreto y, aunque no tenían literatura, la mano poderosa que ocultamente obraba en ellos se vio claramente les infundía el don del tino y acierto. Decían entre sí: esta moción ha de ser ejemplo a las demás provincias en moderación, en limpieza del hecho; no se ha de decir que nuestras manos se han manchado en este movimiento con sangre, con robos ni atropellos, siempre ha de sonar en nuestros labios la defensa de la patria, fe y Fernando. Sí, veamos el modo de precaver que los puestos en mando por el vil, infame, traidor y vendedor del Reino, Godoy, no manden, apartándolos a do convenga, y esto ha de ser la primera empresa.

Así lo ejecutaron. Pues se fueron al palacio del general Guillelmi, le pidieron armas y municiones. La respuesta fue que no tenía; replicaron: «En la Aljafería las hay; vuestra excelencia ha de venir a darlas y distribuir las, y no tema vuestra excelencia».

Con este modo, el señor Guillelmi fue allá y llegado que fue, al punto lo cerraron, dejaron guardia y miraron la armería y se apo-

deraron de las armas. Registraron el secreto y encontraron muchas más.<sup>3</sup>

Entre tanto fueron unos cuarenta hombres a obligar a don José Palafox, que había venido de Bayona huyendo de las manos del Tirano y de ver los ultrajes, violencia, prisión y sentencias injustas de nuestro soberano inocente, don Fernando VII, para que con ellos con toda seguridad viniera a Zaragoza, capital de Aragón, a recibir el mando de capitán general y, conseguido el que aceptara, enseguida lo trajeron de la torre de Alfranca (donde se había como escondido, porque el Tirano había dado orden al señor Guillelmi le hiciera preso al dicho Palafox porque de mandato de don Fernando VII llevaba encargo de mover a las provincias y se defendieran de la igual suerte que a todos los españoles iba a caer como a la cabeza) y, llegado que fue, lo presentaron a la ciudad y Acuerdo para que le obedecieran como a propio capitán general y se comunicara a toda provincia y solo se obedecieran sus órdenes y leyes que este señor con la Junta Provincial establecieran.

¡Oh, y qué admiración! Todos sin réplica comprenden ser asunto, celo, justicia y obligatorio empeño nacional el defender este agravio y despotismo del Tirano a costa de nuestras vidas y haciendas; y todas estas autoridades se aúnan<sup>4</sup> a esta causa común, y todas cooperan a realizar estas rectas y justas intenciones de estos toscos y rústicos motores de estas acertadas y discretas disposiciones al intento.

Desde luego, porque hurgaba<sup>5</sup> el peligro, se alistan gustosos todos los que podían, de 16 años de edad arriba, ser útiles y formar batallones o tercios, y los instruían en las armas y ejercicio algunos soldados retirados que había en esta ciudad. Hurgaba, vuelvo a decir, porque estaba sobremanera amenazada de Napoleón y el grandísimo bestia de España, don Manuel de Godoy (de quien quedará eterna memoria por su origen, vida, progresos rápidos y corrompi-

---

3 El general Mori se presentó este día a pedir el mando, la Audiencia se lo concedió, lo obtuvo un día. Se pasó a los franceses el día 4 de agosto.

4 En el original, «adunan» [N. del E.].

5 Aquí «hurgar» tendría el significado de «inquietar» [N. del E.].

das costumbres a la Nación toda); de este, porque sabía que en esta ciudad el día 23 de marzo de mil ochocientos ocho, don Francisco Javier Mina el primero, los estudiantes de esta Universidad, arrastraron y quemaron su retrato que existía por serle protectora<sup>6</sup> en la dicha, porque conocieron había vendido y entregado el Reino al Tirano y su indignación, apoyada del Napoleón, era muy temible. De Napoleón, porque su soberbia, al que se le resistía justamente (ese es su carácter) se dirigía con total fuerza e ímpetu hasta si pudiera acabarla o arrollarla.<sup>7</sup>

Avisaron de esta disposición e intenciones de esta capital a todas las ciudades, villas y lugares para que todos los aragoneses se esmerasen y se distinguiesen a una con la capital a ser los primeros en defender la fe, la patria y el honor de Fernando y de la Nación toda de España, y se verificó excepto los corregidores de Huesca y Borja.

**Pregunta.** ¿Cómo se manejó el nuevo capitán general que no tenía experiencia militar?

**Respondo.** Todo fue un prodigio seguido y continuo en todo lo que proyectaban, porque todo lo acertaban. Conocieron que los franceses domiciliados se debían coger y apartarlos de la ciudad, como los no domiciliados, y los recogieron al Castillo, porque ellos darían las noticias de lo que dentro y fuera se proyectara. Y fue así.

Estos pobres hombres sabían quiénes eran adictos, pero muy a fondo y daban las señas y razones del todo convincentes. Estos sabían, encubriendo con su rusticidad su alcance, los pensamientos muy ocultos de los adictos, y estos datos valían en gran manera para tomar justas disposiciones.

El señor Palafox puso por esta vez su docilidad en manos de estos hombres toscos y lo acertaba; después formaron una junta de algunos inteligentes y reflexivos y todos hacían cuanto su talento alcanzaba. Y, viendo Palafox tan buenos ánimos y deseos de disputar la vileza del Tirano, y que las gentes de esta augusta ciudad y toda la provincia aragonesa estaban igualmente comprendidas y

---

6 Mejor, «protector». Protectora es una traducción del inglés «protective» [N. del E.].

7 En el original «arroyarla» [N. del E.].

enardecidas de las razones que llenaban de confianza a todos, se propagó el ánimo y de esto resultó que todos cooperaron al buen premeditado y confiado éxito, con dádivas de dinero, ropas, armas, vestidos, y así de los señores obispos, cabildos, y especialmente el de esta Metropolitana iglesia fue el que se esmeró y distinguió, pero todos hicieron sus posibles esfuerzos.

También hubo quienes beneficiaron las plazas, hubo quienes mantenían compañías enteras, número de soldados y otros artículos utilísimos de porciones de trigo, cebada, vino y ganado lanar para raciones; porque la Tesorería estaba exhausta con picardía y malicia del vil Godoy, y no habían quedado recursos para proveer un ejército.

Otras muchas nimiedades ceso de exponer que, aunque no desdecían, pero con lo antecedente puedes venir en claro conocimiento de lo acaecido hasta este momento, amigo don Federico.

**Pregunto.** ¿Qué tiempo hubo para poder ordenar, regir las gentes o tropas a la disciplina y organizar?

**Respondo.** No hubo más tiempo que diez y nueve días porque no dieron más lugar los viles franceses.

Luego que, y al momento que supieron que los zaragozanos, con la provincia aragonesa, se disponían para contradecir a los vencedores de Marengo, Austerlitz y Jena, mueven sus ejércitos desde Pamplona (de la que y de toda Navarra ya estaban posesionados con ardid fraudulento) hacia Tudela, Mallén y Alagón, con toda velocidad y rapidez.

Sábese en Zaragoza por unos navarros el día doce de junio por la tarde y he aquí al general, ciudad y demás gentes que componían el congreso, en un grandísimo sobresalto porque la gente alistada, que era poca (no había venido la de otras ciudades por la cortedad del tiempo para conducirla, sí unos pocos de la Tierra Baja), aún no estaba instruida y todo era discurrir qué se había de hacer, si esperarlos en los contornos o cercanías de la ciudad o en la villa de Alagón. Para ir a esta, era lejos y en la ciudad no quedaba resguardo.

En estos conflictos dispuso el señor Palafox se fuera a esperarlos a Alagón, cuatro leguas de esta capital.

Toda aquella noche todo fue un rebullicio<sup>8</sup> y golpes por todas las casas para que todos los hombres casados y libres saliesen con las armas que cada uno tuviese, o ya de las distribuidas por el ministerio, o propias, se dirigieran al camino de Alagón al toque de campanas que por parroquias repetirían hasta tercera vez, con las penas muy severas, hasta capital, sin excepción hasta los cincuenta años.

La gente bien estaba deseosa de sacrificar sus vidas por defender la causa común y todos con tan grandes ánimos que se figuraban que al ver tanta tropa (mejor diremos chusma por el desarreglo), retrocederían hasta sus límites los gabachos.

Por fin salieron todos haciendo su unión amigable como si fueran a una función de toros lugaresca.

Unos iban con lanzas, otros con fusiles mal compuestos, escopetas nada seguras, por no haber tenido los armeros lugar para componerlas en tan brevísimo tiempo.

Llegaron por fin a Alagón, pero muy fatigados, sin haber comido, casi muertos de la sed y nada expertos ni en cargar ni saber manejar muchísimos de ellos los fusiles, escopetas, ni lanzas, ni los demás pertrechos bélicos. ¿Qué éxito se podía esperar de todos estos? Lo que luego decidió las contrarias ventajas.

Si el señor Palafox hubiera creído a alguno de la Junta muy experimentado en la guerra que le insinuó no cansara a la gente enviándola a Alagón, porque, cansada, mal alimentada, y jamás haber visto enemigos de cerca, daría mala salida, no hubiera resultado tomar nuevas alas y seguras confianzas de entrar al día siguiente los franceses.

Nos valió el santo del día, San Antonio de Padua, que los detuvo allí ufanos de que al primer encuentro que se les proporcionó en Aragón, derrotan, fugan, exterminan toda que tenía el inexperto Palafox, sin contar la que se ahogó en los ríos Ebro y Jalón. Y sofocados, heridos y muertos fueron muchos. A más, los prisioneros, que no supimos de seguro los que fueron, porque lo mismo fue oír y sentir que les silbaban las balas por las orejas, ya de fusil como de

---

8 En el original «rebulicio» [N. del E.].

cañón, dieron a correr dejando en tierra cada uno las armas que por sí montaban.

Los de la Tierra Baja sobremanera corrieron sin parar a comer las migas, pero muchos de Zaragoza llegaron a la media noche y al amanecer. Después de algunos otros días trasmontando, vinieron muchos otros, contando todos sus averías, muy peligrosas, agudas y raras.

No hubiera quizá sucedido esta tan fatal y llorada suerte, si el señor capitán general hubiera creído el consejo del experimentado ya en guerras, cuando le dijo: «Disponga vuestra excelencia el que en las Casetas se pare la gente, descansen, se les dé de comer y ordenarlos bien en los puntos. Y caso que se desgracie la acción, sabe la gente el terreno y será más fácil retirarse a la ciudad, sosteniendo la retirada la poca caballería que vuestra excelencia tiene».

No hizo caso, lo echó a perder todo, la gente, las armas, que después le hicieron muchísima falta para alarmar los defensores de la débil ciudad, y sin recursos prontos para ello.

Finalmente perdió, malgastó los copiosos víveres que llevaron para la tropa, que toda era voluntaria. Dio alientos y confianza pronta de entrar, no dejándose ver en los portales, a los enemigos destructores de la humanidad en esta ciudad desprevenida. Dio motivo a la desconfianza a todos los buenos patricios y a que los franceses con papeles le apellidaran ¿pero cómo? Y le quedaron, sí, ojos para llorar su necesidad, su cortedad, su insuficiencia y prepararse para su fuga<sup>9</sup> y descrédito de los que principalmente habían hecho elección de dicho don José de Palafox para tan ardua empresa como el defenderse del todopoderoso de la tierra, como se nominaba en sus papeles, y amenazándonos. «¿Se han levantado en Zaragoza y Aragón?, decía. No se acostarán, va de mi cuenta». Oh, y qué amenaza; bien la cumplió.

**Pregunto.** ¿Qué determinación tomó el general Palafox al verse en la primera acción derrotado?

---

9 El señor Palafox, de Alagón escapó por una barca al Castellar, Zaragoza y Belchite y, por orden de la Junta, volvió.



**Respondo.** Qué quieres tomara este zagal que acaba de salir de las faldas de las madrileñas entecas damas palaciegas, al verse sin gentes o defensores, sin armas y sin recursos prontos para poder hacer frente a un ejército ya victorioso al primer ataque y que venía tan orgulloso con la plena satisfacción de entrar en esta ciudad sin la menor resistencia por los antecedentes de dos días antes.

Hizo lo que los muchachos cuando los visten y ponen los primeros calzones y no han aprendido ni atarse ni desatarse y el vientre se quiere desentonar a toda fuerza. Así acacció, pues tomó rienda por lo que podía tronar sobre él, antes ya amenazado por Guillelmi, acompañado de Butrón y demás compañeros guardias de Corps, comprados secretamente por Murat, y le inclinaron a desistir de una pretensión casi imposible contra el invicto Napoleón. Pero él lo ignoraba, mas sabía que llevaba unos famosos conquistadores de la Venus cuando corría, con el pretexto de recoger gente a la villa de Belchite, y por otra parte le dice al tío Jorge Ibor:<sup>10</sup> «Ahí te quedan las llaves. Componte con mi hermano el marqués, al que dejó el mando».

**Pregunto.** ¿Cómo se portó el pueblo zaragozano en tanta premura?

**Respondo.** El zaragozano, pueblo fiel, animado de aquella mano oculta que le movió a ser la primera para manifestar al mundo todo que en su seno conservaba la fe de sus mayores, y con todo su distinguidísimo culto en su Santa Iglesia, sus deseos innatos de imitar a sus distinguidos en copioso número la fe del Crucificado en todas las persecuciones que esta Santa Iglesia con sus fieles ha sufrido, quiso también, en esta tan oportuna ocasión que el cruel e indignísimo tirano proporcionaba, lograr la palma del martirio y honor de vencer o morir, y dejar este ejemplo de religión, virtud, valor sin igual a la posteridad y de ignominia perpetua al desollado tirano y sus secuaces.

---

10 Jorge Ibor era un labrador honradísimo del Rabal, el primero que fue a buscar al señor Palafox a la torre de Alfranca para que tomara el mando de capitán general si quería que Zaragoza se levantara para defender a don Fernando VII. Este fue su mayor valido y su mejor resguardo en su palacio hasta el fin, y de penas murió a la entrada de los franceses.

Para imitar a nuestros mayores corrían todos a postrarse a la Divina Judith y adorar sus dulcísimas plantas y decirle: «Benditísima Madre Nuestra del Pilar, amparo, socorro continuo y siempre refugio nuestro, recibid gustosa este pequeño deseo que por ser de estas terrestres criaturas lo es, como también este sacrificio santo que gustosos vamos a emprender. Echadnos vuestra bendición para que salga bendito el fruto. Sí, madre nuestra, así lo esperamos de vuestro cariño».

Después de esta santa preparación, salen inflamados todos los hombres útiles, sacerdotes seculares y regulares, de legos y paisanos de todos los estados, mujeres, chicos y chicas útiles, a presentarse frente al enemigo con el mayor denuedo y valor, que les parecía iban todos a buscar, a celebrar unas grandísimas bodas, sin hacer aprensión ni aprecio de sí mismos, ni los padres de los hijos, ni estos de sus padres, ni el marido de la mujer, ni estas de sus maridos. Ni memoria les quedaba de sus subsistencias ni conveniencias.

Todos se esmeraban por la causa de Dios, de la patria y rey, y por fin buscar el premio: o de victorias con la patria, o a cenar con Jesucristo en la Ciudad Santa.

Como las disposiciones previas<sup>11</sup> y oportunas para hacer aquella defensa, si cabe decir militar, estaban del todo atrasadas, todos corrían a porfía a cumplir y hacer lo que mandaban algunos pocos, que solo las luces naturales los guiaban, pero con tan singular acierto que pasmó, y luego se vio el asombroso efecto.

A unos destinaron para sacar y disponer los cañones del Castillo y llevarlos a brazo y remo a las puertas más inmediatas de las avenidas de los enemigos, como a la puerta del Carmen, Santa Engracia, Sancho y Portillo. Otros, a buscar cartuchos que los hacían los religiosos de todas las comunidades, primero en la Misericordia y, por el riesgo que amenazaba, se mandó a San Juan de los Panetes.

Las mujeres, chicos y chicas, iban por todas las calles y casas buscando metralla, trapos para hacer los cartuchos de cañón y coserlos. Y todo se hacía con la puntualidad más posible.

---

11 En el original «prebeas» [N. del E.].

Estando en estas maniobras, ya vieron venir desde las torres en copiosas columnas, el día 15 de junio, entre diez y once de la mañana por el camino de Alagón, de La Muela y Casa Blanca, a los enemigos muy orgullosos, y significan, para amedrentar a la ciudad y sus habitantes, el degüello con sus sonoros clarines y trompetas.

Ya entra un espía<sup>12</sup> afrancesado en un caballo blanco camino de Alagón a toda rienda hasta la era de Chueca, a ver la disposición y resguardo que había en la puerta del Portillo y castillo de la Aljefería, de donde le mandó tirar Cerezo el grande, primer comandante de él, unos tiros, de cuya resulta se volvió con toda rienda a dar cuenta de la disposición que observó. Y a poco rato ya salió una columna de caballería, otra de infantería y se empezó a romper el fuego por una y otra parte, con todo vigor y acierto de parte de los nuestros, pues caían muy bien de los contrarios de caballería e infantería, porque un artillero retirado (no había otro) tuvo grande acierto.

Desde el convento de Agustinos descalzos, tres legos, el procurador, el cocinero, que era chiquito pero grande en valor y tino, y el segundo organista, tendieron a muchos franceses en las cercanías del dicho y de la huerta en las ocho eras, que combatieron obstinadamente pretendiendo siempre entrar por la puerta del Portillo.

Entre tanto que divertían a los ciudadanos fieles, fue la columna que venía por la Casa Blanca y era en número doblada, acometió por las puertas del Carmen, de Santa Engracia con toda furia.

En la primera mandaba y dirigía don Joaquín Andrés, segundo, a los pocos que había de resguardo con armas, y a los que no las tenían los colocó sobre los tejados para, en caso de entrar por esta puerta del Carmen, los confundieran con piedras y tejas.

Por cuatro veces acometieron con todo despecho entrar por la puerta del Carmen y otras tantas fueron rechazados completamente, no habiendo más que un cañón, que lo gobernaba un artillero retirado, y los paisanos le ayudaban a limpiar, refrescar y cargar.

---

12 Cadena utiliza aquí el término francés «espión» [N. del E.].

Tanta fue la barbarie de un francés que tentó llegar a dicha puerta desbocando el caballo que llegó y dio una palmada en ella, pero el dicho comandante Andrés, finísimo y segurísimo tirador, al verlo venir, cogió un fusil cargado, el que le vino a la mano, le apuntó y con la vida pagó su valentía y osadía.

Al ver el tino de don Joaquín Andrés y haber batido al osado francés, echaron los compañeros vivas y aclamaciones y, estando en esto, vinieron doce más de a caballo con toda rienda y forzaron, y consiguieron, la entrada por la calle abajo.

Como las bocacalles estaban cogidas, la del Carmen y la de la Victoria, y los hundían a balazos, especialmente los religiosos del de San Ildefonso que con muchísima constancia y valor defendieron la entrada por aquellos puntos y mataron bastantes, se tiraron por el cuartel de Convalecientes hacia la Misericordia<sup>13</sup> y plaza del Tinglado y Portillo, a cuyo tiempo, los franceses que estaban por las eras del Sepulcro intentaban forzar las puertas de la Misericordia y la del cuartel de Caballería para facilitar su entrada, pero no consiguieron ni el proyecto ni el fin porque los doce que entraron de a caballo desesperadamente fueron muertos en todo aquel distrito y no pudieron apoderarse ni de la Misericordia, ni Tinglado, ni de la puerta del Portillo por detrás, como ellos se imaginaron, porque los zaragozanos hacían proezas maravillosas de defensa, constancia y valor sin semejanza.

No olvidemos el valor de las matronas zaragozanas, especialmente en estos momentos porque no cedían a los más valientes y esforzados guerreros, andaban por medio de las balas con cartuchos, con pan, vino y queso, almendras, cántaros de agua a fin de que no se sofocaran y desmayaran, animando a todos a vencer o morir con todo honor, prueba de ello es lo que voy a decir.

La mujer del guardia de rentas que había en la caseta entre los Trinitarios descalzos y la puerta de la Misericordia (no supe cómo se llamaba) salía con vino, pan y agua a darles a los zaragozanos y, además, animándolos a pelear y estando sin otro resguardo que la

---

13 Los pobres de la Misericordia se fueron de antemano a la Casa del Refugio, después a la de Peralada, San Ildefonso y suya.

casetilla débil se mantuviera sin miedo ni otra aprensión allí por refrigerar con lo dicho arriba, estando los franceses a tiro.

En efecto, recibió siete balazos de los enemigos en brazos, muslos y piernas y siendo que estaba preñada no tuvo novedad y, viéndola en este estado pero siempre firme, valerosa y constante, la sacaron por la puerta del Carmen los tiradores a su casa en la que la curó de los balazos y heridas don Joaquín Ferrer, maestro cirujano bien conocido, y salió perfectamente curada y vivió largos años y se gloriaba de haber visto caer muchos franceses muertos.

Otro tanto sucedió con otra mujer sesentona, mujer de un labrador llamado Fog; iba entre medio de las balas suministrando vino, pan, agua y cartuchos y, en una palabra, lo que le pedían. Fue al tiempo que los franceses forzaron las puertas de la Misericordia y cuartel de Caballería por fuera.

Los españoles tiraban desde la puerta de la plaza del Portillo y los franceses de las eras del Sepulcro.

Lo mismo sucedió en la Misericordia. En esta mataron los zaragozanos a siete que dejaron de centinela en las puertas y, visto esto, que ya era tarde, abandonaron uno y otro; pero la mujer, siempre firme, animando a los inimitables guerreros, recibió nueve balazos, pero curó y vivió bastante tiempo.

Aún más, uno de los franceses que entraron de a caballo por la puerta del Carmen, llegado que fue a la plaza del Portillo, aturrido y escapando de las balas y pedradas, ya de las calles, ya de las ventanas, se dirigió al Hospicio de San Lamberto y desde allí, callejeando, llegó a la calle de Predicadores. Lo vieron tres mujeres, lo acometieron, una llamada Joaquina Plazas cogió el caballo de la brida, lo batieron y luego acudieron más gente y lo concluyeron y arrastraron por la calle hasta el Mercado y la que cogió de la brida el caballo lo presentó al que comandaba en defecto del general, que se había fugado (ya dije) a Belchite.

Otro francés de los que entraron de a caballo, habiéndole muerto el caballo al llegar a la plaza del Portillo, se fugó a una de las casas de dicha plaza donde en otros tiempos anteriores había estado de asiento, se subió por la escalera diciendo: «Esto estar mío e fora».

Las mujeres que había y unos paisanos que subieron tras él, le dieron la posesión cogiéndolo por detrás y enseguida lo batieron por la ventana y esta fue su mansión.

Muchas otras heroicidades se podrían decir de las heroínas de Zaragoza, pero me parece que estos ejemplares se pueden deducir cuanto el discurso quiera explayarse. A tiempo que los franceses hicieron la primera acometida dieron a correr los que estaban con fusiles. Llegó un peregrino<sup>14</sup> y pidió un fusil y cartuchos a uno de ellos. Salió afuera de la puerta y empezó a tirar y vieron que cada tiro que dirigía mataba un enemigo. Subió hasta la puerta primera de la Misericordia, volcando siempre franceses pero después que acabó la refriega lo buscaron y no lo encontraron, no muerto, porque hasta escapar o ceder los franceses estuvo constante, ni vivo porque desapareció.

Todos los que lo vieron se quedaban atónitos tanto de su constancia y valor como de su singularísima destreza que no perdía tiro alguno. Y para mayor satisfacción miraron al día siguiente si entre los muertos de todo aquel distrito, que eran muchísimos, se hallaba, porque era clara su señal y distinguida, mas no se encontró.

En la puerta de Santa Engracia, que cuidaba don Francisco Escanero, militar retirado, con la gente que le cupo cuidar, la defendió con mucho tesón y las veces que quisieron forzarla, la artillería los trastornó y mató muchos gabachos en las descargas de metralla que les dirigía y detuvieron muchos los que estaban puestos de resguardo en la torre del Pino y de Cornel, pues se vio grandes parvas de mosules en aquel recinto.

Las mujeres se ocupaban con todo ardor y celo en traer pan, vino, agua, metralla, cartuchos y todo cuanto convenía para la subsistencia de los defensores de la fe y patria, animándolos y pidiendo a los Innumerables Mártires, que allí existen sus santos huesos y santas cenizas, su patrocinio para alcanzar la victoria de los inmundos y crueles tiranos, enemigos de la religión, patria y de Fernando, nuestro amadísimo rey.

---

14 El peregrino estuvo por la mañana en Nuestra Señora. Era de un aspecto grave; la edad, de cincuenta años o poco más.

En la puerta del Portillo estaban varios labradores honradísimos de la parroquia de San Pablo como inmediatos y de mayor consideración, ya para sus casas como también a toda la ciudad. Por todos los dichos respectos era recomendable el superior grado de valientes y esta prerrogativa se les debió conocidísimamente a estos parroquianos este día 15 de junio de este 1808.

También estaba cuidando en la huerta de Santa Inés, don José Marín, oficial retirado con la gente que pudo recoger, por si acaso, como inmediata a la puerta del Portillo, hubieran querido forzar la tapia débil de tierra que la muraba, y todos a una con los de la puerta, la que fue muchas veces acometida con vivísimas insistencias y dobladísimas fuerzas, rechazaron a los feroces enemigos con sumo valor, causándoles siempre mucha pérdida en cada tentativa que hacía el orgulloso enemigo.

En la puerta de Sancho este día 15 la cuidaban también los parroquianos de San Pablo pero no se dejaron ver por ella este día. Tampoco en las demás puertas como la Quemada, la del Sol y la del Ángel hubo novedad.

En esta cuidaba José Lahoz, parroquiano de la Magdalena, grandísimo español y patricio firmísimo y de sumo tino y acierto en cuanto se le encargaba útil al cuidado de la ciudad y coadyuvó mucho para que la gente que este día se había subido al resguardo de San Gregorio por si los franceses venían por aquella parte, y no se verificó gracias al Todopoderoso para que bajara la mayor parte a ayudar a los de la ciudad para sacudirlos y fue tan oportuno este pensamiento que, al ver los franceses que por el puente de Piedra pasaba aquel refuerzo y se dirigía a cogerles la espalda, cesaron su obstinadísima pretensión de entrar en este día 15 de junio en esta capital.

A las ocho de la tarde, que se cerraba la noche, empezaron a retirarse por los olivares de la Huerva, torre de Montemar, Capuchinos y Torre de Escartín, etc., hacia la Casa Blanca y llanos de Santa Bárbara.

Si a la retirada de los franceses y su fuga hubiera habido mil hombres de refresco para ir tras de ellos (así lo dijeron ellos a los de Cuarte y Cadrete al día siguiente), los hubieran acabado. Pero es cierto que tuvieron muchísima pérdida, ya de muertos, ya de heri-

dos, dígalo la villa de Alagón, paradero de los heridos que quedaron pasmados. Mas los muertos luego los despojaban y enterraban las compañías que para este cargo y ministerio llevaban siempre los franceses.

De los nuestros, muertos muy pocos y, los más, por falta de advertencia, pericia y manejo de las armas.

A cinco encontró ahorcados en los olivos de la Cabra, junto al Canal (se supo después eran espías de ellos) y ahumados con paja y lastón,<sup>15</sup> don Joaquín Andrés cuando, muy por la mañana del día siguiente, salió a registrar el campo hasta la Casa Blanca y le causó mucho horror y conoció habían padecido mucho tormento de resulta de que ellos no salieron con su empresa ni de entrar en esta ciudad, pues es su carácter así, volverse contra la albarda cuando no podían contra el burro por la pérdida.

**Pregunto.** ¿Qué hicieron los sacerdotes, tanto seculares como regulares, este día y demás?

**Respondo.** Los animosos que sabían manejar las armas salieron a dar ejemplo y animar a los paisanos y mezclados con ellos, tanto sacerdotes seculares como regulares, especialmente legos, hacer vivo fuego y con singular tino, pues buscaban como codornices a los mosules.

Los demás, hacer oración, darse sangrientas disciplinas, especialmente las religiosas. También hacer cartuchos todos los religiosos sin distinción. Las religiosas, coser los cartuchos de cañón y hacer y preparar papeles para hacer con brevedad mayor número de cartuchos, que se gastaban muchos, y los sacerdotes seculares que no iban con armas hacían guardia en los almacenes de pólvora para la mayor seguridad y evitar alguna picardía.

En la Santa Angélica y Apostólica Capilla no cesó de rezar el rosario y letanía por los sacerdotes durante la pelea, pidiendo continuamente el patrocinio de Nuestra Madre Santísima para que los

---

15 Según la RAE, «Planta perenne de la familia de las gramíneas, cuya caña es de unos 60 cm de altura, estriada, lampiña y de pocos nudos, y las hojas muy largas, lo mismo que la panoja, cuyos ramos llevan multitud de florecitas con cabillo y con arista» [N. del E.].



inmundos, sacrílegos, inhumanos y tiranos franceses no pisaran ni profanaran esta su preelegida ciudad ni este santificado suelo con su real presencia. Y en esta parte y por este día (digno de conservarlo enteramente en la memoria de todos los zaragozanos solo por lo conseguido con tan pocos de los muchos y tan bravos guerreros), no se posesionaron.

Pero, don Federico, ¿te ocurre a ti, si este buen éxito con tan débiles fuerzas, sin gente, sin armas, sin artillería, sin todo lo necesario ni oportunidad pronta para poderlo adquirir y verdaderamente nada faltó hasta batirlos de los recintos, es obra de los hombres? Amigo, no es obra natural. La mano oculta que me insinuaste trabaja aquí. También todos los de esta ciudad, ya sabios, ya rudos, de todos estados conocen esta muy clara verdad y no se desdecían en publicarlo y gritarlo. Nuestra Señora del Pilar, Madre de afligidos y refugio de los zaragozanos con particularidad, visiblemente nos ha sacado victoriosos.

**Pregunto.** ¿Cómo es que estando tan poblada antes Zaragoza, me das a entender que ahora había poca gente?

**Respondo.** Yo te diré. A lo que oyó la gente que los franceses llegaron a Tudela, Mallén y Alagón, se fueron muchas personas de todos estados y clases a otras ciudades, villas y lugares en bastante número. A más, has de contar la que dispersó y murió en el choque de Alagón y así quedarás convencido.

**Pregunto.** ¿Hicieron en el día y octava del Corpus las funciones de iglesia, pues era el diez y seis al siguiente día?

**Respondo.** Se hicieron pues, pero no con el aparato y ornato que antes. Se ponía y se quitaba todos los días el arca o pedestal de madera plateada y sobre ella la columna, cáliz y viril de cuarenta horas sin dosel para, en caso urgente, poder pronto sacarlo y estorbar toda irreverencia en caso de que acometieran repentinamente, por cuanto estaban a tres cuartos y una hora de la ciudad, mas no se acercaron y el día de la octava se hizo por la Iglesia la procesión de la Reserva.

No hubo honores por lo ya dicho. La procesión se hizo después que evacuaron la ciudad, el 25 de septiembre, y fue en ella el señor general Palafox y hubo algunas irreverencias o *vivas* no

debidas al general, sí debían ser al Santísimo Sacramento. Se llevó a mal pero nacieron de los paletos y adustos campesinos, faltos de discreción.

**Pregunto.** ¿Qué tiempo estuvieron quietos en el llano de Santa Bárbara los franceses sin hacer gestión?

**Respondo.** Estuvieron quietos como nueve días formando sus planes y descansando de la suma fatiga que padecieron el día quince y olvidando el descalabro y afrenta que les quedó a los victoriosos de Marengo. Allí, de ejércitos numerosos, aguerridos y bravos y con abundantes preparativos, vencieron, y aquí, sin preparativos, sin gente, ni armas, ni municiones, ni cañones, ni artilleros, ni murallas, solo los pechos de los nobles hombres, mujeres, chicos y chicas, los fugan y los afrentan y dejan contusos y llenos de temor y esperando cada día que los valientes e inimitables zaragozanos los emprendan, den fin con ellos, con los que quedaron sanos, o los ahuyenten hasta sus confines.

Así lo atestaron dos desertores que al día siguiente se pasaron porque el general Lefebvre había hecho tal concepto de una defensa formidable como había hecho la ciudad, que la gente era muy aguerriada y mucha e irresistible para su residuo que le había quedado si hubiera sido atacado inmediata o mediatamente.

**Pregunto.** ¿Qué resultado hubo, hecha la mención que dices?

**Respondo.** Habiendo sabido por los espías la gente que había y hecho la defensa tan especial, como son tan humildes con su emperador, le avisan del hecho a Bayona donde se hallaba el Tirano y con toda la bondad que siempre lleva su carácter, decretó que pronto se desplomaran tres legiones más sobre esta ciudad, bajaran bombas abundantes, balas, cañones de grueso calibre y se derrocaran hasta los fundamentos de esta rebelde gente y ciudad y no quedara memoria de todo este recinto si luego no se subordinaba a su soberano. Y, entre tanto, Mr. Lefebvre registraba el territorio para hacer su plan de ataque, como lo mandaba su amo el emperador, y luego vimos el resultado de las órdenes por sus especiales efectos. Fueron de todo bárbaros e inhumanos, propios de ellos.

**Pregunto.** Y el señor Palafox, ¿qué hizo después, cuando supo que los ciudadanos habían sacudido los franceses?

**Respondo.** Vino muy satisfecho diciendo que había ido a reclutar gente para defender y vencer a los napoleonistas, y vinieron con él unos pocos y de otros partidos, animados de lo que había ocurrido el día quince tan favorable. Se aceleraron a venir para combatir y defender la patria porque, como llevó tanta fama el rechazo y defensa de Zaragoza por toda España, muchos soldados, ya de Barcelona, ya de Madrid, viéndose burlados en ambos puestos por los viles franceses, de este se fugaron y vinieron muchos, especialmente Voluntarios de Aragón, y de aquella algunas Guardias Españolas, Walonas y otros cuerpos, con unos pocos artilleros que, todos llenos de celo, vista la vileza de Napoleón, se descolgaron por las murallas y se vinieron a esta ciudad, la única que hasta entonces se había señalado a favor de la fe, de la patria y de Fernando, nuestro rey muy amado y deseado.

**Pregunto.** ¿Qué preparativos se hicieron en estos días que ellos descansaron en Santa Bárbara?

**Respondo.** Se hicieron unos debilísimos parapetos en las cuatro puertas más amenazadas, la del Portillo, la de Sancho, la del Carmen y la de Santa Engracia, para poder sostener no se apoderaran al primer ímpetu de los cañones, con sus fosos por delante y, como faltaban ingenieros, no estaban con perfecta construcción.

No obstante, fueron muy utilísimos pues no los penetraron y cuantas veces lo intentaron, les fue a los futres<sup>16</sup> muy caro. También, por lo demás del cerco, se iban haciendo algunos agujericos por las tapias, casas y desvanes y, desde ellos, se les disparaba a salvo conducto y se atinaba tan bien, firmes y seguros, que se quedaban sin sentir, ni sabían por dónde les venía el tiro muchos muertos; parvas quedaban que se confundían y amedrentaban. Tal era el terror en los soldados franceses que tenían al llegar a hacer tentativa a las tapias, murallas de Zaragoza, que desmayaban totalmente y, ni a palos, ni emborrachándolos, no los podían hacer venir. Esto se vio muchísimas veces desde las atalayas. Se debió a estos hombres rústicos este ensayo que a nosotros nos conservó la gente y a ellos

---

16 Es claro que Cadena llama así a los franceses. La RAE define este término como «lechuguino, persona vestida con atildamiento» [N. del E.].

se les minoró en gran manera. Fueron muchos los acometimientos por todas partes con mucha furia, como acostumbran siempre los franceses hasta que empezaron a bombear.

Pero el día veintisiete de junio, cuando aconteció la quema de la pólvora en el Colegio de San Valero y San Braulio, a las tres de la tarde (se dijo fue por mano airada, que después, por otro delito, fue el delincuente preso en Madrid y confesó haber dado fuego, bien pagado por los franceses), acometieron por todas partes con toda su furia a la ciudad, viéndola tan atribulada con tantas casas cercanas al dicho colegio hundidas con los habitantes, especialmente la del frente, la calle llamada de Medio e inmediatas, como también las que miraban hacia la plaza de la Magdalena y calle de San Lorenzo (no es decible las personas que de esta desgracia murieron porque son muchas las casas destrozadas, maltratadas y resentidas y muy pobladas de habitantes, y se libraron pocos).

No obstante estos resentimientos tan cristianos, congojosos, dolorosos y funestos, acudió la gente a socorrer a los envueltos en ruinas y a rechazar a las grandiosas columnas de los impíos franceses, y fueron rechazados por todas partes completamente y muchos futres de menos en las cinco horas que se peleó aquella tarde.

Si toda la pólvora se hubiera cebado, se creyó, hubiera sido destrozado el Colegio de San Carlos y las casas contiguas, pero padecieron mucho todos como vecinos y murió el doctor Lagraba, catedrático; y el rector don Vicente Barta, después de haberlo sacado de entre las ruinas con el catedrático Domínguez, estuvieron a la muerte.

**Pregunto.** ¿Qué día empezaron a bombear la ciudad sin murallas y contra las leyes de guerra?

**Respondo.** Día 1.º de julio de 1808, a las doce de la media noche, lo primero con dirección total a Nuestra Señora del Pilar.

Aquí nos dieron a entender qué espíritu de religión regía y dominaba en sus corazones. Entendieron estos anticatólicos, antirreligiosos, antipladosos y sumamente malignos que, destrozando la Santa Casa de refugio de los zaragozanos y de todo fiel cristiano, al siguiente día ya se rendiría y caería a su obediencia esta ciudad, como ellos se lo prometían y les informaron sus adictos. Pero la

mano oculta que quería azotarnos, mas no acabarnos, sí enmendarnos y darnos a entender cuál debía ser nuestra conducta en lo sucesivo, sostuvo que no cayera ni bomba ni granada real de las mil primeras que a la real casa de Nuestra Señora del Pilar dirigieron en aquella noche, porque todas cayeron y pasaron el Ebro y más allá. Testigo de esta verdad toda Zaragoza que estaba en vigilancia, viendo este prodigio, especialmente los que estaban en su misma plaza llamada de Nuestra Señora del Pilar.

**Pregunto.** ¿Se afligió la gente al ver el fuego tan desconocido y ruido tan agitado y estrepitoso de las bombas?

**Respondo.** Las primeras, como pasaban por encima o sobre la Santa Imagen e Iglesia al Ebro, divertían, viendo aquellos melones de fuego (así los llamaban) que pasaban y aunque se oía el estrépito, como era de cerca, de complacencia y recreo les servía y gritaban: «¡Viva la Virgen del Pilar!, que guarda su santísima casa», y se confirmaban más en su visible amparo y prodigios tan continuados.

**Pregunto.** ¿Ninguna cayó aquella noche?

**Respondo.** Ni una. Y creemos no hubieran caído si sus apasionados (que eran muchos) no les hubieran dado seña; con un volador sordo les hicieron señal por San Juan de los Panetes, que lo vi por mis propios ojos porque estaba de guardia en el almacén de pólvora que estaba en este, y creímos sería por dos fines: por estar aquí la pólvora y demás municiones y la de que tiraban largo y sin efecto alguno.

Desde aquel momento ya se notó: acercaron la puntería y empezaron a caer en la plaza de Nuestra Señora y aquella mañana cayó una en la iglesia de Nuestra Señora por la cúpula de San Joaquín a tiempo que decía mosén Brase misa en la de San Joaquín y no hubo desgracia alguna, siendo cierto había bastante gente oyendo misa en la dicha capilla, como en la de Nuestra Señora y demás.

**Pregunto.** Y entonces, cuando cayó en Nuestra Señora, ¿se afligían viendo no respetaban ni a la Virgen Santísima?

**Respondo.** Claramente conocieron la poca o nada que tenían de religión y como no hubo desgracia, todo se tuvo por nuevo prodigio y se reconfirmaron más y más en la confianza y patrocinio de María Santísima, y todos iban gritando y pregonando por la ciudad lo su-

cedido y se siguió el que se avivó mucho la confianza y no se renovó más en las gentes el celo y valor.

Este fue el resultado y lo mismo sucedió con otras que cayeron posteriormente en esta Santa Iglesia, pero jamás cayeron dentro de la Santa Apostólica Capilla.

**Pregunto.** ¿De dónde tiraban las bombas y granadas a Nuestra Señora y demás de la ciudad?

**Respondo.** Del puntal del monte Torrero que cae al camino del Medio, y desde la torre o tras del conejar de Montemar, y desde la huerta de Capuchinos por ese lado, y desde la Bernardona hacia el Portillo, Castillo y parroquia de San Pablo.

**Pregunto.** Y los zaragozanos, ¿ya tenían bombas, morteros y granadas para tirarles?

**Respondo.** Haz cuenta que casi nada porque la cortedad del tiempo no dio lugar para poderse prevenir y todo lejos para transportarlo, y llegó ocasión que hasta la pólvora, por la que se incendió, como dije, llegó a escasear, y por los rodeos venían algunas cargas de Villafeliche con mucho riesgo de caer en las manos de los enemigos después que cogieron el monte Torrero, pues iban a rodear por Pina y Gelsa, o había de venir de Lérida con lo demás que para sustentarnos precisamente nos faltaba.

**Pregunto.** ¿No salían a impedir los trabajos y caminos cubiertos que los franceses hacían?

**Respondo.** ¿Cómo quieres que saliesen si era poca la gente y ellos mucha? Harto se esforzaban los bizarros zaragozanos. Salían y rechazaban y hacían tanto sus deberes que parecían más que hombres, y dejaban, cada uno de por sí, atemorizados a los competidores de Marengo y Austerlitz.

**Pregunto.** ¿Siempre continuaron en bombear desde que el día primero empezaron?

**Respondo.** Muy pocos fueron los intervalos que dejaron de girar bombas, granadas y balas rasas por las partes de Santa Engracia, puerta del Carmen, del Portillo y Sancho, hasta el día que forzaron las murallas débiles de tierra de la insigne Zaragoza. Pero para los franceses fueron más duras, más inexpugnables que las de Jena,

y día y noche continuas alarmas y embestidas por todos los lados que bombeaban y con tanta fatiga causar a los fuertes, constantes y robustos ciudadanos, y así facilitar la entrada que la juzgaban muy ardua, vista la dura resistencia que se hacía por sus moradores, en Zaragoza, no obstante que iban demoliendo los franceses parte de las tapias, únicos baluartes de esta.

Aquí era el ver el ardor, fuegos y desvelos desde el más grande al más pequeño de todos los ciudadanos, hombres, mujeres, chicos y chicas, ayudando cada uno en lo que se les encargaba con la mayor presteza y ligereza, de modo que se hacía punto de honor el llegar el primero para que todo estuviera a punto, unos arrastrando metrala que buscaban y gustosos todos ofrecían. Otros, llevaban retazos o trapos para tacos a los cañones, y otros lo que convenía llevar para el feliz éxito como cada uno lo conceptuaba, pasando por medio de los sumos riesgos de las bombas, granadas y balas que parecía ser una grandísima tronada porque las enviaban tan abundantes que continuamente se veían en el aire seis, ocho, diez y doce, de modo que parecía un volcán continuo de fuego y trueno seguido de espantos y mayores sustos. Y con todas estas diabólicas invenciones, no se detenían ni se paraban ni se amedrentaban, ni se huían, siempre vigilantes y en sus deberes todos constantes.

**Pregunta.** ¿Qué día forzaron las insuperables, aunque en sí muy débiles tapias e hicieron brecha y entraron?

**Respondo.** El día cuatro de agosto de 1808, día del patriarca Santo Domingo, cerca de las diez del mediodía, habiendo forzado por dos puntos las debilísimas tapias del huerto de Segovia, junto a la puerta del Carmen y molino de aceite del convento del Carmen calzado. Por aquí pasaron a la huerta de las monjas descalzas llamadas de San José y se apoderaron por allí de las casas del Juego de Pelota (así se llamaba) con una curiosa pérdida, porque había en la esquina de la casa de Saldaña un cañón que les causó bastante daño y les estorbó muy bien la rápida entrada que ellos por aquel punto se prometían, de suerte que, por palmos, iban ganando y con lentitud lo que los franceses ganaban. El otro punto fue por la esquina de la huerta de San Jerónimo, frente a la Salitrería. Por este pasaron por un puente provisional de maderos que la mañana misma hicieron en momentos los franceses de resulta que su espía les avisó aquella

noche que aquel era el flanco y podrían salirles por detrás y hacer desamparar la puerta de Santa Engracia.

Para que no tuvieran noticia los que cuidaban esta puerta de la maniobra que hacían del puente abajo, hizo la batería que estaba en la torre de la Cordonería maja (así la llamaban en el vulgo) terribleísimo fuego que no dejaba parar en ella y hubieron de retirarse poco a poco los nuestros defendiendo sus rápidos progresos que ellos se prometían, pues entraban diciendo: «Saragosa nostra», pero lo que ganaban era a palmos muy lentos.

El fuego que hicieron de todas sus baterías contra la ciudad fue terribleísimo a fin de amedrentar y ver de posesionarse, pero se vio muy claramente la asistencia del cielo en este tan fatal día que podía haber sido más. Creemos contuvieron las continuas oraciones, rosarios enteros, letanías y preces continuas que a los pies de María Santísima del Pilar se hacían por los sacerdotes de todos los estados, religiosas y demás devotos fieles que como a nuestra Madre y casa de nuestro refugio acudían y rogaban con toda sumisión, con continuadas y copiosas lágrimas, no permitiera cayese en las manos de los inmundos esta vuestra Santa Basílica y porción tan señaladamente elegida por vos, Madre amantísima.

Todos conocimos en este día muy visiblemente que el amparo de esta Divina Madre nos libró no tomaran a Zaragoza toda porque, al ver habían escalado ya las débiles tapias y pisado los más que bárbaros y brutos franceses parte de las calles de Santa Engracia y Juego de Pelota, se amilanó bastante la gente y los cobardes se fugaban. Y como veían que entraban a fuego y sangre matando, robando, talando, profanando y abrasando, se aumentó la desertión. Y en estos cortos momentos de flojedad avanzaron los enemigos hasta las casas y plaza de San Diego e iban a coger la espalda a los que defendían en la plaza del Carmen a la punta de la calle con un cañón y no pasaran a la plaza los que estaban en la esquina y casa de Saldaña, viéndose en tanto riesgo, retiráronse con aceleración hasta la puerta de las monjas de Santa Fe y contuvieron su rapidez bastante rato.

Pero, entretanto, recargaron los enemigos de tropa de la que tenían fuera de la ciudad y dispusieron dos grandes columnas en ellas.



Las dirigieron, la una por la calle del Hospital al Coso y la otra por el callizo de San Diego y calle de Santa Fe, bajando calle abajo a penetrar (según se veía)<sup>17</sup> hasta el Mercado.

En este grande conflicto movió la mano oculta que al principio medió y que ha tocado siempre los corazones de los zaragozanos y los ha guiado a unos celosísimos labradores de las parroquias de Nuestra Señora del Pilar y de San Pablo y reunieron y reanimaron a toda la gente y emprendieron con tal ardor y furia por la calle de la Albardería don Joaquín Andrés y sus compañeros,<sup>18</sup> y por la calle de la Cedacería los Cerezos y sus compañeros, y los hicieron retroceder del medio de ambas calles hasta el Coso y casa de Fuentes.

Los que fueron por la calle del Hospital tomaron la ruta Coso abajo y llegaron hasta cerca de la puerta del Sol, pero perdiendo los enemigos mucha gente.

Por este lado, los labradores y artesanos de las parroquias de San Miguel y Magdalena obraron prodigios de valor, como también muchos sacerdotes, y murieron algunos.<sup>19</sup> Pero fueron completamente rechazados y con muchísima pérdida.

Se les debió y tuvieron grandísima parte don Manuel de Val, sus compañeros y un lego agustino calzado llamado fray Andrés Santarromana.

Estos compañeros, bajaba un capitán francés a caballo gritando: *Saragosa nostra. Saragosa nostra*, se hallaban por la Universidad con sus escopetas en la esquina, y al oírle tales voces le dicen: «Está en pleito, no cantes así», le tiran y cayó del caballo y allí murió. Llevaba también al lado el capitán dicho un tambor tocando a degüello para más atemorizar, tíanle y quedó en el tiro.

---

17 En el original «vía» [N. del E.].

18 Don Joaquín Andrés, ya dije arriba, don N. Fatás, beneficiado de la de Santiago, celosísimo, y el albéitar Abanto, grande español, murió.

19 Don Joaquín Capdevila, racionero de mensa del Salvador; don Miguel Puértolas, de la del Pilar; don Marcelino Castillo, del Salvador y otros. Don Pascual Muro, beneficiado de Santiago, murió de una bala. Don Manuel de Val, escribano, grandísimo español, trabajó muchísimo en defensa de la patria: comandó en las Tenerías y fue perseguido. Compañeros: Pedro Gutiérrez y Manuel de Gracia fueron los que mataron al capitán. Al tambor, Santarromana y Antonio Loco.

Val hizo traer un cañón de la batería de las Tenerías, lo ponen más adentro de la puerta del Sol cargado a metralla, pasan los franceses el arco de la Magdalena para coger la puerta del Sol y a lo que estaban a flor de tiro, disparó y mató tantos mosules que quedaron turbados y, viéndose sin capitán, sin tambor y muy aturcidos, fueron retrocediendo Coso arriba porque las bocacalles de un lado y otro del dicho estaban cogidas y no les dejaban desviarse, menos les dejaron pasar, hasta que los pusieron y redujeron a la parroquia de Santa Engracia por todos los lados y casas de San Diego.

Costó bastante el sacarlos de las ruinas del Colegio Conciliar de San Valero y San Braulio y casas de frente (fue de esto causa la explosión de la pólvora), pero el valor y continuo fuego de los labradores y diestros tiradores sacerdotes de todos los estados, los rechazaron hasta donde dije.

Si este día hubiera entrado la caballería francesa por Zaragoza, creímos todos, se hubieran apoderado de la ciudad, pero creemos tuvieron reparo porque les avisaron los espías que las calles estaban embarazadas con maderos y bancos de las iglesias, lo que era cierto, y también repararían que los primeros que entraron de caballería, ninguno volvió a salir.

Mas nosotros juzgamos que la mano oculta que gobernaba en todas nuestras operaciones nos infundió el valor y tino y en ellas puso el desacierto y temor al ver la larga constancia y éxito feliz en este día en cuanto cupo, siendo ellos triplicados, bien armados y totalmente aguerridos, y en nosotros casi faltaba todo menos el valor que en todos, sí, igualmente era unánime.

También llegamos a consentir unánimemente que si ellos llegan en este día a apoderarse de esta, hubieran pasado a degüello a cuantos hubieran dado en sus manos por lo que se vio cuando entraron por las casas y parroquia de Santa Engracia que cuantos cogieron, hombres y mujeres, los degollaron.

Viendo esto una mujer casada con Antonio Alfaro, en la calle de San Gerónimo (este día cuatro), se echó con una criatura de pechos en un pozo de agua y, aunque se le murió la criatura no obstante la aflicción que le causó uno y otro, permaneció allí los once días que los viles franceses estuvieron posesionados en aquel distrito.

Al momento que estos se fueron, los que la vieron arrojar al pozo fueron por curiosidad a ver si vivía o estaba muerta. Llamáronla y, conociendo al que la llamaba, le respondió: «Aún vivo». La sacaron prontamente, la confortaron, se reforzó y vivió cerca de tres años más. Testigos de este suceso fueron don Vicente Gracián, maestro de obras muy conocido del pueblo, y otros. Confesó la dicha que imploró a María Santísima y que su patrocinio le valió para librarse de los inmundos y conservar su vida, y vino a dar gracias a su larga bienhechora y le vi y le hablé.

**Pregunto.** ¿Hubo muchas desgracias y muertos en este día y siguientes hasta que se fueron?

**Respondo.** Sí, hubo bastantes. Prueba de ello es las tantas viudas que quedaron y les señalaron su socorro durante su viudez. La mayor parte, de labradores de las parroquias de San Miguel y San Pablo, la Magdalena y San Nicolás. También muchos artesanos de muchas clases, porque todos se señalaban de la fe, casa de Dios, su causa por la patria y en cuanto alcanzaba por sus familias y sus casas. También murieron varios sacerdotes seculares y religiosos de sacerdotes y legos, pues no fueron los que menos trabajaron y cuidaron de los puntos más interesantes y reanimando a la gente a la defensa y valor hasta vencer o morir. Y todos preelegíamos este día antes morir que caer en manos de los infieles enemigos del género humano.

También se introdujeron este día cuatro bastantes franceses bajando en columna por las casas y, entre otras, entraron en la de don Pedro Jiménez de Bagüés, le robaron en mucha cantidad y a él lo pusieron sobre una mesa, lo abrieron en canal y así se encontró.

Fueron por la tesorería, que estaba en casa de Lloret, y la robaron, y por una puerta excusada salieron a la calle del Príncipe, entraron entre otras en casa del procurador Aguilar, lo robaron y lo mataron, y por este lado no les dieron más lugar a pasar ni internar los paisanos y los hicieron retroceder matándoles bastantes hasta el Coso por la puerta Cineja.

Los que bajaron por la calle del Hospital mataron a un religioso trinitario descalzo que salía de una casa en la que se había quedado a comer cerca del Pontarrón, y así sucedió a otras personas.

**Pregunto.** Y del Santo Hospital, ¿qué me cuentas?

**Respondo.** Lo que hicieron los franceses con el Santo Hospital no ha hecho ninguna nación por barbarísima que sea, pues hasta los bárbaros más incultos en tiempos de guerra los han respetado. Mas los franceses, como en toda línea de vileza y maldad son y han sido distinguidísimos bárbaros e incultos enemigos de la humanidad y valientes con los débiles enfermos e indefensos, dirigieron (este día cuatro) muchísimas bombas, granadas y balas, hacia el Santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia, y así entretener a la gente en socorrer a los pobres desvalidos enfermos, acciones todas de cobardes para con esta desmembración de gente, por un ardid tan vilipendioso, pudieran más fácilmente efectuar su grosero proyecto.

Lo cierto fue que viendo se caía, se abrasaba y se perdían las vidas de tantos desvalidos, se hubieron de trasladar al pórtico de la casa de la ciudad y casa del conde llamado de Belchite como se pudo. Algunos se venían a pie, desnudos y sin camisa, otros los traían en las mismas camas, y otros cubiertos con las solas mantas y todos escapaban por no quedar entre ruinas y en medio del fuego y las brasas. De aquí puedes colegir cuál sería la premura y desconuelo de los pobres y el de todos los que veíamos esta tan lastimosa tragedia.

Mas se perdieron los libros, ropas, subsistencias de la casa, botica, ornamentos, todas las cosas de primeras necesidades para la manutención toda de enfermos e individuos de dicho Santo Hospital. Aún más, porque los que no pudieron escapar, quedaron prisioneros y les cupo esta fatal desgracia a los más de los locos y las locas ya de las gavias<sup>20</sup> como los que estaban en el corral y cuartos, y los llevaron presos a la iglesia subterránea o pozo de los Santos Mártires, donde murieron como diremos más adelante. Por esta desgracia, entrados los franceses en Zaragoza, se puso en Convalecientes.

**Pregunto.** ¿Padecieron alguna tropelía las comunidades inmediatas por donde entraron?

**Respondo.** Sí, padecieron y perdieron todo lo que no habían antes apartado de sus conventos porque confiaron demasiado y como fue

---

20 En el original, «gobias». Jaula, en especial la de madera donde se encerraba a los locos [N. del E.].

tan improvisa y rápida la entrada por puestos inesperados, fiados que solo entrarían por las puertas y estas se defendían con increíble tesón, se hallaron defraudados, especialmente los carmelitas calzados del convento y colegio. Unos y otros (de los que habían quedado) los cogió comiendo y al oír *los enemigos entran*, lo dejaron todo, dieron a correr y se libraron de caer en sus manos. El convento lo perdió todo. El colegio también y la librería, que era primorosísima, fue quemada por los franceses.

Por otro tanto descuido y demasiada confianza, sucedió a las religiosas Recogidas quedar rodeadas de los franceses y, después de haber estado cuarenta y ocho horas escondidas en una oculta falsa, por la necesidad de no haber comido ni bebido en esas horas, bajó una religiosa a descubrir el terreno y estando ellos de observación, la vieron y la cogieron. La hicieron decir dónde estaban las compañeras y fueron a buscarlas y dieron entonces las preciosas margaritas entre los puercos y mataron a dos de estas religiosas porque estuvieron y se mantuvieron constantes en lo que habían ofrecido con su voto a Jesucristo, su Divino Esposo. Las demás fueran prisioneras. Eran dieciocho de comunidad.

Igual suerte cupo a las religiosas de Santa Rosa, 30, y las educandas, 27. En estas mataron a una religiosa que era muy peregrina en alma y cuerpo, pero constante con lo ofrecido a su Divino Esposo. Estas y las Recogidas quedaron prisioneras y primeramente las llevaron todas juntas a casa de Saldaña, donde estaba el impúdico y perversísimo general Lefebvre, y después las pasaron con todas las demás mujeres que tenían prisioneras de todo aquel distrito que ellos tenían ocupado. La madre priora de Santa Rosa pudo escaparse con la criada por una puerta falsa calle abajo, pero el arquitecto don Vicente Gracián, que había entrado aquella mañana a mirar la obra que tenía empezada, quedó allí prisionero y estuvo en gran riesgo su vida y fue transportado al monte Torrero y el convento todo robado y parte quemado por ellos.

Las Capuchinas se salieron poco antes del convento porque el coronel Larripa, que las estimaba, las desengañó y convenció, diciéndoles: «Yo estoy al cuidado de esta entrada y veo está en sumo peligro; váyanse». Lo hicieron, y fue su fortuna, porque fue de los primeros conventos que dieron fuego y perdieron todo lo que no

habían podido sacar, porque en la parte que se quemó estaba la sacristía, que era rica de ornamentos, y la despensa donde tenían sus subsistencias y enfermería donde tenían lo mejor de sus ajuares y materiales para sus laboratorios, conducentes para sus entretenimientos útiles y necesarios para ayudarse con el común trabajo a subsistir, ayudadas de la limosna que era su especial patrimonio.

Los monjes jerónimos, viéndose tan amenazados y llenos de gentío, se fueron con tiempo, excepción de algunos legos que estuvieron hasta ver el resultado último; y, visto, solo les quedó ojos para ver quemado, profanado y volado con pólvora aquel lugar tan santo, depósito de los huesos de nuestros mayores los Innumerables Mártires por la defensa de la fe y la religión de Jesús, crucificado por redimirnos, ejemplo que esta ocasión no perdieron de vista los fieles zaragozanos para tener ocasión de imitarles y sufrir igual suerte por el mismo Jesús por ellos tan despreciado, mofado y escarnecido como nos lo hemos<sup>21</sup> visto por los tantos judíos que ocuparon esta ciudad en estos días. Ellos nos lo dijeron, mas el hecho confirmó la verdad.

El Colegio de San Diego, casa de estudios de los franciscos junto al convento mayor, se fugaron por el convento los pocos que habían quedado y perdieron todo lo del interior. Lo quemaron en mucha parte, especialmente lo que era almacén de balas y piedras de fusil, y se convirtieron en masa las balas.

En el convento de San Francisco, llamado el grande por todas sus circunstancias, fue muy desgraciado porque, tanto a la entrada de ellos por la calle del Hospital, como la retirada forzada que sufrieron vergonzosamente desde la Magdalena, fue grande el apoyo de los franceses hasta su precipitada fuga. Sorprendidos rápidamente en este y en las casas contiguas, degollaron a once religiosos de misa y legos y para dar noticia a los del pueblo e infundir horror y atemorizarnos, los pusieron de plantón en una batería que en la noche del cuatro y del cinco hicieron entre la pared del Hospital y convento, cosa horrorosa, propia de los impíos y más que bárbaros franceses. Lo demás del convento todo lo perdieron. También

---

21 En el original «habemos» [N. del E.].

hubo cuartel de soldados en el intermedio del segundo sitio en los claustros bajos. Se vendieron la huerta que tenían antes en la Huerva para empezar la obra que han hecho en San Francisco del Coso para reunirse.

Las monjas de Jerusalén fue a muy poco el no cogerlas todas prisioneras por ser terco y muy adicto a su opinión el padre provincial. Le pareció a este que no entrarían y confió darían treguas, pero el padre confesor estuvo muy vigilante y atendiendo a las operaciones del enemigo. Las bombas y granadas que caían en dicho convento les incendió el coro y enfermería y viendo que los franceses estaban ya a la puerta del convento, tuvieron que batir el torno por donde a los confesores sacaban la comida y por allí sacarlas dos hombres, uno teniéndolas por dentro y otro sosteniéndolas por el lado del cuarto del confesor, porque era pequeño el buque o agujero del torno, y al momento salieron hacia el Coso por la casa del confesor corriendo; pero los franceses las escopetearon desde la esquina de dicho convento.

Por dentro del convento ya se habían tendido tan rápidamente los franceses que sin tener lugar de escapar el hombre que ayudó a salir a las religiosas por el torno, lo cogieron los enemigos allí mismo y lo mataron. La madre vicaria que desde el torno dicho había vuelto a buscar un recado a su celda entre tanto salían las otras, al volver a salirse, ya no pudo y quedó prisionera; pero una monja que había loca, y con la precipitación que salieron no se acordaron de ella, dio en manos, y la mataron y martirizaron. Y el día que los franceses se fugaron fue un interesado de dichas monjas a ver cómo había quedado el convento y halló a la religiosa difunta desfigurada, y corrompía de tal modo el cadáver, que era insufrible. Llamó a un hortelano y la sacaron a la huerta y allí la enterraron los dos juntos. Aún tuvieron más azar estas religiosas.

Cuando salieron por la casa del confesor por la calle del Hospital hacia el Coso, fueron a parar a casa de Casellas y a pocos minutos que estaban allí, llegaron los franceses, que se habían tendido por el Coso. Entran ellos en la de Casellas, entonces sacaron<sup>22</sup> las pobres

---

22 En el original «rancaron» [N. del E.].

monjas que pudieron por las puertas de atrás hacia Nuestra Señora del Pilar. La madre ministra de Altabás que estaba juntas con estas, ya por fatigada, ya por turbada u otro accidente, no siguió con la presteza a sus compañeras. La cogieron y allí la mataron a bayonetazos.

Este resultado tuvo la indiscreción del padre provincial franciscano y si él no da a correr, le sucediera lo mismo que a los desgraciados religiosos y religiosas. De la reserva no se acordaron y dio en manos de los franceses.

Las monjas de Santa Catalina, por la misma terquedad del padre provincial y que les dijo les avisaría cuando no hubiese otro recurso para que salieran (aún esperan aviso), ya se vieron los franceses en la huerta, ya habían quebrantado la puerta inmediata a la cortina, y entonces escaparon todas corriendo a Nuestra Señora del Pilar, pues todas ellas eran hermanas espirituales de Nuestra Señora del Pilar. Aquí sucedió lo que sigue. Tenían las monjas una Nuestra Señora del Pilar de plata, regalada, de cinco palmos de plata en el todo en un nicho en la pared pintado, frente a la puerta del coro alto; y habiendo estado los franceses este día cuatro en el coro, y haberles roto las sillas y cuadros ricos que tenían en él, y levantado las tablas del piso por si habían escondido algún tesoro, no tocaron ni sacaron a Nuestra Señora del Pilar del referido nicho. Y habiéndose acordado dichas monjas al llegar a la iglesia del Pilar del referido, suplicaron a María Santísima su conservación y volviendo al día siguiente dos religiosas con un amigo mío y de nuestra iglesia entraron al convento (no había franceses porque a balazos los hicieron salir los paisanos), fueron al coro y la encontraron en su nicho y la trajeron a la sacristía de Nuestra Señora y allí se les guardó. Tampoco tocaron otra imagen de piedra primorosísima, y de mayor valor para mí que la de plata, de un altar que tenían en el claustro bajo, también regalada por una persona de grandísima opinión. Dejo el juicio de este suceso a la consideración de los píos, atendidas las intenciones, genios y condiciones, con los fines característicos que los franceses trajeron a nuestra península, etc. Quemaron el convento, quedó la iglesia y claustro bajo sanos.

Las monjas de la Encarnación, viendo que la cosa iba mal y que a bombas y granadas hundían el convento, tomaron al último el



partido de salirse y, habiendo entrado los franceses en el convento, les quemaron bastante porción o la mayor parte, especialmente la entrada y principio de la escala mayor. Todo lo que no pudieron salvar lo perdieron, que fue la mayor parte. Se fueron al monasterio del Sepulcro y allí estuvieron todo el primer asedio, y después volvieron a su quemado convento, ya un poco reparado.

Las monjas de Santa Inés, viendo que los franceses venían y se acercaban y que las bombas les habían destruido bastante el interior del convento, se pasaron a las de Santa Fe y el día cuatro todas las de los dos conventos se pasaron a San Ildefonso, estuvieron dos días en las bodegas y, viendo que hacia este dirigían muchas bombas, las pasaron a todas a Santo Domingo, les destinaron unas cuantas celdas para que estuvieran solas, y viendo que continuaba el riesgo, las sacaron hacia Huesca y otras partes que estaban libres de franceses. Dejaron personas de satisfacción unas y otras en sus conventos para el cuidado, pero les robaron lo que dejaron, o casi todo.

La casa de la Misericordia, viendo los mayordomo y veedor que estaba en sumo riesgo, ya por estar la pólvora y los cartuchos que todos los religiosos de todas las comunidades iban a hacer en el refectorio, era laboratorio y la pólvora estaba derramada por dicho refectorio y sin cuidado especial, como se requería, para evitar desgracias; y si no las hubo, fue un singular cuidado que la Virgen de la Misericordia tuvo de los individuos y Real Casa. Ya también, por lo inmediatos que estaban los enemigos, tomaron la resolución de trasladarse a la casa del Refugio y allí estuvieron hasta que se fueron el catorce de agosto por la noche de esta y entonces los trasladaron al hospital de Convalecientes, porque la Casa Misericordia se erigió para hospital militar y también, provisionalmente, para paisanos.

El convento de Capuchinos fue guarida de los franceses y últimamente fue incendiado e inutilizado. Lo que pudieron sacar fue lo que tan solamente libertaron, y en el intervalo que hubo hasta el segundo asedio fue del todo deshecho hasta los cimientos. Solo quedó la cruz que estaba frente a la puerta que se entraba al bajo<sup>23</sup> de la iglesia y portería y sirve para indicarnos «Aquí fue el convento

---

23 En el original «bago» [N. del E.].

de PP. Capuchinos». De suerte que, en los intermedios dichos, les cedieron una casa para hospicio grande junto al hospicio del monasterio de Rueda, la que les sirvió para iglesia y habitación hasta el día cuatro de agosto y veinte de febrero, cuando últimamente se capituló y fueron abolidos<sup>24</sup> por el ministerio francés, desde que tomaron posesión de Zaragoza.

El convento de Trinitarios descalzos junto a las eras del Sepulcro fue maltratado y quemado por los enemigos y quedó inhabitable y casi irreparable, solo salvaron estos religiosos lo que consigo llevaron, y fue poco.

Los Agustinos recoletos del Portillo padecieron muchísimo en este asedio y quedó bastante estropeado, pero quedó habitable y la iglesia padeció poco y luego que se fueron los franceses, la noche del catorce de agosto, volvieron a ocuparlo. En este convento hubo cuatro legos muy valerosos e hicieron muchos franceses de menos, pero murieron en los dos asedios tres de ellos de las balas y un incendio de la pólvora de cañón, de los que estaban dentro del convento para hacer fuego al enemigo por la era de Chueca.

El convento de Capuchinos de Cogullada, al saber los religiosos que los franceses habían puesto puente de barcas a la vuelta del Ebro por Juslibol, y que se dejaban ver por San Gregorio y que miraban mal a los religiosos, dieron noticia a los cofrades de Nuestra Señora de Cogullada intentaban dejar el convento a la menor novedad que notaran ser sorprendidos.

Vista esta determinación, determinaron los cofrades traer a la ciudad a Nuestra Señora y, acompañada con hachas y unos religiosos, la depositaron en la parroquia de la Magdalena hasta que después que se fueron en agosto la volvieron con igual veneración a su camarín del altar mayor de dicho convento. Y, habiéndose quedado dos religiosos, uno anciano y el otro para cuidarlo, viéndose ya que los iban a rodear los franceses, saliéronse por la huerta camino de Zaragoza, mas, dándoles detrás de ellos, los alcanzaron, los cogieron y los llevaron por Juslibol a San Lamberto y allí los tuvieron algunos días; les hicieron varias preguntas, respondieron con cautela

---

24 En el original «abulidos». Suprimidos [N. del E.].

y brindándoles a donde querrían ir, si a Francia o a dónde, respondieron que a Zaragoza, y con esta respuesta los acompañaron hasta donde encontraron las avanzadas, y el convento de Cogullada no lo tocaron por esta vez; sí comiéronse lo que encontraron.

**Pregunto.** ¿También llegaron al Arrabal los franceses el primer asedio?

**Respondo.** Habiendo sabido por sus espías que venían Voluntarios y migueletes de Lérida y Barcelona huidos, pasaron por Juslibol a ocupar el camino y ver de estorbar llegase refuerzo; pero los nuestros lo supieron anticipadamente y se dispusieron de modo que los cogieron entre dos fuegos y los escarmentaron, y a la retirada hacia Juslibol con los heridos que traían, hicieron parada como a un tiro de cañón.

Esta operación fue bastante motivo para que los del Arrabal, como tan indefenso, se pasaran con lo que podían a la ciudad y en los conventos quedaron solo algunos legos de buen ánimo y valor. Las monjas se pasaron todas a la ciudad y a poco tiempo los franceses se retiraron hacia Juslibol, inmediatos para, en caso necesario, pasarse por la barca de suela a San Lamberto, su cuartel, de donde hacían sus correrías hacia el Arrabal, etc. Fue el día 4, y este entró el refuerzo.

**Pregunto.** ¿Qué hicieron después que los hicieron retroceder al distrito de Santa Engracia, San Diego y plaza del Carmen?

**Respondo.** Sabrás que en todo lo que cogieron robaron todo lo que encontraron y, si el día cuatro no se hubieran detenido al robo y extendido tantos por las casas por donde pasaban, se apoderan de Zaragoza. Solo en casa de don Pedro Jiménez de Bagüés se detuvieron pasados de cuatrocientos y murieron más de ciento y los que quedaron vivos pudieron escaparse tan solamente por los tejados de San Francisco con mucho trabajo, porque los acompañaban aun por los tejados con música de plomo que los hacía bailar a media vuelta, y así hubo en muchas casas del Coso, como en casa de Sástago, y de Fuentes, lo mismo.

En esta, recibió don Felipe Sanclemente<sup>25</sup> en la rodilla un balazo en el jardín estando escopeteando a los franceses el día cinco de agosto, al siguiente de la entrada.

---

25 Don Felipe Sanclemente, mercader, grandísimo defensor de la patria, en todo se singularizó y dispendió todo su caudal por ayudar a lo más preciso para la defensa. Lo

Lo mismo sucedió por las demás calles de día y noche, cuidando todos los boquetes con sumo cuidado y animosidad. Se iluminaban las casas y calles de noche para que no pudieran dar paso alguno sin verlo. Se conoció claramente que tenían mucho miedo de salir a las claras porque los hundían a balazos. Así, progresivamente, se cuidó todo el tiempo hasta que se fugaron.

**Pregunto.** ¿Hicieron mucho daño las bombas, granadas y balas rasas en la ciudad en este asedio?

**Respondo.** Bastante daño hicieron y hubiera sido más si las casas no hubieran sido de materiales tan sólidos como son los de esta ciudad. La parroquia de San Pablo fue la que más padeció por esta vez; es verdad que es la mayor y ocupa más terreno, pero por todas partes tendieron la fruta para que todos gustaran de ella y quedara memoria. Cayeron algunas casas débiles y muy viejas por todas partes y algunas hundiduras de vueltas, rajaduras de tabiques, roturas de puertas y ventanas, de balcones, muchos tejados hundidos y cascados con algunos incendios.

**Pregunto.** ¿Qué disposiciones tomó el día cuatro de agosto el general Palafox para detener el ímpetu de los franceses?

**Respondo.** Tomó el señorito con sus secuaces Butrón,<sup>26</sup> guardias de Corps, Calvo intendente, la ruta de Fuentes camino de la salud (como lo avisó a la ilustrísima ciudad y dejaba al teniente rey interino, gobernador, llamado Bustamante, porque sus ayes le obligaban a no perder la vida), irse a mudar de aires, y se fue hacia Belchite, Calatayud y Épila, y Calvo, con la excusa de ir a recoger víveres para que estuviese bien surtida la capital y los ejércitos (entonces eran imaginarios), se fugó. Esto fue lo que dispuso, pues conjeturó cuando le dieron la noticia que entraban por Santa Engracia, que este día se hacían dueños de Zaragoza y por eso buscaban el jarabe de la salud en la fuga. ¿Qué hubiera sido de ti este día, si tus vecinos hubieran enfermado como el señor Palafox? Hubieras caído en las

---

honraron con la administración de Aduanas por poco tiempo y por intriga se quedó sin qué comer este buen patricio. Así paga España.

26 Butrón era un guardia de Corps que, sabido que a Palafox lo habían elegido capitán general, vino de Madrid con otros compañeros por orden de Murat para seducirlo a que desistiera de la oposición al emperador o lo hicieran perder engaándole.

manos del Tirano y no te hubieras cubierto de honor sin igual en los fastos del mundo todo.

Sí, zaragozanos, si os singularizasteis y pusisteis terror a las rapaces águilas napoleónicas y a Mr. Lefebvre le aumentasteis la calen-tura y le disminuisteis las gallardas fuerzas con que este día esperaba confiadamente supeditar las vuestras. No hizo falta el general ni menos sus compañeros ni... Digámoslo de una vez, vuestros pe-chos, vuestro valor, vuestra constancia siempre igual y vuestra fe os condujo por el honor de defender hasta verter la última gota de vuestra ilustre sangre por la religión santa, por vuestra patria y por don Fernando séptimo. Sí, a nadie se debe, ni al general, ni ninguno puede aplicarse esta tan grande fama y valor de este día por más que la soliciten rapazmente, sino a vosotros, distinguidísimos zaragoza-nos, y a aquella mano oculta y poderosísima que os conforta y en todas vuestras empresas os guía. Lo que produjo la fuga de Palafox con su comitiva fue lo más especioso, que a su ejemplo se desertó un sin número de gente de todos estados, cuando debían todos conspirar a sacar la victoria con los pocos que con celo patriótico y religioso defendían la común causa. Pero la protección podero-sísima de la oculta mano a favor nuestro dispuso que, al paso que los egoístas se fugaban, en camino hacia esta unos pocos Voluntarios aragoneses con doscientos miqueletes de Cataluña que el señor obispo de Lérida, presidente de aquella Junta, exhortó a la pronta venida al socorro de Zaragoza. Llegaron tan animosos que sin des-cansar, viendo el peligro tan inminente, acometieron a los enemigos por donde más urgaba la necesidad y los aterraron e hicieron retro-ceder, matándoles mucha gente, hasta San Francisco y San Diego.

**Pregunto.** ¿Cuántos días estuvieron posesionados los enemigos de aquel recinto de la ciudad?

**Respondo.** Desde el cuatro de agosto hasta la noche del día catorce del mismo, que entre doce y una de la noche se fugaron rapidísi-mamente.

**Pregunto.** ¿Se supo cuál fue la causa de tan acelerada fuga?

**Respondo.** Muy lejos estábamos de pensar, aunque no adelantaban paso alguno hacia la ciudad, de que ellos se fugaran tan improvi-sa y tan rápidamente. Pero no se dudó que aquí puso claramente la mano el Todopoderoso por la intercesión de María Santísima,

movida a compasión por los continuos ruegos y oraciones acompañadas con copiosas lágrimas de muchas almas justas que a sus sagradas plantas se derramaban día y noche sin apartarse de su Santa Angélica Apostólica Capilla.

Dispuso, pues, el Sr. Perena, el de Huesca,<sup>27</sup> apareciera la mañana del día seis sobre los altos de Juslibol y San Gregorio con un grupo de gentes que de todos los lugares por donde pasó pudo recoger, unos con escopetas, otros con chuzos y otras débiles armas, lo mejor que su celo le condujo y pudo acumular. Las dispuso en tan buena disposición que parecía un grande ejército, bien ordenado y diestro, de modo que los franceses que estaban en Juslibol (veíamos con antejo de larga vista), andaban tan acelerados y confusos que corrían a ver la gente hasta la torre de Esmir más que en posta cada minuto, y así estuvieron todos aquel día. Ya que estaban sobre el alto del lugar, les tiraron algunos cañonazos con bala desde donde tenían la barca de suela para pasar y traspasar el Ebro. Así estuvieron también el día trece. También infundió el Señor (que con modos impensados de los hombres, sabe trastornar todos los proyectos de los soberbios) en aquellos hombres de que se valió para el cristiano levantamiento, inspirarles fueran a hacer hogueras en todo el distrito que hay desde las canteras de la villa de Fuentes de Ebro, hasta las canteras de La Muela. Lo hicieron con tal primor que a una misma hora se ejecutó en toda la larguísima línea. Hicieron correr por todos los oídos de los franceses que venía tanta y cuanta tropa en socorro de Zaragoza por Valencia y Calatayud con el general y el barón de Warsage.

Como esta voz fue al oscurecer, no pudieron los franceses enviar espías y, habiéndole venido al general francés Mr. Lefebvre, que estaba en casa de Saldaña, las noticias por todas partes conformes de lo que se había observado, juntos los dichos que tendieron por la ciudad de que venían grandes socorros y que los ciudadanos estaban tan constantes en su defensa, tuvo su consejo de guerra y todos

---

27 Don Felipe Perena gran defensor de la patria. Levantó ya en la otra guerra contra Francia a sus expensas ya en esta hasta que le adjudicaron sueldos, que gastó muchos miles, pero domó y mató muchos franceses hasta que lo vendió a Suchet el vil gobernador de Lérida, García Conde. Hizo mucha falta a Aragón, pues fue el terror de los franceses entre tanto que mandó.

unánimes votaron por la pronta fuga y abandono de esta ciudad y de lo que ocupaban, dejando cargados los hornillos que a prevención tenían hechos en el magnífico edificio de la iglesia y monasterio de Santa Engracia. La cosa fue entre once y media y se notó en la línea de dentro de la ciudad alguna novedad y por más tarde, como a las doce, dijeron algunos que quedaban para la retaguardia: «Si oís algún grande estruendo, alegraros que será nuestra despedida de Zaragoza; pero volveremos más adevan con más gente é no dudar».

Mr. Lefebvre y su plana mayor se poseyeron de tal terror pánico (obra de Dios que en todo es grandísimo) que dejaron hasta las viandas, botellas (su dios), servilletas, vasos y todos los ornatos y ajuares de mesa, mirando el más pronto apresto para poner tierra por medio, por no caer en manos de sus enemigos como lo atestaron los de dicha casa.

Se verificó entre doce y una la voladura de Santa Engracia la noche del 14 de agosto de 1808, víspera de la Asunción de Nuestra Señora a los cielos.

Como la gente había oído rumores por el dicho del francés y los movimientos que habían notado nada equívocos, estuvieron sobre sí. Empezaron los inmediatos a la línea a gritar: «Ya se han ido los franceses, ya han levantado el campo. *Viva el eterno Dios, viva María Santísima del Pilar, vivan los santos Innumerables Mártires de esta nuestra distinguidísima Zaragoza que en todas las persecuciones los ha dado y esta que ha sido no solo por la tierra, sí también por el aire*». También creemos piadosamente han sido muchos de ambos sexos los que sufrieron la fortuna del martirio porque el tiro contra la santa fe y religión nada equívoco ha sido; dígalo el hecho público que acaban de obrar levantando con pólvora el Santuario tan celebrísimo de los Innumerables Mártires de Zaragoza, y dejando con mayor desprecio de la Casa de Dios, cerrados los dementes que cogieron en el Santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia, para que quedaran sepultados con muchos otros fieles cristianos y envueltos entre las ruinas bien previstas por ellos.

¿Y habrá alguno, sin la nota de impío, que diga ser esto acto religioso, caritativo y humano? No, por cierto, entre cristianos y humanos. Pues todo esto lo han ejecutado con otros hechos más execrables, como esparcir las sagradas formas por el suelo, por tierra,

rajando ante los sagrarios, pisándolos y matando a los sacerdotes, conservadores de la Casa de Dios y en la misma iglesia para que de un golpe quedara inhábil, a fin de que no se pudiera continuar en el sacrificio santo, pues todo esto lo han ejecutado a la faz de los fieles, llamándonos supersticiosos, y esto ¿qué quiere decir?

**Pregunto.** ¿Se llevaron prisioneras las religiosas que hicieron prisioneras con las demás gentes que cogieron?

**Respondo.** No se las llevaron, las devolvieron (según nos dijeron estas) porque unas señoras francesas, fuesen las que fueren, viendo las continuas lágrimas que estas vertían, viéndose en medio de tan inmundos asmodeos,<sup>28</sup> rogaron al voluptuoso general Lefebvre las despachara a la ciudad y lo consiguieron. Y unos dos días antes, trayéndolas por la calle de Santa Engracia hasta la esquina del Hospital, do les dieron libertad como a otras mujeres y hombres que en aquel distrito habían cogido, y entre estos fue uno don Vicente Gracián, arquitecto, que lo cogieron trabajando en el convento de las Rosas el día cuatro y estuvo en grandísimo peligro su vida aquel día y los demás que estuvo en posesión de los franceses. Mas estas religiosas con las educandas, que las había de peregrina hermosura, y las demás mujeres y hombres que volvieron, de los pesares que recibieron con las continuas violencias, sustos, golpes y tratamientos muy pesados, enfermaron gravísimamente y murieron los más de flemón. ¿Qué tal se podría ensalzar la caridad tan decantada, conducta y proceder de los franceses? Díganlo sus secuaces, pues los católicos no podremos decidir jamás a favor de sus bestiales patrones y maumetanas costumbres.

**Pregunto.** ¿Qué hicieron los ciudadanos de Zaragoza al verse libres de los tiranos enemigos?

**Respondo.** Qué quieres hicieran los fieles zaragozanos agradecidos, correr cada uno, y todos juntos, a dar repetidísimas gracias al Todopoderoso por manos de la dispensadora de las luces, aciertos, fortaleza, constancia y victoria de los tiranos, conseguida por el pa-

---

28 Asmodeo es un demonio conocido comúnmente por aparecer en el *Libro de Tobías*, que no forma parte del Antiguo Testamento protestante ni del judío, pero sí del canon católico [N. del E.].



trocenio de Nuestra Señora, siempre compasiva y cuidadosa Madre María Santísima del Pilar de sus especiales preelegidos los zaragozanos. Venían unos descalzos y otros con las lágrimas en los ojos llenos de gozo que no lo podían manifestar de otra manera que a no llorar quizá... Me faltan aquí expresiones para decir lo que fue, amigo don Federico, y tengo por mejor enmudecer mi lengua que menoscabar lo que se merecen estos siempre inimitables héroes.

**Pregunto.** Y el señor Palafox y sus compañeros fugitivos, ¿cuándo volvieron y con qué aspecto?

**Respondo.** A pocos días después de la fuga de los enemigos, como suspensos, porque se les figuraba ser naturalmente imposible estando en tan ventajosa posición como en una quinta parte de la ciudad dejaran como tan temáticos y orgullosos lo que había costado tantas vidas y tanta sangre, y como recelosos de que a pocos días volviesen en engrosando y reforzando el ejército. Mas no perdieron de vista tener entera parte en las glorias de los que peleando con tal riesgo de la vida y en continuas fatigas días y noches, el medirse y aun aventajarse. Tal fue la avilantez<sup>29</sup> de todos estos prófugos cobardes. Nos dan aquí a entender que cuando dos ejércitos pelean, el que huye es el victorioso. ¿Y esto está en el orden? Dígalo el prudente. Tal fue la pretensión del señor Calvo y sus compañeros. La Junta Central podrá decirlo en las pretensiones de todos estos y los demás que igualmente se fugaron y dejaron sus casas al cuidado de los que trabajaron a fuer de todos; y lo mismo pretendieron los que en los caños y bodegas se escondieron. Lo más gracioso fue que sucedió como cuando dos gritan sin razón, que el que más levanta la voz es mas oído; así fue. Digo lo bastante para que sirva de aviso al público con quien hablo.

**Pregunto.** ¿Qué disposiciones tomó el general Palafox viéndose libre de enemigos?

**Respondo.** Luego dispuso una magnífica función de iglesia con repique de campanas por tres días en parroquias y conventos que habían quedado sanos, iluminación de toda la ciudad, misa solemne, sermón que lo predicó el P. Basilio, de las Escuelas Pías, famoso y

---

29 Insolencia [N. del E.].

maestro del señor Palafox, y su muy privado, y declaró con evidencia que el patrocinio de María Santísima nos había movido, nos había confortado, animado y llenado de la gloria inmortal de vencer y triunfar de los vencedores de Marengo, Austerlitz y Jena, etc. Fue la función en Nuestra Señora del Pilar como toda mediadora por su pueblo preelegido desde el nacimiento de la Iglesia de su Santísimo Hijo Jesús Nuestro Redentor en que, tanto entonces como ahora, nos ha sacado de las tinieblas y opresión del infierno o infernales, a la luz y victoria. Concurrió todo el clero de todas las parroquias con el ilustrísimo Cabildo y clero de ambos santos metropolitanos templos, la ilustrísima ciudad, el capitán general, su plana mayor, todas las distinguidísimas personas de Zaragoza. Hubo carros triunfales, dances, parejas y cuantos recreos cristianos se acostumbraban antes con tales motivos y como este ninguno en esta capital. Tal fue el regocijo que las angustias y penas tan acerbas que se habían pasado en tan duro asedio, se olvidaron totalmente en tan plausibles y muy debidos festines. Concluyeron con comedia de gratis a todos los que quisieron verla. Después determinó el señor capitán general se hiciera una función solemnísima de difuntos por todos los que habían muerto en todo el asedio en Nuestra Señora del Pilar con la misma asistencia que arriba y se continuaran en las parroquias de San Pablo, San Miguel, la Magdalena, San Felipe, a las que concurrió el señor capitán general, y después señalaron a las que habían quedado viudas, a proporción de la familia con que habían quedado, sueldo mensual, y se efectuó durante la quietud y libertad. Esta disposición enjugó las lágrimas a muchas madres viudas con sus hijos que habían quedado totalmente sin subsistencias en este asedio y sirvió de estímulo para lo venidero.

**Pregunto.** ¿Qué dejaron o se les encontró en los campamentos a los franceses cuando se fugaron?

**Respondo.** Se dejaron en el monte Torrero parte de las marmitas, con otros utensilios de cocina, sartenes, almireces, y muchos otros adminículos, con pan en el horno y en las artesas a medio amasar. Lo mismo sucedió en San Lamberto y Casa Blanca. Los cañones y municiones que no pudieron arrastrar, las batieron en la acequia Imperial, sobremanera en Torrero y Casa Blanca. A las cureñas les dieron fuego mas no se quemaron todas, porque muy por la mañana salieron a la rebusca muchos por todos lados y cortaron el fuego,

apartando las que no había cebado el fuego alquitranado. Después sacaron con tornos y maromas los cañones y morteros del Canal y también otros efectos. Pasaron de treinta piezas las que dejaron.

Todo lo que he dicho hasta de ahora no es más que una sombra respecto del todo lo acaecido en toda esta ciudad, porque en todos los puntos no estuve, pues me era imposible, y lo aviso por si otro ha sido más general no desmerezca mi leve escrito.

La procesión del Corpus que se hizo este año de 1808 el día 25 de septiembre (domingo) por no haberla podido hacer el 16 de agosto. Asistió el señor Palafox. Le dijeron más vivas los campesinos que al Santísimo Sacramento; nos escandalizamos Todo lo demás, como siempre, se había hecho.

Mosén Ramón Cadena, racionero penitenciario



**Pregunto.** ¿Se pudo saber a punto fijo el número de bombas y granadas dirigidas sobre Zaragoza?

**Respondo.** Los españoles no lo pueden decir a número fijo porque no había vigías que miraran a cada batería y contaban las que salían o no; si esto faltó, no lo podemos saber a punto fijo porque el aviso que la campana de la Torre Nueva daba con la campanada no equivalía sino a una, y a veces salían a un tiempo de todas, y otras veces de la mitad, y rara vez una sola (dicho por los artilleros franceses), para que no las pudieran contar y así dañar más y ver por este medio supeditar antes a los zaragozanos. Me dijeron ellos cuando se capituló en el segundo, que fueron muchas más las que tiraron a toda la ciudad que las que se decía en los papeles españoles. Y si en la señal del campano nos asentábamos, nos engañábamos porque a ocasiones salían de una vez ya seis, ya ocho, ya más, y que lo creyéramos. Y constándonos que ellos, en lo que desdora su honor todo lo disminuyen, si se pusieron veinte y siete mil en nuestros papeles y ellos confiesan más, ¿cuántas serán? Me dijeron ellos pasaban de treinta y cuatro mil. En esta parte debemos darles crédito por ser ellos los ejecutores y nosotros los pacientes y recipientes de los formidables golpes y duras extorsiones de sus máquinas.

**Pregunto.** ¿Dejaron hechos otros daños en la campiña los tiranos franceses?

**Respondo.** Muchos, pues quemaron muchas torres en el lado del mediodía, sobre manera en el canal de la Huerva. Cortaron muchos árboles frutales, muchos olivos y destrozaron muchas viñas; y lo más fue que quemaron muchísimos campos de trigo y cebada que estaban segaderos. Yo lo vi en la partida de Almozara, en la de Rannillas y Soto de Mezquita.

En este año se hubo de segar en los últimos de agosto, todo el septiembre, y con estar la mies traspasada y sequísima, no se desgranó en las espigas, se recogió bien todo y hubo larga cosecha y fue barato todo. Más particularidad. En la torre llamada de Alfranca, se segó en octubre y no se desgranó. Los pájaros se ahuyentaron y no hicieron daño; hasta los gorriones, siendo oriundos de Francia, se escaparon.

En este asedio sucedió que a lo que empezaron a bombardear la ciudad, se refugiaron tantas gentes a Nuestra Señora del Pilar que no había cuarto, sacristía, bóveda, torre, secretaría, archivo ni desván alguno que no estuviera ocupado, especialmente para dormir por la noche. No hubo desgracia alguna aunque cayeron bombas y granadas y estando la Santa Capilla y demás Santo Templo lleno de gente, señores prebendados, grandes de España, sacerdotes seculares y regulares, comunidades enteras de religiosas, gentes bien acomodadas y de todos estados. Tal era en todos la fe y confianza adquirida desde el primer origen de la Iglesia Santa que fue y es casa de refugio y consuelo de afligidos.

Pero, don Federico, no puedo menos de decirte y veas la falacia del mundo vil lo que reparé. Vi que muchos de los que nada habían trabajado o dados a correr, después (mintiendo) se hicieron grandes hombres y fueron atendidos y premiados. Si así van todas las cosas, dije para mí, ¿en qué parará tan arduo asunto? Vi por los efectos en qué paró ¡Qué desdicha, qué desconuelos tan amargos y nunca bien llorados! Sí, Zaragoza, sí: serás testigo y contarlo a los venideros y extranjeros este desorden, avilantez, descaro que redundará en deshonor de estos bien considerados, y entre sensatos no les sirvió de honor.

**Pregunto.** ¿Qué disposiciones tomó para lo venidero, supuesto que presumía volverían a Zaragoza los franceses con más furia?

**Respondo.** Como el señor Palafox, siendo general se halló como cabeza participante de la victoria conseguida en Zaragoza, aunque le tocó de lejos, por fin era el primero en excelencia y no se reconoció ni sonó otro. Si el señor Palafox en estos momentos muy lisonjeros y honoríficos para él, por haber sido el primer móvil con los honrados labradores del Arrabal, Jorge Ibor y sus compañeros, para dar principio a que los zaragozanos tomasen por suya la defensa del honor de nuestro estimado Fernando VII y su reino, le salió bien. Debía conocer y entender, por lo que había visto y acontecídole hasta este día, no fue su destreza militar ni la de sus compañeros la que alcanzaron la victoria y, supuesto había conseguido con su primario influjo se levantara Zaragoza la confianza de Fernando, y con ella toda la provincia, y con esta que tenía a todos en expectativa con su ejemplo toda España, debía haberse dirigido con toda protesta y suma prontitud a la Junta Central y haber confesado su ineptitud para seguir empresa tan ardua y de primer orden, pues ya lo era entonces en las miras de Napoleón por ser la primera ciudad y provincia que se oponía a sus designios ambiciosos y, de consiguiente, de sus primeros miramientos para pronto supeditarla con la nueva misión de sus grandiosos ejércitos. Debía, desde luego, conocer no era apto para medirse con el Corso tan afamado en el continente en el arte militar y rogar a la Junta Central destinara el general más diestro para la provincia aragonesa entonces tan inflamada. ¡Qué heroísmo entonces del siempre alabado Palafox! Un hecho así hubiera acreditado en superior grado su dejado proyecto y haber cumplido con celo el encargo de su señor que le condujo a esta, como él mismo se lo dijo al general Guillelmi, en quien no halló acogida porque era godoísta y, viéndose amenazado, no le quedó otro recurso que disponer con Ibor lo arriba dicho. Bien se divulgó que algunas personas de buen modo de pensar y querían a Palafox, le aconsejaron hiciera esta inmortal obra y que estuvo para decidirse, pero empezó la adulación devoradora del buen consejo, la demasiada satisfacción y confianza del todo infundada, el egoísmo de él y sus compatriotas y más la celada que por Butrón, con sus compañeros guardias, y Calvo intriguista, le tenía comprado desde Madrid Murat, sin contar que este hizo venir desde la corte a sus dos hermanos, don Luis y don Francisco, para que disuadieran a don José se dejara, que el emperador los premiaría con lo que quisieran.

Con todos estos datos no supo conocer el lazo corredor que le iban previniendo para el fin, como él mismo al fin se lo tocó. Dejemos esta corta digresión, amigo don Federico, volvamos a la pregunta y su seguida.

En los momentos que el señor Palafox recibió enhorabuenas de muchos personajes de todas partes, precligió acordar proclamar en esta capital por rey al señor don Fernando VII y dispuso fuese el día veinte de agosto. A este efecto, colocaron el retrato del rey en la puerta del Ángel, en el Coso y Mercado, en los balcones llamados de la ciudad; batieron monedas vaciadas y en estos mismos parajes arboleó don Rafael Franco, decano del Ayuntamiento (estilo de esta en toda proclama real) el estandarte del reino. Como el reino español determinó, luego que quedó la España sin rey dentro de su reino porque el Tirano lo retiró a lo interior preso a nuestro Fernando, determinó instalar una Junta Central y eran necesarios vocales de todas las provincias que se hallaban libres para componerla, el señor Palafox, sin guardar las reglas instructivas que vinieron de su absoluta y no como se prevenía, nombró vocales a su hermano don Francisco y don Lorenzo Calvo, su intendente, que no era aragonés (un intriguista y sospechoso a la nación), de que resultaron descontentos los aragoneses y se dio su genial bastante a entender y nada equívocos los resultados venideros como los tocamos todos.

Enseguida a esta victoria todos los aduladores, charlatanes, aunque cobardes, encubriendo su flojedad y cobardía resguardadas en las bodegas como sagacísimos y que sabían el flanco, dirigían bien sus pocos trabajos al sumo de sus riesgos para que el señor Palafox los condecorara, como lo lograron.

¡Oh, y cuántos hubo de estos! Aquí se vio lo poco versado que estaba en asuntos bélicos. Solo lo pudiera salvar las circunstancias críticas de que en esta ocasión necesitaba de todos buenos y malos para acumular ejército y poder hacer frente de alguna manera al enemigo que le amenazaba atravesar desde Navarra y entrándosele por Cinco Villas, por la villa de Sos, ya fue necesario atendiera sobre aquel punto, y destinó a su hermano el marqués y, llegado que fue, los desalojó.

También se debió dirigir otras tropas, de las que con motivo de haber salido de Zaragoza los franceses tan escarmentados (pasando

fugados por los lugares lo decían ellos, haber perdido en *Saragosa veintricat milla omes*), vinieron cuadrillas de otros partidos y las de Montijo y Warsage, que estaban en la ribera del Jalón, avanzaron hacia la parte de Tudela porque los enemigos se disponían a coger a Tudela. Con solo esta operación bastó para que los enemigos desde Fontellas se fugaran hasta Pamplona y los españoles se posesionaron de Tudela, el conde de Montijo, con aclamación del pueblo.

**Pregunto.** En el intermedio que hubo, ¿reforzó las débiles tapias murallas de Zaragoza?

**Respondo.** Sí se hizo lo que se consideró era más oportuno, y por tanto los ingenieros (solo entonces eran de nombre y no más) batieron algunas baterías y con ellas llenaron los débiles fosos y abrieron nuevos desde los Agustinos del Portillo hasta el puente de la Huerva, de modo que decían: «Con esta trinchera, toda la Francia que venga, no entrará». Pero el resultado fue que de nada sirvieron, ya por su fatal construcción y por la cobardía de los jefes y sus soldados, los miñones de Torres que las cuidaban, y lo más singular fue que el día que se había de perder o se perdió, vistió de nuevo este capitán sus miñones y hasta aquel día los llevó muy estropeados y casi desnudos; consideraría habían de ir de viaje. Así fue, pues quedaron prisioneros en el convento de Trinitarios descalzos el día que se rindió este capitán y súbditos. ¡Oh, y qué prevenidos vinieron para un viaje tan dilatado!

Más, hicieron a la parte de allá del puente de la Huerva, paseo de Santa Engracia yendo al monte Torrero, un reducto con su foso, llamándolo de Nuestra Señora del Pilar para precaver las avenidas del enemigo del Torrero o si bajara por el canal de la Huerva.

Reforzaron desde este puente hasta Santa Engracia la pared del lado del paseo con pared por las dos caras y tierra en medio, que hacía de grueso largas cuatro varas para librar los tiros de parte del frente o del otro lado del río y olivares del frente. Hicieron fuerte el convento de San José, de Carmelitas descalzos, el que fue quemado para por aquel lado (si se perdía el Torrero punto importantísimo, pero necesaria mucha gente para bien guardarlo) rebatir al enemigo, si por Torrero o la Cartuja baja, con su foso y estacada por delante, hacía alguna alarma.

Aún más. Formaron un batería sobre la débil muralla del molino de aceite de la ciudad, junto a las eras de San Agustín y Santa Mónica, para poner cañones. Otra batería en las Tenerías para si por la subida llamada del Jueves o por el Ebro arriba vinieran. También hicieron troneras en las débiles murallas del convento o monasterio de las señoras profesas del Sepulcro, junto a la puerta del Sol, y lo hicieron cuartel para las tropas de las Tenerías, y los franceses quemaron de este mucha parte y quedó muy estropeado porque supieron que, con los tres cañones que habían puesto en las troneras, les hicieron fuego cuando pasaron el Ebro por el soto de Montoya la caballería francesa que bajó de Torrero hacia el Gállego a sorprender la tropa española que venía de Pina precipitadamente en número de tres mil para socorrer a esta el día cuatro, y quemaron los franceses los vestuarios de los Voluntarios, pero no pudieron impedir la entrada de estos, y les causaron aquel día mucho daño, como ya dije.

También hicieron batería en el Jardín Botánico, junto a Santa Catalina, para precaver la avenida de la huerta de Santa Engracia, flanco por donde entraron en el primer asedio. En la iglesia caída de Santa Engracia, sobre las enronas, formaron otra batería para el caso de que se perdiera el reducto del Pilar y puente de la Huerva, contener aquella entrada. En la torre llamada del Pino y en la torre del señor Martínez hicieron otra para contener en su caso las avenidas del puente de la Huerva y torre de Montemar. En la puerta del Carmen hicieron otra, más afuera que la anterior. En el convento de Trinitarios descalzos, otra batería. En la pared final de la Misericordia abrieron tronera para defender las avenidas de las eras del Sepulcro. En la puerta del Portillo, otra batería para contener por la era de Chueca y por la torre de Escartín. En la puerta de Sancho hicieron otra para defender las avenidas de Almozara, orilla del Ebro y acequia de Almozara encubiertamente. En todas pusieron la artillería correspondiente.

En el Arrabal hicieron baterías en el Rastro del Clero a la esquina de San Lázaro, camino de Barcelona. En las Tenerías, otra. Otra, camino de San Gregorio, antes de llegar al Pontarrón llamado del Rabal. Otra, más arriba de la Torre camino de Barcelona. Otra, a la torre del Comendador de la Merced, camino del molino llamado de las Armas. Otra, tras de la esquina de la torre o huerta del Corneta,



camino del pontón de Gállego y otra batería a la entrada del puente de Tablas por el convento de Franciscos de Jesús.

En el monte Torrero hicieron una batería llamada de Buena Vista, en el alto de la paridera del Hospital, y la montaron los Voluntarios de Aragón. Turmo, el capitán, era el encargado y lo vi en su tienda de campaña hasta que fueron a Cinco Villas. Y así fueron disponiendo lo que juzgaban los ingenieros de corto alcance y experiencia, pues nada sirvió; lo anunció el dicho Turmo, gran soldado.

El convento de San Lamberto de Trinitarios calzados en los intermedios fue demolido enteramente porque desde que se apoderaron de él, fue cuartel y guarida para el paso por Juslibol del Soto de Mezquita, San Gregorio, Rabal, Gállego y lo demás de la otra parte del Ebro. Viendo lo perjudicial que era estar en él los enemigos, intentó la junta gubernativa bombardearle; fue la determinación al mediodía y a las dos, minutos más o menos, que lo desamparaban. No se dudó de que alguno del congreso se les avisó. Se sospechó ser el regente de la Audiencia, por lo que fue arrestado. Dirigieron las bombas y maltrataron muy bastante el convento y murieron algunos franceses, entre otros, un comandante.

**Pregunto.** ¿Qué tropas acumuló en los tres meses que pasaron hasta que volvieron sobre Zaragoza el general?

**Respondo.** Como lo acaecido milagrosamente en Zaragoza se tendió por toda España, y más allá de los mares, atrajo a esta ciudad número crecidísimo de gente de todas las provincias del reino y de fuera de él; visto y oído lo acaecido tan de cerca, volvieron cada uno tan inflamados que se hicieron predicadores del suceso naturalmente imposible. Con estas aclamaciones tan portentosas y oportunas, muchos se inflamaron, especialmente los que conservaban viva la fe y no solo estos, aun los más amortiguados en ella, ya sea por el impulso oculto que en los más obraba o el buen ejemplo que de otros recibieron, tomaron las armas gustosos y se llegaron a juntar en esta pasados de treinta y seis mil. También se dejaron ver personas del otro lado del mar Cantábrico. Se dejó ver en esta y quedó admirado al ver lo [que] aquí observó por sí mismo, don Carlos Doyle, general inglés, y visto el sin igual heroísmo de los zaragozanos, quiso tener parte en lo sucesivo entrando al servicio de España con el grado

de mariscal de campo, y seguir la bizarría, valor y constancia de los jamás oídos ejemplos de los invictos zaragozanos, sus muy amados.

También envió el señor Palafox a muchos de los aduladores por todo el reino a fin de que recogieran la gente que cada uno pudiese con su atractivo sagaz, ofreciendo premio a los que más se distinguiesen en aumentar los voluntarios sobremanera para tomar las armas contra el enemigo por tan justa causa. Salieron Obispo, don Gerónimo Torres, don Ignacio López, don Manuel Robleda y otros oficiales. En fin, todos cooperaron cuanto su celo les distinguía. Luego destinaron oficiales retirados para ir influyendo a la gente que venía ya con los dichos, como los que venían con otros que voluntariamente se alistaban. Enseñados que los tenían medianamente porque la premura no daba más lugar, los enviaban a guarnecer los puntos que convenían y así disponía el señor Palafox con el celo posible que su limitado alcance militar le suministraba.

En estos momentos llegaron los Voluntarios del segundo batallón de Aragón con el teniente coronel don Javier Cornel y se acamparon en las casas del puente de Miraflores, gente lucida y bien vestida. También fueron llegando buena porción de Voluntarios del primer batallón, ya de los que estaban en Madrid y se escaparon, como de los que habían ido hasta Bayona acompañando al rey Fernando VII que, como pudieron, se escaparon, viéndose burlados con toda ignominia por haber perdido a su muy amado y señor don Fernando VII.

También llegaron cincuenta y dos prisioneros portugueses que los fieles montañeses del valle de Broto cogieron en el estrecho de Jenes, habiendo cortado antes el estrecho paso de la «Escala» llamada de Torla para estorbar la entrada de dos mil cuatrocientos de ellos que venían para coger desprevenidos a los de Jaca y Huesca y solo con piedras tiradas de las altas peñas los rindieron, y los demás retrocedieron a Francia muy asustados y escamados y, luego que llegaron a esta, tomaron partido y se portaron bizarramente en el asedio contra los franceses.

También llegaron valencianos y murcianos al mando del mariscal de campo don Felipe Saint-Marc<sup>30</sup> y se acamparon en Torrero.

---

30 Aparece citado indistintamente como Felipe Saint-Marc o Felipe Saint-Marq [N. del E.].

Estos mañosos valencianos formaron con ramas verdes una multitud de barracas que causaban grande armonía para contener el aire y albergarse en ellas poniendo las mantas al lado del viento, pero eran muy ladrones.

En estas circunstancias y disposiciones que tomaba nuestro general, la Junta Central le distinguió al señor Palafox por su distinguidísimo celo y patriotismo por la causa particular que había emprendido de su amo Fernando y la común de todo el reino con el de teniente general de los ejércitos de su majestad, y a general en jefe del Ejército de Reserva, con la mira de ayudar y engrosar el ejército del señor Castaños si lo exigiesen las circunstancias. Y lo acordaron ambos señores cuando el señor Castaños bajó a esta y visitó y besó la mano de Nuestra Señora del Pilar, acompañado del señor Palafox, y luego el señor Castaños se regresó hacia Tarazona y Borja en donde tenía situado su ejército, observando al enemigo.

A pocos días se tuvo noticia de que venían de Francia tropas para Navarra. Especialmente para observarlas, marchó el señor don Juan O'Neill con una división por Cinco Villas hasta Lumbier. Desde este atendía a las operaciones de los enemigos que estaban apoyados en Pamplona. A este de Lumbier llegaron muchos mozos a alistarse de todas aquellas montañas, lo que causaba mucho gozo y confianza en todos de proporcionar y organizar un ejército que pudiera hacer frente al poderoso enemigo.

Habiendo llegado a noticia de los franceses por los espías, salieron de Nardués (según papeles públicos) a contradecirle y estorbarle sus ideas y lo atacaron por Monreal. Las avanzadas, siendo tan grande turbión de enemigos, se retiraron hasta el pueblo y se principió el combate con mucho ardor y firmeza de dicha división y rechazó al enemigo, perdiendo algunos cientos de gabachos. Viendo Palafox que ya había escaramuzas, salió de esta con tropas que habían llegado de Valencia con el inglés Doyle, y con los granaderos que había levantado bajo su apellido, del todo bisoños, tomando la ruta de Cinco Villas donde le cortejaron locamente, en especial en la villa de Ejea, con funciones toreras como allí acostumbran. Estando en esta le llegó noticia de que el enemigo atacó a Olite y, aunque la guarnición hizo primorosa defensa y por largas horas, hubo de retirarse. Por esta retirada prudente entraron los franceses

en el pueblo como lobos carniceros, matando, robando y causando el atropello más horroroso que es decible, y con estos modos de obrar, atemorizar a todos y así ganar fácilmente el paisanaje y el país. Este ha sido siempre su desvelo y mandatos del Tirano. Pero vista por los españoles esta tan inhumana conducta, atacaron a los facinerosos, los destrozaron y quedaron doscientos y más muertos en el campo. El señor Castaños formó su tropa y la dividió en los puntos que tuvo para sus premeditados planes, como experimentado militar, por más conveniente.

En estos momentos tan preciosos y que los franceses estaban en Navarra, no eran tantos en número, como los dos ejércitos, el de Castaños y el de Reserva, que pasaba de setenta mil combatientes, estuvieron bastante tiempo en inacción, por lo que se llegó a dudar y muchos presagiaron lo que después acaeció.

Entre tanto, se dijo que el rey José venía a Tudela acompañado del general Bessières con siete mil franceses, pero moró en ella poco por el temor de que los ejércitos de Castaños y O'Neill lo cogieran entre dos fuegos. Pero con estos ardidés ganaron tiempo los astutos franceses y ya había entrado la muchedumbre de tropas con que intentaban vengar la burla que en el primer asedio les causó la fuga vergonzosa de Zaragoza.

En estos intermedios, esta capital o el intendente don Mariano Domínguez<sup>31</sup> se ocupaba de acumular aprestos para la guerra. Llegó la noticia que el general de Reserva, O'Neill, asistido por el mariscal de campo don Felipe Saint-Marc, sostenía en Tudela un fuego terrible (de esta se oían) desde las ocho y media de la mañana. Todos estábamos en una grande expectativa. El señor Palafox había venido pocos días antes del ejército. Se dijo no venía muy satisfecho y luego llegó la fatal noticia de la desgraciada batalla de Tudela y llegaron entre seis y siete de la mañana (por haber andado toda la noche) gente de esta ciudad, y también soldados que vieron la batalla y estuvieron (yo les escuché y hablé) y contaron lo acae-

---

31 Don Mariano Domínguez, natural de la villa de Sos, fue elegido por el señor Palafox intendente de esta provincia a instancias del señor Calvo cuando se fue a las Cortes para constituir o instalar la Junta Central Gubernativa de España. Si aquel era intriguista y receloso, Domínguez no ha tenido semejanse, como diremos.

cido. Cuando se oyó que el ejército, que venía de Navarra, estas voces causaron muchos trastornos en Zaragoza y el que muchas personas abandonaran sus casas, sus comodidades, de suerte que, si en el primer asedio se fueron mil de Zaragoza, en el segundo se fueron cuadruplicados de todas clases y estados a otras provincias del reino hasta las islas Baleares; señores, prebendados, sacerdotes, religiosos, religiosas, excelencias y demás que no tuvieron valor para hacer frente al enemigo del género humano y exterminador de lo santo y sagrado, usurpador de todos los derechos naturales y divinos y sumo enemigo y profanador del santuario, consumidor del sacerdocio.

**Pregunta.** ¿Se supo en qué consistió la pérdida de la batalla de Tudela con tan copioso ejército y cuál su retirada?

**Respondo.** Ya sabes (por la larga experiencia que tenemos en España) que si no hay buena unión y mutua correspondencia entre los generales y ceder y obedecer al más antiguo, acostumbran como gente de muy robusta conciencia o sin ella, como la experiencia no los enseña, vengarse estos unos de otros, sin atender a los daños y sumos estragos venideros. En eso paran las etiquetas, especialmente entre militares, y más si no son expertos, mucho más si la intriga o seducción (muy común y peculiar por Napoleón)<sup>32</sup> anda en estas tan importantes ocasiones y acciones si fuesen premeditadas. Lo que se vio es que, habiendo emprendido la acción el Ejército de Reserva, confiado de la asistencia del señor Castaños y así convenido, salió fallido y de ello resultó perder bastante gente y la acción que cubrió de luto a toda España, a todo Aragón y, especialmente, a Zaragoza, que era objeto de toda su indignación napoleónica. Si el general de Andalucía no tenía orden de pelear, o tenía orden pero injusta porque uno o dos no son todos, debía tener la bondad cristiana de avisar a O'Neill su determinación, a fin de no exponer las vidas ni el menoscabo del Ejército de Reserva; y si tenía alguna queja, debía no dirigir su carácter andaluz contra el inocente O'Neill y su ino-

---

32 El señor marqués de la Romana dice en el papel impreso que sacó para vindicar su honor cuando se vino de la Suecia con la tropa y le apellidó don Lorenzo Calvo Rozas, factor del juramento hecho en el norte a Napoleón de servir debajo sus banderas, que este Calvo, con otros, fueron la causa con carta de esta pérdida.

cente Ejército, en su caso contra el ciertamente culpado. Entonces, el señor Castaños no hubiese dejado en duda su buena opinión y conducta, ni O'Neill se hubiera dado por ofendido, ni hubiera acelerado aquella noche el paso a Illueca y avistarse con él, acusarle su mala fe humana y recuperar su justísimo honor, pues lo hubiera perdido si los inmediatos y todos no hubieran visto con qué tino, destreza y valor peleó desde las ocho y media de la mañana hasta las cinco de la tarde causando grandioso daño, más que el nuestro, al enemigo. Y cuando se vio rodeado de una turba francesa, no le quedó otro arbitrio que tirar de la espada y bayoneta para abrirse camino y, si no le avisa del engaño Saint-Marc, pudiera haber caído en manos del enemigo subyugado, pues le fue a poco.

Por fin, el ejército de Castaños se ahuyentó por Calatayud a las fronteras de Castilla y más allá. El de Reserva se esparció, parte hacia Tarazona, Campo de Cariñena, Almunia, Ricla y Calatayud, y parte, con Renovales, hacia Cinco Villas. Les favoreció ser naturales, saber la tierra, oscurecer y correr toda la noche, por lo que no les fue tan fácil a los franceses seguir en derrota a los españoles. Pero aún tiraron parte de una división hacia Tarazona y viéndolos los de la ciudad, se fueron del pueblo casi todos. Se quedó el señor obispo y, llegados los malvados como si fueran destacados del infierno, empezaron y acabaron con todo horror y desenfreno, peculiar carácter del Gobierno francés. El señor obispo estuvo en el sumo riesgo de perder la vida, lo abofetearon y, porque el anillo que llevaba de tan justo que iba en el dedo no soltó luego, sacaron el sable para cortar el dedo.

En los intermedios que pasaron hasta que se dejaron ver y caer sobre esta ciudad los franceses, se fueron reuniendo las tropas dispersas a este su centro, como el señor Palafox les intimó y lo ejecutaron gustosos, y llegaron a conglobarse<sup>33</sup> más de treinta y seis mil con los fieles zaragozanos. Se tomaron las más previas disposiciones, se acabaron de batir las tapias, torres, caseríos y olivares hasta media legua de la cercanía de la ciudad por todo alrededor de ella y por todas las avenidas que en el primer asedio nos demostraron, a

---

33 El diccionario de la RAE define este término como «unir, juntar cosas o partes, de modo que formen un conjunto o montón» [N. del E.].

fin de estorbarles las emboscadas y guaridas. No se sacó más fruto de tanta destroza, sino llenar las casas de leña para aliviar algún tanto las calamidades futuras que parece fueron previstas de antemano en Zaragoza, que no era el menor ramo para la subsistencia.

**Pregunto.** Habiéndose retirado y recogido tanta tropa en Zaragoza respecto de antes, ¿ya no tendríais miedo?

**Respondo.** Más miedo tuvimos, y muy fundado, entonces que antes que eran pocos. La verídica narración que vas a oír, amigo, te convencerá.

La primera victoria conseguida en Zaragoza, la dio Dios visiblemente, porque los preparativos de los guerreros fueron según el señor deseaba y nos ha dado siempre a entender. Lo primero, se prepararon con todo corazón (testigo yo por mi ministerio) sus conciencias. Después, en el nombre del Señor, su santa fe y religión, a imitación de los insignes macabeos, peleaban los zaragozanos diciendo: «Nosotros no temíamos a la multitud sino a nuestros pecados; si de estos quedamos libres, el Señor peleará con nosotros, nos dará el tino y el valor y los pocos venceremos a la multitud». Uno y otro fue así. No se debe dudar que nosotros para la muchedumbre de los franceses, con los refuerzos que el Tirano fulminó nuevamente desde Bayona, pasaban de treinta y seis mil combatientes, como ellos al fugarse lo decían por donde pasaban, y nosotros, útiles y armados, seríamos una tercera parte entonces. Se ganó y salimos victoriosos de los muchos judíos y gascos.<sup>34</sup> Ciertamente, y confesamos con todas veras, no eran nuestros brazos ni la valentía nuestra la que por sí sola adquirió la victoria. El Todopoderoso nos la concedió por la intercesión de la divina Judith, como madre compasiva de sus especiales preelegidos zaragozanos, contenía con su valioso singularísimo valimiento la justa ira del señor recargada contra esta ciudad tan favorecida de antemano pero mal correspondida, nos alentaba, nos favorecía y nos sacaba insensiblemente de los más arduos empeños y peligros, y veíamos era igual en todos este su cuidado y singular favor, pero se complacía

---

34 Supongo que se trata del gentilicio «gascón», pues se refiere un tanto despectivamente a los franceses [N. del E.].

cuando en todos no se oía otra más frecuente invocación: «Virgen Santísima del Pilar, amparad y sácanos de esos enemigos de vuestro Hijo, Redentor nuestro, victoriosos». Así, amigo, obraron estos zaragozanos: previniéronse con las armas más poderosas, que son las de la santa religión, y con estas vencieron.

**Pregunto.** ¿Qué hicieron los franceses después que derrotaron al ejército de Tudela?

**Respondo.** Se notó luego que tomaron sus medidas para reconocer las cercanías de Zaragoza por parte de La Muela y todos los demás puntos a ellos interesantes; y fue el primero de diciembre cuando atacaron por la Casa Blanca, pero la tropa nuestra que estaba remagada en los olivares, los rechazó con bastante pérdida. Por el paso llamado de Cuarte atravesó otra división de ellos y tomaron por Torrero la ruta para coger el camino de la Cartuja baja, pero el mariscal Saint-Marc, con su tropa les hizo fuego con mucha viveza y los hizo retroceder y retirarse, y con estas escaramuzas se escarmentaron y no se dejaron ver de cerca hasta el veinte de diciembre que, según noticias, esperaban el resultado de Madrid, si se rendía. Tuvieronla a su favor, y con la de que bajaba numeroso ejército para obligar a otro tanto a Zaragoza. Nos engañó la tardanza, en esta ocasión, de las operaciones del enemigo, pero fue para más clavarnos; a este efecto esparcían por las inmediaciones noticias lisonjeras a nuestro favor. Pero ellos, por si estábamos confiados y descuidados, atacaron la Casa Blanca y el Torrero, pero sin sacar fruto.

Al día siguiente, corrieron la línea hasta el barranco llamado de la Muerte (por los muchos muertos que hubo con Felipe V y Carlos III de Alemania en la guerra de sucesión hacía ya cien años), hubo largo fuego por aquel paraje y, al ver nuestras tropas que estaban en la Casa Blanca que una granada dirigida por los franceses desde el camino de la Torrecilla a la batería de la Buena Vista puesta para batir y defender el Camino Real, fue incendiado y trastornado el almacén de la pólvora, se retiró de la dicha posición (ya presagiamos mal al ver uno y otro), y al momento vimos que atacó la caballería enemiga el puente llamado de América (porque abrieron los fundamentos el regimiento llamado así cuando se abrió el Canal y lo vi), y acometerlo y abandonarlo fue en el mismo momento y la línea izquierda del Canal bajo del Torrero, lo mismo.



Por la izquierda del Ebro sucedió lo siguiente. Cuidaban el paso del Ebro, en las inmediaciones de Juslibol, los paisanos y, tan fielmente, que muchas veces intentaron los franceses por la parte de Monzalbarba desalojar de aquel puesto tan importante a ellos, a fin de habilitar el paso para la izquierda, y siempre con toda firmeza los dichos paisanos sin táctica militar los rechazaban con bastante pérdida. Los satélites de Napoleón que estaban fingidamente al lado de Palafox empezáronle a exagerar la importancia del cuidado de este punto y con la verdad le hicieron entrar en lo que ellos deseaban. Le persuadieron a Palafox que aquellos hombres no tenían experiencia ni táctica militar y que, en tirándoles dos granadas, a que no estaban dados, desampararían aquel punto tan importantísimo para no dejar a los franceses bloquear y cerrar los caminos por aquella parte y entrar todo lo necesario a la ciudad, aunque por la derecha, como se verá, quedara cerrada. ¡Oh, y qué verdad, pero mal examinada de Palafox! Aquí se vio el poco alcance, el poco conocimiento y consejo y memoria de los partes y asuntos acaecidos antes y entonces mismo. Acaba de recibir partes que los paisanos del paso de Juslibol han rechazado aquel día y aquella noche a los pertinaces franceses no obstante que tiraron balas rasas y granadas para [que] los paisanos desampararan el punto, y ellos siempre firmes matando a cuantos franceses intentan con todos sus ardides pasar el Ebro, sin tener más táctica que la luz natural, que la que Dios les ha comunicado tan particular, que exceda a toda táctica de cuantos militares te sirven. Dígame, ¿harán más los soldados que guardar el punto? Pues si estos lo guardan con tanto acierto, ¿puedes desear más? Me parece, señor general, que no. ¿Cómo, pues, adereces que pasen oficiales y soldados que podías destinarlos, que este, te consta, estaba muy bien custodiado? No obstante lo referido, accede el incauto señor Palafox a que pase la tropa a custodiar dicho paso con artillería para mayor seguridad. Se verificó, se pusieron en su punto muy ufanos y, sabido por los franceses, pronto determinan acometer a los militares ufanos para tiempo de paz, pero en tiempo de guerra lo demostraron tan poco que lo mismo fue acometerles el enemigo y abandonarlo, todo fue uno. Y enseguida, cubierta la izquierda con veinte mil combatientes, cortados los caminos hasta el de Barcelona, y también inutilizadas la mayor parte o casi todas las muelas harineras y molinos. ¿Qué tal, señor Palafox, con la mu-

danza de tus fieles paisanos de Juslibol? ¿Y no te desengañas de los consejeros de tus alrededores? ¿Esperas por ventura otro favor? ¿Te lo deparaban si no te avisa al día siguiente, cuando hubieras salido a correr la línea corta que te quedaba, la piadosa y fina española mujer del molino de las Armas del sumo riesgo de tu venta a costa de su vida por conservar la tuya, que tus infieles edecanes en venta te la deparaban? ¿Que a tanto ha de llegar tu bondad?

Con haber pasado por Juslibol<sup>35</sup> el ejército francés, combinaron ellos hacer ataque al mismo tiempo que por el lado de la derecha. Acometió la división de Mortier soberbiamente al Arrabal y dividir nuestras fuerzas. Los franceses se tiraron hacia las baterías del Tejar y del Rastro, como los hombres más desesperados, a ver de apoderarse. Pero estas baterías hacían un fuego de cañón y fusilería tan acertado que dejaban las carreteras y campiñas cubiertas de cadáveres. Tanto empeño hizo el enemigo en querer coger las baterías que, por más de tres veces, obstinadísimamente, las acometieron, pero siempre con suma pérdida. Esto visto, se retiraron los franceses muy escarmentados con miles de menos entre muertos y heridos. En este día, los paisanos del Rabal, como que defendían sus casas, su sudor y su existencia, trabajaron con todo valor pero, en recompensa, a más de la honrosa victoria e ilustre fama, les proporcionó la fortuna gajes y despojos con las maletas y hatos de los sepultados, que pudieron darse muy buen trato por muchos tiempos y días o para toda su vida, y esta dulzura fue para lo sucesivo una piedra de toque tan atractiva que, al oír tocar a la pelea, se enardecían y salían como si los llamaran a bodas. Me confesaron algunos sus fortunas y fueron bastantes onzas las adquiridas en el derecho de represalias. Trabajó con mucha gallardía el regimiento llamado de Valencia en este día, que fue muy feliz, y lo hubiera sido más si el inexperto señor Palafox hubiera accedido a los ruegos que O'Neill y Saint-Marc, diestros en la guerra, le propusieron y fueron: que en aquella noche y al amanecer saldrían ocho mil hombres entre soldados y paisanos, los que estaban muy ganosos y sabedores del

---

35 En este día que pasaron los franceses el paso dicho, se desertó la gente de Juslibol. Quedóse una mujer de 60 años, la cogieron, la tendieron en tierra y la usaron a fuerza treinta y seis obscenos, empezando el oficial, a la que los franceses insultaron y escarnecieron bárbaramente.

terreno a dedos, a perseguir a los derrotados, dispersos, fatigados y muchos heridos, medio el más oportuno para concluir del todo con aquella división: ganar otra vez el paso y mantener libre el camino, especialmente el de Barcelona, tan importante. Se llegó por unos momentos Palafox a convencer de los ruegos y a consentir saliesen a perseguirlos, pero lo hicieron los falsos y contrarios socios desistir con patrañas e inconsecuencias de hombres traidores. Ya estaban las tropas que habían de salir dispuestas, los generales con todas disposiciones para marchar y he aquí que sale orden rotunda: «Que todos se retiren si no quieren caer en su indignación». «Señor Palafox, reflexione bien lo que dice», le replicaron ambos dos con O'Neill y Saint-Marc, «sabemos nuestra obligación; volvemos a decir y a suplicar a vuestra excelencia no se le presentará otra ocasión como esta para acabar esta división y quedar la carretera dicha expedita». Respondió: «Hágase lo mandado».

Estos generales, conociendo la traición que había, quisieron levantar el campo aquella noche e irse cada uno con su división, siguiendo primero a los derrotados, acabarlos, como lo hubieran conseguido, y Mortier lo consintió porque estaba en el orden. Y acabada la batalla y vista la suma derrota, no paró hasta Zuera el general francés, esperando el resultado como inteligente, y si lo hubiesen seguido, dijo, no hubiera parado hasta Navarra (dijéronlo los que se le oyeron en dicha), y visto que no lo siguieron, retrocedieron a Villanueva. ¡Desdichada suerte nuestra y de Zaragoza! La gente toda que el día antes había rebotado de gozo por el feliz éxito del Arrabal, y que se divulgó iban aquella noche tras los derrotados franceses y con suma confianza de exterminarlos completamente, esperaban al día siguiente tener asunto de regocijo, al saber que se estorbó la deseada salida, se cubrió de congoja. Hasta los mismos franceses impropieron y lo gritaron desde la torre de Clavero y el Batán del otro lado del Gállego: «Que el general que tenía Zaragoza era inexperto, cobarde y de poco talento cuando no supo seguir al ejército derrotado y acabarlo o por lo menos ahuyentarlo por mucho tiempo».

Para disimular el señor Palafox su yerro en lo posible, determinó, pasados pocos días, salir con bastante gente de soldados y paisanos doblados en número que los franceses a sacar a estos de la posición que habían tomado inmediatamente que dejó de seguirlos, sobre

el Batán y camino de Barcelona. Dispuso la tropa se aproximara al frente del enemigo y sin hacer el primer día oposición alguna, se estuvieron mirando las caras. Entre tanto, pusieron los franceses su batería en el Batán, con que se hizo más terrible el acometerlos.

Al día siguiente, y al tercer día igualmente, se estuvieron en inacción y sin dar de comer a los paisanos, solo lo que ellos pudieron llevarse como escamados de los dos días antes. Conociendo los paisanos, fieles y constantes hasta entonces, que no se hacía cuenta ni se acordaba el general, y menos los demás militares, tuvieron su reconigo y desde aquel momento bien fundado y no exponerse con los soldados, a más de conocer claramente que maquinaban una traición, se fueron retirando a sus casas. Hubo algunos rumores, porque los paisanos hablaban muy claro, de que había inteligencia, pero nada favorable, y para eludir los dichos de estos, esparcieron las voces de que los murcianos, catalanes, valencianos y otros cuerpos de tropa no deseaban otra cosa que empezar el ataque para escapar.

**Pregunto.** ¿Cómo se portaron los paisanos después que se vieron tan despreciados?

**Respondo.** Dejaron al general hasta que conociera lo fieles y valientes que habían sido los zaragozanos, pues, a la primera acometida de los franceses, lo dejaron al punto, fortuna que era de poca importancia, los tácticos soldados.

Pero visto el general que la cosa se ponía de mal aspecto, llamó a aquellos hombres más finos, religiosos y celosos, para que se encargaran de ciertos interesantes puntos. Luego olvidaron, como corazones tan nobles los de los zaragozanos, y que no cabía hiel en ellos, los desprecios y poco cuidado que se había tenido de ellos y se mostraron aún más celosos y activos que antes, arriesgándose en lo más peligroso, sin reservar sus vidas, no así los militares, especialmente la mayor parte de la oficialidad.

**Pregunto.** ¿Cuál era el general francés que estaba por la derecha del Ebro y cómo se portó ganado Torrero?

**Respondo.** Se llamaba Mr. Moncey y, para dar prueba de su humildad, después de la derrota que padecieron en el Rabal y viera a Zaragoza que no había caído de ánimo, antes daba a entender nos

tenía supeditados, escribió el día 22 de diciembre a los señores del Gobierno, mediante parlamento, la capitulación de Madrid para que Zaragoza siguiera su ejemplo si no quería sufrir los estragos de la guerra. Contestó el general Palafox no creía que Madrid estuviera en su poder de los franceses y en caso de serlo, esperaba antes, con sesenta mil combatientes valerosos que tenía, defenderse y batirse y conseguir ventaja. Que extrañaba hubiera perdido de la memoria el golpe que había recibido poco antes su compañero en la izquierda del Ebro.

Con todo esto, no las tenía todas Palafox porque aquella noche salió en una barca su hermano don Francisco para Tortosa, llevándose muchas alhajas y ciento cincuenta mil pesos con que llegó felizmente a su destino.

Estaban al mismo tiempo encajonadas todas las joyas y plata de ambos templos del Salvador y Nuestra Señora con dos señores prebendados prevenidos para conducirlos a Tortosa, pero se opuso el señor Palafox, y de contravenir su precepto, saldría y la cogería de comiso para vestir a la tropa y ocurrir a los gastos de la guerra. Con esta inventiva quiso traslucir la emigración de su hermano y no se propalase la extracción de alhajas y dinero de antemano para no perecer de hambre en caso apretado a tener presente la misma ruta, la que igualmente hubiera preelegido si el enemigo, que se lo adivinó, no lo hubiera embarazado con centinelas por un lado y otro del río lo menos hasta la Cartuja.

El día 25 de diciembre determinó el general se hiciese una salida, a fin de desalojar a los enemigos que se habían acampado en el soto de Mezquita y sus inmediaciones. La dirigió el general O'Neill y duró el choque algunas horas y lo desalojaron (lo vi) y les quemaron la primera línea de su campamento, pero sirvió de poca utilidad porque al punto recargaron de tropa por el paso de Juslibol de la que tenían muy abundante en el soto de Monzalbarba y volvieron a su posición. Me lo vi.

El día 31 del mismo determinó otra salida a las órdenes del brigadier Butrón y así ver qué tropas tenían los franceses tras la Bernardona. Para proporcionarle mejor éxito a este favorito de Palafox (pero fingido y no conocido), hizo el general salir a Renovales, comandante del fuerte de San José, y este diestro soldado atacó por

derecha e izquierda, y él se dirigió por el centro en observación de los enemigos. Viendo esta disposición atrevida, los de Torrero se consternaron de modo que tocaron las campanas de Torrero; al oír esto, en la ciudad hubo gran movimiento para ver qué novedad era, si favorable o contraria. Todos subían a las más altas atalayas, mas no vieron otro favor que el que Villacampa, teniente coronel con los valientes voluntarios de Huesca, echó de tres caseríos a los futres.

Butrón entonces tuvo noticias que los enemigos bajaban por el término de Almozara; destacó como doscientos caballos que, protegidos de la artillería del Castillo, del Portillo y Sancho, avanzaron y con muchos paisanos chocaron con denuedo, matando una buena porción y ahuyentaron otra, e hicieron repasar la acequia ancha de dicho término, mas las tropas que deseaban ver se quedaron para otra vez, estaban muy escondidas. Si Butrón pasa más adelante lo hubieran (¡oh, qué desgracia!) contado a él. ¿Qué miedo le tendrían a Butrón si sabían que era fino amigo? Era muratista. ¿Qué miedo tendrían al enemigo y a las salidas de un cortísimo recinto que le quedaba que correr, pues ya lo tenían rodeado y sitiado por derecha e izquierda del Ebro al señor Palafox y a su numeroso ejército? En prueba de ello se desfilaron para Madrid diez mil hombres con el mariscal Moncey, que lo sacó de este mando de ejército Napoleón porque no adelantaba las operaciones para pronto supeditar a Zaragoza o ya bombardearla o asaltarla. Mas este mariscal había tenido presente como diestro general que no estaba en el orden de guerra bombardear a Zaragoza porque no era ciudad murada. Por esta razón, que al injusto emperador no acomodaba, fue la causa de trasladar a Moncey y poner al mariscal Lannes, ejecutor con Napoleón de toda injusticia, y se esmeró en complacer a su señor en poner en ejecución toda crueldad y contra Zaragoza.

Para tener el mariscal Lannes algún motivo, aunque injusto, para emprender por tierra y por el aire a Zaragoza que ya la tenía bloqueada por impericia, vanidad y no sé qué del general y engañado de sus alrededores continuos, introdujeron por el lado del Gállego un espía llamado «el Fraile», que traía cartas fingidas que decían que Napoleón se hallaba en grandísimo peligro en la Cartuja del Paular. Se lo creyó tan eficazmente nuestro niño general Palafox, y los alrededores le pusieron tan completamente la batata, para darle

luego el trago bien amargo al general y a todos los buenos sensatos que lo indujeron a las ocho hasta las nueve tocaran todas las campanas a bando con grandes descargas de fusilería y cañón, de suerte que toda la ciudad se conmovió y en toda ella era igual la algazara, pero que pronto se convirtieron los aparentes gozos en lágrimas y sollozos.

Hizo cantar el tedeum para más enzurizar y dar más pie al enemigo para realizar sus proyectos.

Luego empezaron el bombardeo, día martes nueve de enero, contra la ciudad y, al mismo tiempo atacaron el reducto del Pilar, bombeando terribilísimamente aquel punto porque sus miras eran ver si podían echar las murallas, débiles tapias de tierra (para ellos de cantería por los muchos futres que habían perdido frente a ellas) de la puerta de Santa Engracia, pero les fue en vano por esta vez y perdieron muy bien gente por la buena dirección de la batería de Santa Engracia. A medianoche, le dieron parte a Palafox del furioso bombardeo que dirigían a la puerta del Portillo y el aprieto en que estaban los defensores. Tomaron las oportunas disposiciones animando y gratificando especialmente a los artilleros, quienes padecieron mucho descalabro, pero estuvieron firmes y desistieron del fuego por entonces por aquella parte. Lo dirigieron hacia el molino de aceite de la ciudad por Santa Mónica. Nuestros artilleros, viendo que el enemigo proyectaba por los dos puntos de San José y reducto del Pilar adelantar sus operaciones, dirigieron bombas hacia ambos objetos. Les causó bastante daño y también lo hubo en los nuestros. Mas los enemigos redoblaron el fuego y repitieron con el acostumbrado orgullo y furor de su carácter para asaltar de nuevo, pero fueron rechazados con mucha pérdida de ellos; no fue tanto la nuestra.

Lo que se notó largamente en este segundo asedio, que venían mucho más estudiados, con más artificios bélicos que en el primero, a fin de conservar sus vidas y gentes. Sin duda por lo escarmentados que se fueron del primero, porque se vio que usaban de otras inventivas, ratonerías y tojoinerías que no usaron en el pasado.

También se notó que ningún día, desde que empezaron a bombear en este segundo asedio, ningún día dejaron de bombear a una u otra parte de la ciudad con más o menos ímpetu y número de

bombas, granadas y balas rasas; hasta la misma hora que se tocó llamada para pedir capitulación bombaron.

Las alarmas y acometidas del enemigo desde el punto que nos tuvieron cerrados eran continuas por una y otra parte, las más terribles, las de la noche. Había ocasiones, y muchas, que el tiroteo seguía de fuego graneado desde la puerta de Sancho hasta las Tenerías por la derecha o mediodía de la ciudad, y por largas horas. Se esmeraron los Voluntarios de Aragón de todos los cuerpos siempre, estos hacían buena unión con los paisanos de Zaragoza y los que de los lugares vecinos de esta, por miedo a los franceses se habían venido y cogieron las armas. También se vinieron enteras familias de los lugares cercanos por el mismo motivo, que aquí perecieron. En prueba de ello, miren los que no estén satisfechos de mi dicho, los libros de matrículas y se desengañarán, en todos los lugares circunvecinos.

Por fin, antes y hasta que a superior fuerza los enemigos se pudieron posesionar del reducto del Pilar, lo defendió el coronel Larripa con todo valor, sufriendo el fuego más horroroso de balas rasas, bombas y granadas, hasta de mano, que les tiraban desde el camino cubierto muy inmediato que habían fabricado en la noche anterior, sin poder oír los trabajadores por el estruendo del continuo fuego dicho y se alojaron de modo que no hubo ya medio para sacarlos.

Al fuerte de San José que cuidaba el valeroso Renovales le dirigieron tan horrendísimo fuego, hasta granadas de mano que les tiraban desde la acequia de las Torres, que la ahondaron la noche anterior, haciendo la misma maniobra que en el reducto, por lo que fue abandonado y fueron tan fatales al escapar (después de haber quedado el fuerte destruido), que el que no escapó por el río Huerva, por el norte del fuerte, quedó prisionero, pues la salida por la parte del puente la ampararon los enemigos que estaban cubiertos con sus caminos al borde del puente que salía al río por parte de torres. Le cupo la suerte mala de quedar prisionero al teniente coronel del regimiento de Valencia que con su cuerpo defendió aquel fuerte. Se llamaba don Felipe Arsu, el que estaba alojado en mi posada con el sargento mayor del mismo cuerpo llamado don Vicente N., quien fue herido de una bala de fusil por la nuca del cuello y cayó también prisionero.



**Pregunta.** ¿Qué aspecto había en Zaragoza en circunstancias tan críticas?

**Respondo.** Aspecto fatal en todo. Porque por una parte ya nos veíamos por la falta de ventilación y mucha gente entre muertos en medio de unas calenturas apegajosas que se tendieron, de modo que apenas había casa que no estuviera contagiada y morían tantos que para no contristar se privó tocar las campanas a muerto. Todas las iglesias con sus cisternas en carnerarios y tierra firme se ocuparon, de suerte que las iglesias estaban tan llenas de fetor<sup>36</sup> que fue preciso rugirlas con vinagre y agua de olor, porque nos trastornaba y nos movía a náuseas. Y viendo esta tan inaudita opresión, miseria y desdicha, se determinó hacer campo santo la huerta de Dominicos, pues no había otro puesto que se pudiera hacer por lo estrechada que estaba la ciudad. La pobreza hacía llevar los cadáveres a las puertas de las iglesias de noche y amanecían ocho, diez, doce y más, unos amortajados, otros desnudos y otros con la pobrísima ropa con que morían ya por las callebrizas, lugares comunes y hasta en los cubiertos del Mercado, que yo me los vi. Muchas casas se amortaron.<sup>37</sup> Muchos canónigos, sacerdotes, religiosos de todas las comunidades y religiosas murieron. A la epidemia se siguió el bombeo a diez de enero con que se aumentaron los continuos sustos, estrépitos, pérdidas, voladuras de tabiques, tejados y casas enteras en que perecieron muchas personas. Y todas estas causas cooperaron al aumento de enfermos mucho más, especialmente los apocados de ánimo y otros por su pobreza y falta de alimento o por no encontrarlo, o por no tener para comprarlo, y muchos, por falta de todo, perecieron.

Sucedió en el segundo asedio lo que en el primero. Luego que empezaron a bombardear se retiraron tantísimas gentes a la Santa Iglesia del Pilar que no había rincón ni cuartijo que no estuviera lleno de personas, confiados todos en la protección y consuelos en tan gravísimas angustias que se padecían.

---

36 Hedor [N. del E.].

37 Expresión que procede tal vez del aragonés o que se usa en la fábula y que podríamos traducir por ‘morir’. Por ejemplo, la expresión «A chen que deixa tresbatir a suya fábula está prenzipiando a amortarse como pueblo». Yo aquí apuntaría el significado de ‘cerrarse’ [N. del E.].

128  
mía se siguió el bombardeo de  
de buca con que se aumen-  
taron los cañonazos, cañones,  
trépatas, pedradas, voladuras de  
trabiques, tejados y casas enteras  
en que perecieron muchas  
personas, y todas estas causas  
cooperaron al aumento de  
causar muchos más, espe-  
cialmente los apocados de ari-  
mo y otros por su pobreza y  
falta de alimento ó por no en-  
contrarlo, ó por no tener pa-  
ra comprarlo y muchos por  
falta de todo perecieron.

Sucedio en el segundo asedio  
lo que en el primero. Y luego que  
empesaron á combear se re-  
tiraron tantissimas gentes á la  
claustra Iglesia del Pilar que  
no havia rincón, ni quarto,  
que no estuiera lleno de per-  
sonas, con todas las pro-  
tecciones y consuelos en tan gra-  
vissimas angustias que se pade-  
cian.

Comunidades enteras de religiosas, prebendados, sacerdotes, religiosos, señores distinguidos, personas bien acomodadas, llevados de la certeza de que en el primer asedio, por más que cayeron bombas y granadas con balas rasas que tiraron, especialmente a la puerta que llamamos alta, junto al Santísimo, desde el Rabal y pasaron dos de una puerta a otra, haciendo solo el señal de lo grande de la bala, estar llena de gente por toda la iglesia igualmente, no hubo ni media desgracia y como por toda ciudad se publicaban estos continuos prodigios y los desamparos de las casas eran tantos por los aplomos que causaban las numerosas bombas y granadas y balas rasas, ya por el miedo de contagiarse, se llenó de tanto gentío que no había, especialmente de noche, un palmo de terreno que no estuviese ocupado. En las dos escalas de los púlpitos había dos dormitorios de dos comunidades de monjas. En la sala de oración se pusieron camas sobre los arcones para tres religiosas enfermas.

Hasta en la sala capitular, secretaría, archivo, torres, sacristía, coros, caños, bóvedas, hasta en las de los comunes se habitaba y llegó ocasión que en estas nos rasurábamos por la seguridad que en ellas teníamos de vernos libres de bombas o sus cascós.

Estos mismos prodigios tan vistos fueron aliciente para que muchos enfermos se refugiaran y se vinieran con colchones a esta Santa Iglesia, de suerte que, capillas y naves, estaban llenas de camas, y como hacían sus necesidades precisas sin otro arbitrio porque todo no se podía socorrer, llegó ocasión que el vaho de uno y otro nos trastornaba y embotaba la cabeza, nos desmayaba, nos quitaba las ganas de comer y nos exponía a los que cuidábamos a recibir el resultado.

Viendo por una parte la indecencia de la iglesia y por otra el hedor, se determinó pasar a los enfermos que estaban en las capillas y naves a las casas del maestro de capilla e infantes. Los demás enfermos que se hallaban en las torres y cuartos se quedaron, como el señor arcediano de Daroca, que estuvo muy enfermo, el señor arcediano de Santa María, el señor deán, Romero, que estuvo sobre la sacristía de Nuestra Señora, pero este murió y otros muchos hubo en los desvanes hasta que se recobraron. Pero sabido por los enemigos, por los anticipados avisos de sus espías que se había refugiado tantísima gente en Nuestra Señora del Pilar, se asestaron con nueva

Comunidades enteras de reli-  
giosos, prebendados, sacerdotes,  
religiosos, señores distinguidos,  
personas bien acomodadas, lle-  
vados de la catedral de que en  
el primer audio por mas que  
caeron bombas y granadas  
con balas rasas que tiraron  
especialmente a la puerta  
que llamamos alta junto al  
Santissimo desde el Plagal y  
pasaron dos de una puerta  
a otra, haciendo solo el señal  
de lo grande de la bala, ostar  
llena de gente por toda la I-  
glesia igualmente, no tubo  
ni media de fragracia y como  
por toda ciudad se publicaban  
estos continuos prodigios y los  
desamparos de las Casas eran  
tantos por los aplomas que  
caian las inmensas bom-  
bas y granadas y balas rasas,  
ya por el ruido de contar-  
giarse, se lleno de tanto ruido  
que no habia especialmente  
de noche un palmo de silencio

mayor furia con bombas, granadas y balas rasas hacia esta Angélica y Apostólica Capilla y toda su Iglesia, que parecía continuamente sobre ella había un volcán de fuego y estruendo formidabilísimo que parecía no iba a quedar piedra sobre piedra.

Estando cantando la letanía mayor una mañana, cayeron dos bombas formidables en medio de muchísima gente porque la Santa Capilla siempre estaba llena; nadie padeció lesión la más mínima, solo el aire apagó todas las lámparas y las velas de los tres altares, excepto dos que quedaron encendidas en el nicho de nuestra Madre Santísima, una en cada lado.

Todos los días se rezaban tarde y mañana sin cesar santos rosarios enteros y el trisagio que mosén Brun, sacerdote de mucha virtud, lo llevaba con suma devoción y pasaba las noches enteras en oración; y este mosén Roque Brun, con cinco sacerdotes más, se ofreció a no desamparar la iglesia y capilla de Nuestra Señora y mantener el culto hasta perder, en obsequio del Todopoderoso por manos de María Santísima, la vida, como se verificó y se mantuvo el culto permanentemente.

No faltó ningún día la misa llamada de Infantes que la decían estos sacerdotes. Dejo escritos sus nombres porque lo merecen por tan buena determinación y loable: don Pedro Castillo, don Pascual Herranz, don Miguel Monreal, mosén Ramón Cadena y don Ignacio Moliner.<sup>38</sup> Solo un día se dejó de cantar la misa de Infantes porque no quedó sano sino un infante llamado José Moreno. Pero después cogió tan a punto este infante que él solo se determinó a cantar la misa y la ayudaba al mismo tiempo y era de los más pequeños infantes pero muy aplicado y muy deseoso de que el culto no faltase y muy digno de toda alabanza por todas sus circunstancias. Algunas veces, viéndolo tan fatigado, entraba al retrete donde se visten los sacerdotes y allí tenía el misal en solfa de la misa que cantaba para estar más a la mano. Y Miguel España, que cuidaba de las lámparas con el que escribe, le ayudábamos aunque en cosa poca

---

38 Don Pedro Castillo es secretario del Cabildo e iglesia del Pilar. Don Pascual Herranz, capellán mayor de la sacristía de la Virgen. Don Miguel Monreal, sacristán mayor. Don Ramón Cadena, penitenciario racionero del Pilar. Don Ignacio Moliner, custodio de los infantes.

infanter, pero muy aylican-  
to y muy devoto de que el  
culto no faltase, y muy digno 111  
no de toda alabanza por  
todas sus circunstancias. Me  
genua: veces viemboto teni  
fatigado, entraba al retrete  
donde se cristen los sacedo-  
tes y alli tenia el misal  
de solta de la misa que can-  
taba para citar mas a la  
muero; y el piquel Espuña  
que cuidaba de las Campa-  
ras con el que escribe, le a-  
yudaban, aunque en poca  
poca, porque nada le en-  
barrataba, y todo lo tenia  
a punto: lo presuro se las  
calenturas para dantis-  
ma. La minima gracia  
atcauro esta fuera a los sac-  
doles que se conscriuon para au-  
dar su santa Basilica e Iglesia

D. Pedro Castille a secretario del cabildo  
e Iglesia del Pilar - D. Pascual Herrera, ca-  
pellan mayor de la capilla de la Vir-  
gen - D. Diego de Anaya sacristan  
mayor - D. Ramon Cadena, parr-  
ticiano sacristan del P. de S. D. J.  
nacio escriu reutor de la capilla

porque nada le embarazaba y todo lo tenía a punto. Lo preservó de las calenturas María Santísima. La misma gracia alcanzó esta Señora a los sacerdotes que se convinieron para cuidar de su santa basílica e iglesia, pues los conservó sanos durante el asedio.

Debo advertir que, después que se sacaron los enfermos de la iglesia, se tuvo de barrer toda dos o tres veces para limpiar la podredumbre y piojos y rociarla con agua de olor y continuos perfumes para poderla habitar. Es muy digno de notar lo siguiente: en los dos asedios, habiéndose refugiado en esta santa iglesia las monjas al bombardear la ciudad los franceses, cantaron cincuenta días la misa de Infantes alternativamente con estos, e igualmente tañeron el órgano y acompañaron en la santa misa, pues hubo cuatro monjas organistas y, como dormían en la iglesia, acudían las primeras y estaban de día y de noche muchas horas en oración pidiendo misericordia al Todopoderoso.

**Pregunto.** ¿A qué atribuyeron la causa de las calenturas epidémicas en el asedio?

**Respondo.** La principal causa fue el malísimo cuidado que hubo en la limpieza y aseo de los cuarteles, porque los tenían sin camas ni jergones ni tablas y dormían sobre el frío suelo con solo la mala ropa que cada uno llevaba, pero culpablemente y la falta de patriotismo o malicia o traición (me atengo a esta) de don Lorenzo Calvo, intendente que fue y dejó la cosa bien amasada con don Fernando Estallo, administrador de utensilios, que ocultó diez y ocho mil camas que tenía en el almacén de San Pedro Nolasco. Y el nuevo intendente, Domínguez, no podía ignorar existían en poder de Estallo, porque este cobraba para su principal su estipendio anual de camas, carbón, leña y aceite que proveía para el ejército, como era público.

Pero el Todopoderoso, y por manos de nuestros enemigos, quiso descubrir la malicia, necedad y falta muy conocida de toda caridad con que diera una bomba en dicho almacén de camas escondidas y las incendiaran y se abrasaran sin salvar más que las cenizas. Visto lo sucedido, todo el pueblo clamó por el castigo de tan incristiana y pública traidoría. Lo prendieron por el hecho tan notorio, y que en el lance él parecía el más culpable porque era el principal custodio. Y en la misma noche fue decretada darle para refrescar del calor que había recibido, queriendo apagar el fuego, la ensalada del gitano y

al amanecer se vio le había gustado en el patíbulo que le previnieron en el Coso. Si era tan solamente él el culpable, se queda para Dios que no hace a ninguno injusticia, no así en los hombres y fue su refresco con toda decencia de caballero convidado, porque fue vestido con sostú, casaca y botas, su trago y ensalada y a vista de todo el pueblo.

La otra causa no menos principal fue el poco cuidado que tuvieron de que los soldados no hicieran sus ranchos y a sus horas. Por este tan notable descuido, sobremanera entre murcianos, se debilitaron, enfermaron y muchísimos murieron. Se les daba a estos por el Gobierno la ración de pan, judías, arroz y lo demás, pero estos se lo vendían todo y lo que sacaban lo empleaban en frutas, higos, pasas, dulces secos, bolados y ellos llamaban *espumes* (yo me lo oí) y tras de todo esto se hartaban de agua, la mayor parte de los pozos, la que es blanda o corrupta, los despeñó, los plagó de tercianas, pasaron a calenturas pútridas y ve aquí el motivo primario de todas las enfermedades en esta ciudad.

Se agregó a esto la pusilanimidad que ocupó y afligió a estos débiles y temerosos hombres al ver y oír los estrépitos, estruendos y daños que causaban las bombas y granadas, de tal suerte, que se notó en estos infelices preelegían el morir en su miseria primero que salir cuando los llamaban a combatir. A tanto llegó su timidez.

También cooperó muchísimo la poca y mala medicina en las boticas de esta capital por la falta de drogas que la componían y no podían venir por estar cerrada la comunicación. Pero tan pésima, a más de ir carísima (a peso de oro), que en lugar de ayudar a la naturaleza, la empeoraba y, por tanto, suspendieron los médicos el recetar.

Ayudó mucho el que casi todas las gentes bien, acomodadas o no acomodadas, por librarse en cuanto les era posible de las bombas, granadas y balas rasas, se bajaron a habitar a las bodegas, caños y lugares comunes, y me tocó a mí el confesar a varios y con la humedad, la corrupción y frialdad que recibían, más si entraban sudando, que se hinchaban, se baldaban y a todos estos congregados murió mucha gente.

Lo que me avergüenzo decir es que vi a muchos militares bien graduados y soldados veteranos que se escondían y hacían el en-



fermo cuando los llamaban a hacer faliga o tocaban generala. Me oí a varios: «Que se defiendan los de Zaragoza, que han sido y son locos; si yo me muero, mi madre no me volverá a echar al mundo, venza el que venza». Tanto abundó en los soldados y oficiales veteranos esta opinión que apenas se dejaban ver en las furiosas y contrarias acometidas que por todas partes hacían los enemigos. Viendo el general que apenas se veían soldados, pidió las listas de los sanos y enfermos de cada cuerpo y solo llegó a encontrar sanos como cuatro mil y los restantes solo útiles para comer.

Estando en estos conflictos se pasó a los enemigos un oficial suizo con treinta y seis o cuarenta igualmente suizos y les dijeron el deplorable estado en que se hallaba la ciudad y que escaseaban muchísimas cosas necesarias a la vida humana, especialmente para los enfermos, y también el no poder moler por lo inundado que estaba el territorio de los molinos, y que las tahonas que estaban puestas en la ciudad sufragaban poco.

Estos apuros de la plaza juzgaron los enemigos serían suficientes para inclinarla a capitular y vino efectivamente parlamento, mas, intimando la rendición, se les respondió igualmente que la primera vez.

El general había confiado que Perena,<sup>39</sup> su hermano y Gayán se acercarían y abrirían camino por uno u otro lado y, fuese o no casualidad, aquella noche hicieron grandísimas hogueras en las alturas de uno y otro lado (las vi). Las de Monteoscuro las hacía Perena. Las de Puig de Ladrones y alturas sobre Torrero las hizo hacer don Ramón Gayán. Con esta novedad, tuvieron algún temor, luego enviaron espías a uno y otro punto y, averiguado lo que era, salió Mortier, que estaba en Villanueva con mil quinientos hombres, destrozó a Perena con sus pobres paisanos y quemó el santuario de Nuestra Señora de Magallón, venerada en los montes de Leciñena, por haberse refugiado en su santa casa Perena con su tropa. Este era el crimen de estos impíos e irreligiosos para abrasar los santuarios memorables como este y otros muchos que sabemos en nuestro reino: Nuestra Señora del Tremedal, Nuestra Señora del Águila y el

---

39 El general Perena, bisabuelo de nuestro director Antonio Royo Villanova.

Real Monasterio de San Juan de la Peña, tan antiquísimo y tan memorable por todas sus circunstancias. Este lo quemó Mr. Musnier, porque estuvo en él Perena, aquellos porque estuvieron Villacampa y Gayán; con esta irreligiosidad mitigaban la rabia que recibían por sus pérdidas y descalabros. ¡Oh, y qué lindas pruebas de la religión que sus corazones abriga!

Los otros los hizo fugar de los altos del monte Torrero y demás puestos el señor Mr. Lannes con la caballería abundantísima que tenía a su mando en la derecha del Ebro y ciudad, y habiendo limpiado por un lado y otro la espalda estos guerreros de artificios bajos, empezaron a respetar más la ciudad por un lado y otro haciendo continuos caminos cubiertos, aproximaron tanto sus obras y plantaron tan a su gusto las baterías de cañones y morteros que nos confundían como más inmediatos con mayor fuerza y superiores daños.

Llegó el día veinte y ocho de enero y como entre nueve y diez de la mañana, habiendo observado el enemigo que nuestra tropa no estaba con aquella vigilancia, como bisonos, que se requiere en la guerra, que estaban almorzando muy de asiento y algazara tras la Salitrería que estaba cerca a la huerta de San Jerónimo, pasaron tan sigilosos y tan pronto en mucho número que en pocos momentos batieron las tapias necesarias para entrar a seis en fondo por la huerta de los Jerónimos sin contradicción ni la más leve resistencia y, con toda prontitud, tomaron sin tener noticia la espalda de la puerta de Santa Engracia y también la del Carmen. Esta sorpresa tan impensada (jamás hubo descuido donde cuidaron paisanos) y tan pronto, no dio tiempo para tomar las armas, y aturdidos escaparon por donde pudieron, y los que quedaron perecieron casi todos. Los que entraron por la puerta de Santa Engracia, que eran muchos, arrebatadamente llegaron al convento de Jerusalén y casas contiguas, pero aquí hallaron resistencia y fueron muertos muchos franceses; viéndose tan sofocados, aprontaron artillería y con ella contuvieron, pero no los dejaron entrar en el Coso por entonces, pero se apoderaron de San Francisco. Viendo los enemigos la pertinaz resistencia y que a cuerpo descubierto les costaba y perdían muchísima gente, empezaron a minar y consiguieron volar con las minas las casas de Aranda y de Tarazona. En esta perecieron algunos soldados de varios cuerpos y no pasaron adelante sus operaciones,

antes bien, atendían a las maniobras y operaciones de los españoles. También minaron por el Hospital hacia San Francisco y volaron la portería de este.

En circunstancias tan críticas, Palafox dispuso por dos motivos enviar por el Ebro seis u ocho personas con cartas para el duque del Infantado y a su hermano el marqués, que estaba en Cataluña, para que le vinieran pronto a socorrer, y la otra para tantear el vado y ver si cuidaban del río para, en su caso de no guardarlo, ver de hacer la ruta de Tortosa en busca de su hermano y del dinero (ya dije) que hizo anticipar para casos tales, pero uno y otro se frustró.

El dos de febrero, entre una y dos de la mañana se embarcaron, pero les duró poco el viaje porque al tiempo de pasar la esquina de los Canales, por donde iban a salir al monte, se hallaron rodeados de enemigos y solo quedó uno para irlo a contar a Cadrete con tres heridas. Así lo dijeron.

El mismo día veinte y ocho atacaron con la acostumbrada furia y tesón que lleva su carácter al molino del aceite de la ciudad y, viendo que su artillería no hacía el efecto que deseaban, vista su grande pérdida de todo, como a lo desesperado, treparon con escalas con suma violencia. Entonces el fuego del Jardín Botánico operó con el fuego que hacían de Santa Mónica con todo acierto. El más activo fue el que hacía la tropa de paisanos y soldados que guardaban la tapia, los que mataron al subir por las escalas cuantos subían. Al ver ellos tan grandísima pérdida e inútilmente, retrocedieron y, al retirarse, les mataron muchísimos más. Al mismo tiempo atacaron con la tropa que destinaron por detrás del molino de Goicoechea, el convento de San Agustín y las Tenerías, sostenidos del vivísimo fuego que hacía la batería que ellos habían colocado en el olivar llamado de San Agustín, al otro lado de la Huerva, frente a dicho convento y tenerías, desde donde hacían un fuego tan copioso y activo que no se pudo sufrir y abrasó y destruyó aquellos edificios; y, abierta la brecha, no se pudo evitar el asalto y momentáneamente se hicieron dueños de las dos calles más inmediatas y desde las casas de estas, frente a la Universidad Literaria, hicieron minas, porque de esta los hundían a balazos si salían al descuberto, y con ellas levantaron la Universidad y la destruyeron, y después acometieron otra vez al molino de aceite y se apoderaron. Pero reunido el paisana-

je de la parroquia valerosa de la Magdalena y comandado por el señor Saint-Marc, acometieron con tanto valor al enemigo, que los rechazaron con mucha afrenta y pérdida, y los paisanos quedaron con su distinguidísimo honor. El enemigo siempre estuvo atendiendo si había algún descuido en este punto y habiéndoles avisado la espía que los paisanos se habían ido a comer a sus casas (así iba la cosa gobernada), acumuló tropa de refresco y acometió el asalto con tal desesperación que se hicieron dueños de él y mucho más. El alboroto fue muy grande, de suerte que obligaron a que se fuera con el estandarte del rosario de Nuestra Señora del Pilar para que, por su intercesión, contuviera aquella mala nube, más adelante no pasara<sup>40</sup> y se consiguió por entonces. Como ya se aposentaron en todas aquellas casas, iban de una a otra pasando rompiendo tabiques y paredes, robando y quemando lo que les dictaba su suma impiedad, especialmente en los conventos de San Agustín y Santa Mónica y el hospital de Huérfanos con las casas contiguas, y matando a cuantos en sus manos daban para, con el terror, atenuar el valor de los valientes zaragozanos, quienes siempre se mostraban impávidos. Caían los edificios, mas no caían de ánimo los defensores. Estos siempre, día y noche, sin dejarlos pasar más adelante por todos los puntos, luchaban con el fuego, con el hambre, con el contagio y con el continuo riesgo de la muerte pero, confiados, siempre esperaban socorros y cuando este no aliviase las duras penas que cada uno y todos juntos pasaban. Llegó a tanto la animosidad de los fieles zaragozanos, yo presente, que se creían venturosos y felices quedar sepultados bajo las minas de sus casas y ciudad augusta en defensa de la Religión, Rey y su Patria.

El catorce de febrero se supo que el marqués de Lazán, que estaba por Cataluña y sabía que Zaragoza estaba en grandísimo apuro, venía camino de Lérida con diez y siete mil hombres, aunque muchos bisoños, y otros que se hubieran agregado, pero se supo que los traidores que Palafox tenía a su lado avisaron a Lannes lo que había, y al marqués que no era tanta la premura para que se fatigara

---

40 El señor Palafox envió aceleradamente oficio al señor vicario general, don Gerónimo Lasecada para que saliese con el estandarte y clero. Lo llevaron toda la carrera don Pascual Herranz y don Manuel Cabued. Siguieron mucho clero y gentes por la Magdalena y Coso.

y acelerara la venida. Bien oía los cañonazos, pero con el aviso infiel, él se vino despacio a la sierra de Alcubierre. Mr. Lannes no miró con indiferencia esta noticia porque a suma prisa atacó el Arrabal antes que pudiera llegar el socorro. Puso en breve tiempo una batería a la izquierda de Jesús; en seguida empezaron el camino cubierto desde este convento sin que pudiera molestarles la batería que los nuestros tenían en la punta del puente de Tablas por dicho convento y, al paso que adelantaban su camino, batían al palacio del arzobispo y puente de Piedra para impedir el paso.

En uno de los tiros que dirigieron a dicho palacio, morada del señor Palafox, murió el barón de Warsage corriendo la línea. En estas circunstancias tan críticas, el general Palafox se sofocó al considerar que sus primeros proyectos y tan gloriosos que fueron se iban por acelerados momentos marchitando. Que conoció, pero tarde, que los buenos consejos que le habían suministrado O’Neill y Saint-Marc con los honrados paisanos, sus primeros valedores, los había despreciado y eran causa de su aniquilación, de la ciudad y sepultura de su contraído honor y de todos. Se echó en cama lleno de congoja, quizá deseando morir antes que caer en muy breves horas en el oprobio y manos de sus enemigos; lo cazaban ya por sí como por sus adictos.

Como el enemigo sabía que el general estaba en el palacio arzobispal después que a bombazos lo sacaron de su casa nativa, asestaron con suma furia hacia este sus baterías de bombas, balas y granadas; viéndose por una parte oprimido de sus intensos dolores y, por otra, terriblemente molestado y apurado, se vio precisado a mudarse a la calle de Predicadores, inmediata a la Inquisición.

**Pregunto.** ¿Qué disposiciones tomó el general Palafox, viéndose tan agravado y con inminente peligro?

**Respondo.** Prepararse para la unción, aunque no por vía de sacramento. Luego que dispuso trasladarse, determinó dar poderes para que se formara una Junta que se entendiera en los negocios de Estado. ¡Oh!, y qué doloroso le sería haber de tomar esta resolución cuando antes dominaba despóticamente sin influjo del buen consejo. Porque te faltó, te ves en lo que quizá no te vieras. Buen ejemplar tenías a tu propia faz para que te hubiera servido de modelo. Y si no, dime, ¿quién ha sido la causa de lo que a don Fernando, tu

señor y nuestro, a ti y a todos nos pasa? El maumetano despotismo sin consejo gobernó el choricero monstruo Godoy.

Viendo el enemigo a la ciudad en tanto apuro, intimó por tercera vez la rendición mas no se convino a propuesta enemiga, aunque se había apoderado de la puerta falsa de San Lázaro por asalto, lo que lograron con facilidad andando bien cubiertos por no haberles deshecho las obras como quisieron los animosos labradores arrabalenses. Habiendo ocupado el convento en dos minutos, cortaron la retirada arrojando granadas de mano al puente de Piedra, paso preciso para el Arrabal desde la ciudad y, de consiguiente, el socorro; puestos que fueron en la galería y ventanas de donde tiraban y lo veíamos con dolor. Con estos hechos ocuparon el Arrabal prontísimamente e hicieron tres mil prisioneros entre paisanos y soldados y una porción de caballos. Pero a no estar puesta la barca en la arboleda de Macanaz como era antes costumbre y la gente del Arrabal de la parte opuesta a San Lázaro, corrieron como lo veíamos y se embarcaron y pasaron muchísimos a la ciudad, porque dio treguas bastantes para dicha operación no conocer ellos tal desfiladero.

Conseguida por los enemigos la toma del Arrabal, aproximaron sus baterías, redoblaron las bombas, granadas y balas rasas, de suerte que parecía un continuo trueno lo que se sentía sobre la parte del norte de esta, desde la puerta de San Ildefonso hasta la del Sol. Pero sobre Nuestra Señora del Pilar, parecía asestaban con la mira de concluir con todo el edificio e iglesia, de modo que si no hubiéramos notado qué poderosa mano detenía no hicieran el mal que pudieran haber hecho, creo se hubiera desamparado porque la dirección era continua y su porción abundantísima y por ellos mismos supimos después que se capituló que la orden superior era reducirla a cenizas.

**Pregunto.** ¿En dónde trabajaban los cartuchos después que a bombazos los sacaron de los talleres?

**Respondo.** Los que trabajaban las espoletas en la casa del Comercio se trasladaron a la sacristía mayor de Nuestra Señora del Pilar y estuvieron trabajando allí hasta que los sacó la bomba que dirigieron a la dicha y se trasladaron a la sala de oración, en donde trabajaron hasta que se capituló. Y entonces, a toda prisa se hubieron de sacar

los instrumentos que tenían para trabajar, para evitar males que en superior grado y según notábamos, a la Santa Iglesia amenazaban.

Los que hacían los cartuchos de fusil se esparcieron. Cada comunidad que los hacía o casas particulares para trabajarlos con toda cautela por librarse no supieran los espías dónde trabajaban y dirigieran bombas y granadas como se notó lo hacían no sabiéndolo; y podían saberlo si no por nuestros malvados espiones, que los había en abundancia, especialmente mujeres que habían quedado de los franceses que sacaron al primer asedio de Zaragoza y otras amigas y apasionadas de ellos que quedaron para nuestro mayor daño. Supe que se fueron a la parroquia de San Pablo, que no la bombeaban en el segundo asedio; y los padres Capuchinos los hicieron en la dicha, en casa de Manuel Ortiz, chocolatero, junto a los Escolapios, y el primero que acudía a hacerlos era el padre provincial.

Viendo que se retardaban los socorros, o ya por intriga porque el marqués de Lazán no se dejaba ver con su ejército por el fingimiento que le escribieron de no estar aún apurada, aunque de los altos de la sierra de Alcubierre, a que llegó, oía los cañonazos y formidables estrépitos que resonaban sobre Zaragoza. Ni el duque del Infantado, como se decía que venía, llegó. Por fin, el 20 de febrero se vieron obligados a tomar la última y más dolorosa resolución y tocar llamada para capitular. Fue admitida y convocada a la Casa Blanca. Trataron y conferenciaron los artículos, haciendo el grave en cuanto proponían los representantes, pero al fin el señor mariscal Lannes convino en estos términos: *La guarnición quedará prisionera de guerra, y quedaba a su arbitrio servir a don José Bonaparte o a ser conducida a Francia, que se protegerían las propiedades.*

Al día siguiente por la tarde se volvieron a ratificarlas y firmarlas; así acordaron. Entre tanto, aseguraron bien los puntos del recinto de la ciudad, precaviendo todas las avenidas porque celaban la venida del marqués de Lazán por la espalda (en Lecñena estaba cuando dejaron de bombear y creyó que se había rendido Zaragoza y exclamó: «Me han engañado»). Luego lo supo por cierto se había rendido y aunque tuvo impulso de bajar, mudó de parecer porque hubiera sido deshecho con toda su tropa por la enemiga entonces conglobada por el paso expedito del puente de Piedra, y meditó con

acierta el retirarse a Tortosa y recoger el peculio que su hermano don Francisco de Zaragoza bajó y no arriesgar lo que tenían como finado porque temían mucho al pueblo y entraban con sumo recelo, habiendo tantas veces aun casi hechos cadáveres, experimentando su dura braveza. Antes de la ratificación, corrió el señor Lannes la línea y, al retirarse, vino el señor dicho con siete más a caballo montados. Llegaron a la puerta del Santo Templo de Nuestra Señora llamada de San Juan o puerta baja, apearon, entraron todos en la Santa Iglesia a la hora de la una.

Violos Antonio Carbonell, capiller<sup>41</sup> de la capilla de San Juan, que mucha atención miraban los daños y estragos que las bombas, granadas y balas habían hecho por toda la iglesia y se salían como admirados. Conoció el capiller por el cinturón que llevaba uno que era general y ya se iban mas uno de la comitiva se allegó a decirle que el señor mariscal quería ver a la Señora Dama (así llamaban en su lengua a la Virgen Santísima); respondiolo que tenía la llave del retrete por donde podía entrar a verla. Retrocedieron y su excelencia entró solo por el retrete en donde se reviste el clero, le dispuso la escalera por donde suben los infantes, le hizo de braceró, subió, se arrodilló, besó solo el manto, se levantó, miró con mucho cuidado a Nuestra Señora todo lo que llevaba y lo que se contenía en el Niño. En este intermedio llegó Matías Lavieja, criado de la sacristía con las llaves del rejado mayor y lo abrió y entraron los de la comitiva. Al bajar le preguntó el mariscal como atónito: «¿De qué madera ser esta prodigiosa imagen?».

Como inexperto le respondió Carbonell que él no lo sabía, que había oído que de Líbano, y entonces respondió con admiración: «Ho, ho».

Enseguida le preguntó: «¿Qué ser el medallón del altar del medio?».

Le respondió representaba la venida de Nuestra Señora en carne mortal a Zaragoza, indicándole al apóstol pusiera el Pilar o imagen traídos del cielo por los ángeles y los fijara por primitivo altar. Respondió: «Ho, ho». Por último, le preguntó: «¿Qué ser el otro retrato?», indicando hacia Santiago y Santos Convertidos. Le

---

41 Sacristán [N. del E.].



respondió el mismo que significaba: «Los Santos Convertidos, que el apóstol con su predicación había hecho en Zaragoza». Respondió igualmente que en las dos anteriores: «Ho, ho», y se despidió diciendo: «Gracias, gracias». Salieron de la Santa Angélica Capilla y no dudamos que esta demostración en el principio fue curiosidad y refinadísima política, fraudulenta y estudiada. Pero lo que a él le pasó en el rato que estuvo sobre la mesa altar de Nuestra Señora cuando bajó turbado no lo sabemos. Dije lo que dijo a los principales representantes de la ciudad cuando fueron a ratificar y firmar la capitulación la tarde antes pedida y acordada.

Para el día siguiente se dispusieron y fueron los representantes; se ratificaron y firmaron las cláusulas mencionadas, pero les dijo el señor mariscal: *Ustedes deber a la prodigiosa Señora que yo no use de todo el rigor de la guerra en Saragosa*. Dejo al arbitrio de los piadosos lectores con lo arriba dicho, el considerar este dicho. Mandó enseguida el señor mariscal fueran todos los cuerpos eclesiásticos seculares y regulares, y por camino al ir y volver les imprecaron los viles y disolutos soldados napoleónicos. Hizo el señor mariscal al clero con sus nativos modales una pesada reconvención, como dándoles a entender eran la causa de la atroz resistencia de Zaragoza.

Oída la grandiosa novedad de que se había capitulado y esparcido hasta los más conocidos lugares a que se habían refugiado, las gentes y enfermos se echaron a morir a toda prisa; entre muchos, el conde de Sobradíel, el general O'Neill y otros, que fastidiaría, por ser tantos, el narrarlos, pero de todos estados, de señores canónigos, sacerdotes, religiosos, religiosas, gentes distinguidas, bien acomodadas y, en fin, de todas clases. Tal fue el general sentimiento y pasmo de las gentes que parecían estar trémulos, estáticos, sordos y mudos, ni andar podían por faltarles el círculo de la sangre de sus venas.

Los que fueron a firmar y ratificar la capitulación, notaron bastante las pesadísimas e incristianas ideas de los ufanos vencedores del sumo esqueleto (Zaragoza) que solo se miraban en ella escombros, ruinas, enfermos y moribundos; de todo esto pudieron hacerse dueños, mas no de los nobles corazones zaragozanos, que más los cubrió de oprobio que de victoria y gloria militar, del modo y circunstancias que la tomaron.



## Atención observativa

**E**n día martes de 1808 fue la batalla de Alagón, igualmente la de Tudela. En martes empezó el segundo bombeo y en martes se capituló en esta ciudad desgraciada, año 1809, y en día martes se levantó Zaragoza para defender la causa contra Napoleón el Tirano.

Día 23 de febrero de 1809 salieron de la prisión, que era en la cárcel de la Inquisición y por orden del señor Palafox, presos, los señores don Manuel Berné, el que estuvo preso trece días, pero injustamente y por ser celoso español; el señor Lapuerta Ara, de la parroquia de San Felipe, y don Francisco Cocón, ministro de la Audiencia. Este hacía seis meses estaba preso y, habiéndose acordado el señor don Pedro Ric, presidente de la Junta que había interina en aquellas circunstancias tan críticas, de que estos hombres estaban presos y sin más crimen que desear la buena suerte de la patria y mejor gobierno, entonces bastante decantado por la insuficiencia, orgullo infundado del señor Palafox, envió a sacarlos y se fueron a sus casas. En todas las del pueblo fue notadísima esta injusta prisión, etc.; digo lo bastante para venir en pleno conocimiento del manejo que se propuso el despótico Palafox.

Cuando estábamos peleando en este segundo asedio, estaba Napoleón en la ciudad de Burgos, capital de Castilla la Vieja. Viendo la resistencia que Zaragoza hacía a sus copiosas y aguerridas tropas y que sufría tan grande descalabro de muertos y mayorísimo de heridos que todos los días subían por el Canal de Tudela y desde allí hasta Pamplona donde había siete hospitales de sangre ya llenos de heridos, y todos los demás de la carrera, y de todo diariamente se le daba cuenta, profirió delante de los que le hacían la corte: «Qué ciudad Zaragoza tan leal y apasionada a su ignorante rey, pero, aunque me cueste dos millones de franceses, la he de tomar y arrasar; me ha quitado la rápida toma de toda España que yo tenía proyectada esa loca y bárbara ciudad». Se halló presente en este razonamiento don Martín de Labarga, canónigo de aquella metropolitana iglesia, que vino en peregrinación a pie desde allí a Nuestra Señora, agradecido de haberlo sacado de grandiosos peligros y librado de la muerte en muchas ocasiones que la invocó, que naturalmente no pudiera haberse librado; me lo dijo.



## Aviso

**D**ía seis de marzo de 1817 se me intimó por el alcalde de barrio don Pablo Vicioso con pliego del señor capitán general, don Luis Palafox, diera, o dijera por escrito las noticias que supiera o tuviera de lo acaecido en los dos asedios de Zaragoza, pues su majestad quería saberlas individualmente para hacer valedero el primitivo decreto que la Junta Central, instalada a los primeros tiempos de la usurpación napoleónica, decretó (se quedó solo en el papel) a favor de Zaragoza y sus defensores. Me excusé y le dije: «Diga usted que si su majestad quiere saber lo que Zaragoza ha hecho por defender su causa, lo pregunte a los extranjeros, quienes, a más de lo que su majestad vio pasando por esta a Valencia y Madrid, se lo contaron bien claro, como los ingleses, franceses, bátavos, suizos, alemanes, prusianos, polacos, rusos, napolitanos, italianos y de otras provincias que de exprefeso vinieron a Zaragoza por la larga e inaudita fama que se adquirió en su distinguidísima defensa, y fue la causa de la caída de Napoleón por haber tomado las demás provincias de España y naciones extranjeras el ejemplo de pelear y defender sus hogares y no caer cautivos. Claramente lo publicaron en sus papeles periódicos unos y otros con el anuncio que

esta ciudad no sería premiada, etc., etc. Pero yo sabía que don José Palafox, para recobrar, si le era posibles, la caída y perdida opinión que tenía en Madrid, deseaba alguno de los que se encontraron en esta querían escribir y por esto lograr nueva laudatoria o adulación a su favor, para congraciarse nuevamente con su majestad con este nuevo recuerdo de lo pasado en Zaragoza en los dos asedios y, por lo que yo digo en estos cortísimos fragmentos respecto del todo lo que acaeció, poco le podía sufragar a sus deseados intentos, como en verdad resulta de los hechos anunciados y,



## Nota digna

**S**ucedió el veinte y uno de diciembre de 1808 (guerra llamada del Arrabal, tan gloriosa para Zaragoza por todas sus circunstancias aquel día acaecidas pero mal aprovechadas) que un soldado muy devoto de María Santísima, el que llevaba siempre estampa o escapulario en su pecho de Nuestra Señora, y otra a la frente del sombrero, salió este día a pelear. Tiráronle un balazo a la frente, dio la bala en la estampa, hizo o dejó la señal o sello de la bala sin romperla, en la estampa de Nuestra Señora, e igualmente en el sombrero sin agujerearlo, y la bala cayó a los pies del soldado escachada, como si hubiera dado en una piedra. El soldado la cogió y, agradecido del portentoso, vino a dar gracias a María Santísima, su larga bienhechora y presentó la estampa, bala y sombrero en la sacristía de la Santa Angélica Apostólica Capilla, donde estábamos muchos con el señor arcipreste de Daroca, don Juan Azpuru, el que la recogió. Este señor, habiendo entrado los franceses en Zaragoza por capitulación, se fue a la villa de Belchite donde murió de enfermedad que contrajo en esta.

Fueron tantos los prodigios que María Santísima obró en los que invocaron, bajo el nombre del Pilar en sus tribulaciones y angustias

14<sup>o</sup>

con este nuevo recuerdo  
de lo pasado en Zaragoza  
gosa en los dos asedios,  
y por lo que yo digo en estas  
corrisimas fragmentos, respecto  
del todo lo que acaeció poco  
le podía sufragar á sus desca-  
dos intentos, como en ver-  
dad resulta de los hechos a-  
nunciados, y.

130

### Nota digna

Sucedio el veinteyuno  
de Diciembre de 1808 (guer-  
ra llamada del Fra-  
bal fue gloriosa para  
Zaragoza por todas sus cir-  
cunstancias aquel dia cose-  
cidos, pero mal aprovecha-  
dos) que un soldado muy  
devoto de Maria Santissima

Sitios de Zaragoza. Cadena. Sign. V, 1-1-16, p. 130: Real e Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza.

que cada uno padeció en el largo tiempo de los dos asedios, y lo demás que dominaron en esta ciudad y demás tierras que pisaron, que en muchos volúmenes no se podrían apuntar ni escribir. La muchedumbre de los que recibieron por sí los favores los publicaron en altas voces y los hicieron resonar por sus países y por muchas otras provincias para eterna memoria y pasmo a los venideros y extranjeros. De estos vinieron a ver a María Santísima de Londres, de Alemania, de Prusia, Rusia, Italia, Holanda, Nápoles, en vista de la larga oída fama que los extranjeros mismos vieron y de otros oyeron, pues nos los vimos en esta Santa Angélica Apostólica Iglesia y llenos de lo que ellos mismos vieron se quedaban atónitos, etc., etc. Lo apunto aquí porque al escribir se me pasó el período donde le tocaba, por habérseme traspapelado los apuntes que por miedo a los franceses tenía en varias partes escondidos y no escribir de esto hasta después que se fugaran de España.

Hubo muchos que peleando recibieron heridas mortales y en breve estaban en estado de condenarse, faltábanles auxilios espirituales en tanto peligro; llamaron el patrocinio de María Santísima y fue tan prodigiosa que les proporcionó el tiempo y ministros para confesarse a satisfacción y recibir los demás sacramentos y luego de todo esto, morir. A uno le consiguió tres días de vida en el monte donde quedó casi muerto por los franceses sin asistencia alguna; llegó uno, que no conoció, cargó con él, lo llevó a su lugar y luego llamó al cura, lo confesó a satisfacción (Lamuela) y murió invocando agradecido a María Santísima del Pilar, siempre hasta su último aliento, dejando esperanzas muy fundadas de su salvación. Muchos otros lograron de semejantes beneficios por la intercesión de Nuestra Madre Santísima.





## Nota

**L**uego que tomaron los franceses en el mes de febrero a Zaragoza, vino un señor coronel, a los veinte de marzo, de su ejército a ver a Nuestra Señora (para ellos nombrada Dama), apostándose las con ademanes, con gestos burlones, con mofas que hacía ante Nuestra Señora, y con blasfemias que profería de su virginidad, maternidad y pureza, tocando el rejado exterior y al frente de la sagrada imagen con ademán de escupirla, estando con estas actuales imprecaciones, le quitó Dios la vista.

Entonces prorrumpió: «O futro, no vue». Volvióse el color del rostro pálido y no atinaba para salir.

Cuando los compañeros que llevaba vieron aquella pronta novedad, temblaron y lo cogieron de los brazos y lo llevaron a su posada. Enseguida dieron cuenta al general, este determinó se llevara por la ruta de Jaca a Francia. Por disimular con el vulgo su felonía, pretextaron le había caído gota serena.<sup>42</sup> Lo cierto es que desde aquel momento (se publicó entre ellos el caso sucedido) respetá-

---

42 «Gota serena» es como era conocido el glaucoma [N. del E.].

ron conocidamente a la Dama, que así le llamaban, e iglesia y no hicieron más atentados de esta condición, y se descubrían la cabeza delante de Nuestra Señora (el que cegó estuvo con su gran gorra), sabida por ellos la irreverencia o modo con que se presentó y fue castigado.

Por más que el general encargó que no se publicara, lo llegaron algunos a decirlo; a más que, cuando sucedió el dicho caso, lo vieron muchos de la ciudad e individuos de la Santa Iglesia.

Y si entonces por el miedo se calló (a esto llegó el amenaza), después ellos mismos lo divulgaron con obras y palabras.

La Santa Metropolitana Iglesia de Nuestra Señora del Pilar no hizo diligencia alguna para autenticar tantos prodigios como se vieron y oyeron por todas partes, ya porque era necesario un fondo pecuniario sumo para los gastos que ocurrieran y la dicha no los tenía, por las grandísimas contribuciones con que pechaba, larguísimos gastos que tuvo para reparar los daños que las bombas hicieron en tejados, vidrieras, bóvedas e iglesia toda. A más, tiempos tan difíciles y contrarios por su idiotismo con que los franceses se burlaban de los milagros, etcétera, etcétera.



# Índice

<b>Introducción</b>	<b>VII</b>
<b>LOS SITIOS DE ZARAGOZA</b>	<b>1</b>
<b>Capítulo primero</b>	<b>5</b>
<b>Atención observativa</b>	<b>87</b>
<b>Aviso</b>	<b>89</b>
<b>Nota digna</b>	<b>91</b>
<b>Nota</b>	<b>95</b>



CECEL (CSIC)

1. Narrativa del Sitio de Zaragoza,  
CHARLES R. VAUGHAN, 2008.
2. Alteraciones en Zaragoza en los años que precedieron  
al Compromiso de Caspe, MARÍA ISABEL FALCÓN, 2011.
3. El anónimo polaco. Zaragoza en el año 1809.  
Fragmentos de las memorias todavía no publicadas,  
C. GONZÁLEZ CAIZÁN, 2012.
4. La España del siglo XIX vista por dos inglesas:  
Lady Holland y la novelista George Eliot (1802-1804 y 1867),  
A.H. CLARKE, T.J. DADSON y M<sup>Á</sup>. GIMENO, 2012.
5. Género y emociones en el Romanticismo.  
El teatro de Bretón de los Herreros, MARÍA SIERRA, 2013.
6. Mis memorias. Andanzas de un veterinario rural (1818-1896),  
FRANCISCO FOZ, 2013.
7. Cabrera. Recuerdos de la guerra civil española,  
WILHELM VON RAHDEN, 2013.
8. Jerónimo Borao y Clemente (1821-1878).  
Escritor romántico, catedrático y político aragonés,  
JOSÉ EUGENIO BORAÑO MATEO, 2014.
9. Trata de blancas (novela social),  
EUGENIO ANTONIO FLORES, 2014.
10. Memorias del general Lejeune,  
LOUIS FRANÇOIS LEJEUNE, 2015.
11. Wally, la escéptica,  
KARL GUTZKOW, 2015.
12. El Libro de Marco Polo, versión aragonesa del siglo XIV,  
FRANCISCO SANGORRÍN GUALLAR, 2016.
13. Teoría del sistema absoluto,  
EMILIA PARDO BAZÁN, 2016.
14. La vida de un inmigrante,  
SANTIAGO GASTÓN AÑAÑOS, 2016.
15. Diarios de viaje de Valentín Carderera por Europa (1841-1861).  
París, Londres, Bélgica y Alemania,  
JOSÉ MARÍA LANZAROTE GUIRAL, 2016.
16. Don Esteban, o Memorias de un español escritas por él mismo,  
VALENTÍN DE LLANOS GUTIÉRREZ, 2017.
17. Los Sitios de Zaragoza,  
RAMÓN CADENA, 2017.

En 1908, cuando se conmemoraba el primer centenario de los asedios de Zaragoza, se presentaron muchas iniciativas curiosas y, entre ellas, bastantes publicaciones de variado calibre dedicadas precisamente a narrar los hechos que se produjeron en Zaragoza durante 1808 y 1809. Y una de ellas fue la edición de un manuscrito titulado *Los Sitios de Zaragoza*, cuyo autor era un racionero penitenciario del Pilar de Zaragoza, mosén Ramón Cadena, que había vivido aquellos acontecimientos. La edición la presentaba el *Diario de Avisos* de Zaragoza, describiéndola como la reproducción del manuscrito que se conserva en la Biblioteca del Colegio de Abogados de Zaragoza. La singularidad de este manuscrito y el hecho de que la edición de 1908 sea prácticamente inencontrable, nos ha animado a revisar el texto del racionero y preparar una nueva edición. Edición que hacemos tomando como referencia uno de los pocos ejemplares que existen, y que recientemente ha sido donado por su propietario, el profesor Carlos Franco de Espés, a la Biblioteca de la Institución Fernando el Católico.

